

Mi tío Pancho

Novela



Wilson Izquierdo González

Wilson Izquierdo González

“Mi tío Pancho”

Novela

Cajamarca, Perú.

© **“Mi tío Pancho”**.

(*Novela*)

© Autor: Wilson Izquierdo González

Cajamarca, 2019

Email: wilizquierdogon@gmail.com

© Fotografía de carátula: Internet.

<https://hablemosdepeces.com/pez-bagre-o-gato/>

© Dibujo a lápiz del autor, en la solapilla:

Pintor: Bruno Portuguez Nolazco

© Pintura de contra carátula: Retrato de Francisco Izquierdo Ríos
del pintor Ever Arrascue, 2011 – Oleo/lienzo (0.50 x 0.40 cms.)

Qilqasqa Peru llaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2017-.....

ISBN:

DEDICATORIA

*Esta obra está dedicada
a la memoria de mi tío:
Francisco Izquierdo Ríos
autor del inolvidable
y universal cuento “El bagrecico”*

El autor.

SUMARIO

	Página
00.CERO:	
Prólogo del autor	009
01.UNO:	
Los orígenes	017
02.DOS:	
La generación Izquierdo Ríos	035
03.TRES:	
Una inusitada revuelta en Saposoa	059
04.CUATRO:	
El viaje del otro Bagrecico	079
05.CINCO:	
Un largo y penoso viaje por tierra que, Pancho hizo para hacerse maestro.	095
06.SEIS:	
La fertilidad del castigo	119
07.EPILOGO	150

PROLOGO DEL AUTOR:

Añoranza de cómo conocí a mi tío Francisco Izquierdo Ríos

Un fresco jueves 23 de septiembre en los que La Ochora y toda la selva peruana acostumbraban celebrar el “Día de la Primavera”, al percatarse de mi llegada de la escuela a la casa de mi abuelita donde yo vivía, nuestra vecina María Valles me hizo llamar con el tercero de sus hijos, para que fuera yo en ese momento a su casa a conocer a uno de mis hermanos que, por haber venido desde Moyobamba de excursión, estaba allí invitando a un pequeño grupo de sus compañeros del colegio, sendos vasos de espumeante chicha dulce de maíz con panecillos hechos también de harina del mismo cereal, que doña María Valles amasaba y, cocía en su propio horno.

— Entra Wishón —me dijo cariñosa la vecina María— y ven a abrazarte con Jorge, el segundo de tus hermanos que quiere conocerte y, por eso está aquí en esta mi humilde chocita.

Vaya, vaya, con que uno de mis hermanos está aquí y quiere conocerme —me dije para mis adentros— y tirando mi capachera de cuadernos a la espalda, me acerqué a él para hacer lo que doña María me estaba pidiendo. Grande fue la sensación de satisfacción y alegría cuando vi que mi

hermano Jorge, ya todo un joven, se acercó hacía mí, un rapazuelo, con los brazos abiertos. Y mil veces más grande fue la sensación de cariño al sentir la calidez del abrazo de mi hermano mayor. Hasta ese día mi mundo familiar cotidiano sólo estaba compuesto de mi abuela y mis tíos maternos; y, claro, también por mis primos hermanos, los hijos de mi tío Luis —hermano mayor de mi madre— y de mi tía Leticia, su esposa, que vivían a varias cuadras de mi casa.

Aquella vez que tuve mi primer encuentro con mi hermano Jorge quise invitarle a almorzar en la casa de mi abuelita, que daba pensión a los maestros del pueblo porque cocinaba muy rico; pero, él se disculpó cortésmente indicándome que, como todos los excursionistas habían traído su fiambre, tenían que reunirse en el campo de fútbol del Club “Dos de Mayo” del pueblo, que quedaba camino a El Chorro, para degustarlo en grupo junto con los dos profesores que los acompañaban.

No recuerdo ahora cuantos años pasaron desde aquella vez en que feliz y alegremente “*me reconocí*” con mi hermano Jorge, ni puedo precisar cuándo tendría yo otro encuentro así de sui géneris y especial con él. Pero... ocurrió la vez que fui invitado por la Municipalidad de Saposoa en mi calidad de escritor y pariente directo del agasajado, para participar en el homenaje anual que allí celebran en honor de Francisco Izquierdo Ríos, mi tío Pancho, hermano menor de mi padre: Hildebrando. Estaba yo ofreciendo la

conferencia que había preparado para esa ocasión cuando desde el patio escuché que decían a viva voz:

— ¡Wilson!, ¡Wilson!

No puedo ser yo —me dije— y seguí con mi disertación; pero, esta vez con más fuerza, aquella voz gritó:

— ¡Wilson Izquierdo! ¡Wilson Izquierdo! ¿Dónde estás? Soy tu hermano Jorge. Queremos verte con urgencia. Estoy acá en el patio con la familia que hemos venido desde Lima.

El público que me estaba escuchando sonrió, con esa sonrisa me indicaba que podía hacer una pausa para salir a atender el llamado de mi hermano. Cuando lo hice y como él mismo me lo advirtiera, no estaba solo. Estaba acompañado de dos de sus hijos, de su esposa y de mi hermana Ana Isabel.

Después de los abrazos y muestras de cariño dadas y recibidas, les invité a pasar al aula donde les presenté a todos ellos al público que me estuvo esperando, indicándoles que mi hermana Ana Isabel acababa de publicar un libro en la ciudad de Lima con el título de la “La Autobiografía”, una compilación de escritos sueltos y de carácter autobiográfico que dejara mi padre antes de morir, —mecanografiados en su vieja máquina de escribir marca “Remington” y, sistematizados y complementados, finamente por ella—, que me había servido como

bibliografía, justamente, para esta disertación. Como en ninguna del mundo el tiempo es cruel y no perdona, éste pasó muy raudo y resultó que ya fue hora de almorzar, por lo que, con mucha delicadeza uno de los asistentes a mi conferencia me pidió:

— Profesor Izquierdo, como ya es hora de atender al estómago, sería muy del caso que usted concluya la conferencia a primera hora de la tarde. Ahora, siquiera un momentito, reúname con su familia y, por no ser domingo, precisamente, le recomiendo que vaya al mercado y pregunte por la señora Charo. Ella prepara los mejores juanes de Saposoa y sólo allí, en una de las esquinas del mercado, los vende todos los días, menos los domingos.

Agradecí gustoso la sugerencia, me comprometí a terminar la conferencia a las tres de la tarde en punto, y nos fuimos a deleitarnos con los “*avispa juanes*” de arroz y otros de yuca que doña Charito nos ofreció en su prolijo puesto del mercado. Allí Jorge y Ana Isabel me informaron haber visitado la casa donde vivieron los Izquierdo Ríos allí en Saposoa, entre otras cosas. Luego nos despedimos algo rápido, porque el conductor de la movilidad que debía transportarlos hasta el aeropuerto de Tarapoto comenzó a llamarlos a gritos, debido a que ya se les iba el tiempo y el viaje era de dos horas o más.

A las tres de la tarde en punto y, una vez de nuevo en el aula donde hube dejado mi conferencia a medio terminar,

hablar en Saposoa de mi tío *Pancho* Izquierdo Ríos: “*el mítico jaguar de la espesura*”, connotado escritor de la Amazonía y gran cultor de la literatura infantil y juvenil, me obligó a recordar cómo es que lo conocí personalmente, durante la época más feliz de la existencia de cualquier ser humano: la niñez.

Mi madre alguna vez me dijo:

— Hijo tú tienes un tío, hermano menor de tu papá, que es un gran escritor. Cuando yo era pequeña y tenía doce años, tu padre era el director de la Escuela de Varones de La Ochora. Posiblemente por encargo de tu tío Pancho, él, a todos los alumnos de ambas escuelas —en el pueblo había una de varones y otra de mujeres, además de una escolita elemental; pero, claro a esos niños no les pidieron nada por ser muy pequeños—, nos encargaron que preguntemos a nuestros padres y abuelos, que nos cuenten las historias del pueblo que ellos recordaran, que las escribamos con nuestras propias palabras en una hoja de nuestro cuaderno y que las entreguemos a él cuando las tengamos listas. Todo el tiempo que trabajó tu padre acá en La Ochora hizo eso. Nos dijo a modo de explicación, de que hacía tal cosa porque su hermano Francisco; que era también profesor como él y que en ese tiempo trabajaba en Soritor; tenía la afición de escribir las mágicas historias de los pueblos de la selva y que, con ellas estaba preparando un hermoso libro que ya publicaría algún día.

— ¿O sea que mi tío y mi papá, con la ayuda de algunos de sus colegas, recogían de los niños de las escuelas las historias de cada pueblo y, sobre la base de ellas, mi tío Pancho escribiría sus libros con la esperanza de publicarlos algún día?

— Más o menos, así como tú lo dices hijito. Pero, las historias que nosotros recogíamos sobre lo que nos contaban los mayores, eran muy sencillas y por lo general estaban pésimamente escritas. Tu tío Francisco las arreglaba, les agregaba magia, fantasía y belleza literaria o, a veces, también las convertía en otra historia completamente nueva y original. Para esas cosas tu tío Pancho tenía una gran imaginación y una originalidad que sólo los escritores de gran valía, como él, la poseen.

— ¿Y cuándo puedo conocer a mi tío Francisco?

— Hoy mismo, hijo mío. En la tarde vamos a ir a visitarlo para que tú lo veas y conozcas en persona, a la Clínica Anglo Americana en la que ahora se encuentra internado porque fue operado; y, donde, para suerte nuestra, trabaja tu tía Oderay. Ya he quedado con ella así. Él, como ya te vas a dar cuenta, es una persona muy cariñosa con los niños y, contigo, que eres su sobrino de sangre, imagino que lo será mucho más.

Después de almorzar yo no veía la hora en que mi madre me dijera que ya podíamos ir a tomar un ómnibus de la línea 14 que nos llevaría desde Barrios Altos, donde vivía

mi madre, hasta la Clínica Anglo Americana. Cuando por fin lo hicimos, mi tía Oderay nos acompañó a mi madre y a mí, hasta la habitación donde mi tío Pancho se encontraba recuperándose de su operación que, creo que no pregunté ni me acuerdo de qué sería.

La ilusión de conocer al gran escritor de “*Los cuentos del Tío Doroteo*” que hube leído en la casa de mi abuela, y de otros muchos cuentos que yo escuché que él había escrito, me tenían igual que cuando nos llevan al circo para ver al mejor mago del mundo. Para mí, mi tío Pancho era un mago que, de la nada o de un simple rumor que circula entre la gente del pueblo, podía sacar un cuento misterioso, fantástico, único y original en su género, donde la selva, esa verde realidad que lo envolvía todo, era el ambiente natural donde todo eso ocurría.

— Vaya, vaya, cómo ha crecido este hombrecito —me dijo como mirarme por encima de unos “lentes de cerca” que estaba utilizando para leer el periódico— ven acá hijito para que pueda cariñarte por lo menos la cabecita, soy tu tío Pancho, hermano menor de tu padre. Aquí me tienes en cama todavía, pero ya pronto dejaré esta clínica.

Después de acariciarme los cabellos como dijo, buscó debajo de su almohada y me entregó una bolsa de papel con una infinidad de caramelos de color y sabor a fresas, que yo presuroso recibí y guardé. Esperó a que lo mirase de nuevo y entonces me dijo:

— Tu tía Oderay me advirtió ahora al medio día, que ibas a venir a visitarme, por eso encargué que me compraran en la bodega italiana de al frente, los dulces que te acabo de entregar. Son de sabor a fresa, hijo. Te van a gustar. Porque a mí... hasta ahora me gustan.

— Entonces tío, le puedo dejar algunos caramelos de los muchos que usted acaba de regalarme —le dije—.

— No niño. Esos los he comprado para ti. Son tuyos. Solamente tuyos. Algún día te acordarás de mí con alegría por habértelos regalado yo, precisamente.

Y cuánta razón tuvo en eso, mi tío... ese cuentista genial autor de *El Bagrecico*.

UNO

Los orígenes

Mi señor padre: don Hildebrando F. Izquierdo Ríos, las veces que solía conversar conmigo en su sala, cuando iba a visitarle a la casa que tenía en la cuadra seis de la Avenida 28 de Julio en Miraflores —avenida a la que algún alcalde miraflorentino, quiso cambiar de nombre por “*Miraflores*”, sin mayor éxito— solía contarme muchas cosas acerca del origen de su apellido “*Izquierdo*” que, obviamente, también era el mío. De su apellido materno “*Ríos*” no me contó tanto como del de su padre, aunque sí me dio algunos detalles pintorescos, como por ejemplo que mi abuela se llamó Silvia Ríos Seijas, que fue una hermosa mozueta de dieciséis años natural de Sapososa y que sucumbió, desde la primera mirada, a los escarceos de amor de mi abuelo.

A la muerte de mi padre, agobiado por la edad, la dolorosa enfermedad de tendinitis y, sobre todo, por la pérdida

irreparable de su esposa de toda la vida doña Rosita Vásquez —quien le perdonara, en vida no más, los pecadillos de tener dos hijos varones fuera de su casa—, Anita la única hermana mujer que hemos tenido los nueve descendientes varones de él, logró ordenar y sistematizar una serie de páginas sueltas, escritas en su vieja máquina de escribir de marca “*Remintong*”, sobre la historia de la familia, pudiendo llegar a publicar el libro “*La Biografía*” gracias a la generosidad de nuestro hermano Rubén —que hasta la fecha radica en Venezuela—, que fue quien financió la edición.

En el libro “*La Biografía*” de carácter autobiográfico de don Hildebrando F. Izquierdo Ríos, padre del autor de esta novela; se dice textualmente: “*Soy el mayor de cinco hermanos... mi padre, don Francisco F. Izquierdo Saavedra nació en la ciudad de Moyobamba en 1889. Mis abuelos fueron el ecuatoriano don Francisco F. Izquierdo y doña Isabel Saavedra, natural de Moyobamba...*”

... “*Mi padre viajó desde Moyobamba a Saposo a la edad de 19 años al ser nombrado preceptor de una de las escuelas fiscales creadas (en Saposo) —a su paso a Iquitos—, por el coronel Hildebrando Fuentes. A pocos meses de su llegada conoció a mi madre: Silvia Ríos Seijas en una de las esquinas del segundo cuartel de la ciudad, cuando ella y el resto de ese vecindario, le rodearon para escucharle la vez que dio lectura al Bando Municipal que llamaba a los pobladores, a pintar las fachadas de sus*

casas y a retirar los chanchos y otros animales domésticos de las calles, con motivo de la celebración del aniversario de nuestra independencia...”

— ¿Te has fijado tía Shofi qué apuesto es el joven que, en este momento, está leyendo el bando? —le dijo al oído Silvia Ríos, adolescente aún, a su tía Sofía, con un rubor especial en sus mejillas que, con suerte, su tía no pudo ver, por estar atenta al contenido del bando, pues, era sabido que el vecino que no cumplía lo dispuesto en él, se hacía acreedor a una multa; pero, como escuchó muy bien el susurro de su sobrina, presta y sagaz, le contestó también al oído—.

— Para mí es un *huambra* todavía sobrina y, para ti, creo que ha de ser algo *resabidillo*, ya vuelta.

— Hay tía, pero yo lo veo buen mozo.

— Claro hijita, es natural, tu eres todavía una pollita, o mejor dicho una *huambrilla* y este gallo ya ha cantado, por lo menos una vez, fuera de su corral.

Hildebrando F. Izquierdo Ríos, aclara esta situación con la facilidad de simplificar las cosas complejas, muy peculiar y característico en él:

... “Muy pronto, mi padre y mi madre, se vieron envueltos en un encendido y tórrido romance que, sin mayores dilaciones ni contratiempos, los llevó al matrimonio el 19 de agosto de 1908. Él tenía 19 años y ella apenas 16; pues,

cuando yo nací, ellos apenas alcanzaban 20 y 17 años, respectivamente...”

Mas adelante mi padre puntualiza:

... “Mi madre, doña Silvia Ríos Seijas nació en Saposoa en 1893. Sus padres fueron don José Nicolás Ríos y doña Ruperta Seijas, naturales como ella, de Saposoa. Tuvo siete hijos: Hildebrando, Francisco, Carmen, Irene, Guillermo, Natividad y Cecilia. Los seis primeros nacieron en Saposoa y Cecilia, en Moyobamba. Mi madre falleció en el mes de agosto de 1935 en la ciudad de Moyobamba donde ya llevaba residiendo quince años, a consecuencia de contraer fiebre tifoidea que, en ese tiempo, era una enfermedad incurable, por la que era llamada la “peste negra” —. Mi padre, a su vez, murió en octubre de 1926, víctima de una enfermedad nerviosa aguda, cuando yo, el mayor de los hermanos cumplía apenas 18 años...”

Mi padre, continúa narrando:

... “Mi abuelo don Francisco F. Izquierdo fue natural del Ecuador. Es muy posible que haya llegado a Moyobamba antes de la guerra con Chile, siguiendo el cauce del río Marañón, después de un frustrado golpe de estado en su país, en el que tuvo directa participación revolucionaria... Fue un viejo generoso, romántico e inteligente que andaba siempre bien vestido y se comportaba en todas partes con decencia. Dejó tres hijos: Leopoldo, Francisco y Rosa...”

En mi novela “*El espurio*” que escribí hace algunos años y que se encuentra todavía inédita, producto de otras conversaciones que tuve con mi padre, más los elementos imaginarios que yo le adicioné, se narra cómo es que tres hermanos “*Izquierdo*” después de participar en un fallido golpe de estado en Ecuador, resultan huyendo entre gallos y medianoche a Perú, para evitar la persecución política de que fueron objeto. Aquí en Perú, los hermanos Vladimiro, Hildebrando y Francisco, al no poder regresar a su patria, se hacen de nuevas familias y al radicar por varios años, adquieren la nacionalidad peruana. El texto es el que sigue:

...Repentinamente, el manso presidente: Desposorio Ventocilla Marulanda de la República del Ecuador, decidió privatizarlo todo, a pesar de que un gran sector de la población que conformaba el grupo político disidente de los nacionalistas, hubiera preferido seguir usufructuando las parcelas de tierras que habían adquirido gracias a una reforma agraria, que uno de los tantos milicos golpistas de antaño, logró a sangre y fuego hacía ya más de quince años, mediante una “revolución” que, muchos años después se supo que había sido planeada y monitoreada desde el Pentágono, sólo para desprestigiar las asonadas guerrilleras de orientación socialista, que comenzaron a cundir como reguero de pólvora en todo Latinoamérica, que hasta ese momento era considerada por los gringos norteamericanos como su patio trasero.

El grupo de los nacionalistas estaba formado especialmente por campesinos de la sierra verde del Ecuador y por la mayoría de los trabajadores de las cooperativas plataneras de la costa, sobrevivientes de aquel experimento de producción asociativa que el sueño socialista había tratado de implementar, en franca imitación del Koljoz soviético y del kipur israelita, pero; obviamente con diferentes resultados. Beneficiados con el reparto de las utilidades de fin de año, la mayoría de los socios de esas cooperativas comenzaron a vaciar literalmente las tiendas de artefactos eléctricos, sin ponerse a pensar en crear un fondo de contingencias para gastos de reposición de sus bienes de producción o de un capital, para hacer soportable la depreciación de sus máquinas y herramientas.

Uno de esos días en que no se lo esperaban esos tales nacionalistas de la oposición, el ingeniero agrónomo Desposorio Ventocilla Marulanda vendió las instalaciones de ECUAPETRO —“nacionalizada con sudor y lágrimas” por el milico golpista de la reforma agraria aquella— a una Empresa Transnacional Inglesa, previo trato para que durante el primer año, el precio del gas licuado de petróleo de diez pesos que estaba costando, antes de su “patriótica decisión”, bajara a la irrisoria suma de cinco pesos, pensando que con eso se ganaría a la “*gente de adentro*”.

No ocurrió así, sencillamente porque la “*gente de adentro*”, como él acostumbraba referirse a ellos

(campesinos, agricultores y peones de la parte de la sierra verde ecuatoriana y de su costa platanera), cocinaba con leña y esa “rebajita” en un producto que ellos no consumían ni de bromas, no les benefició para nada ni les sirvió para la maldita cosa; antes, por el contrario, recién con ello lograron percatarse de que seguían siendo tan pobres como antes de la “revolución”. Ellos habrían querido sí, que nacionalizara la tierra, porque la consideraban su madre, de ella nacía el agua vivificante que tomaban y que utilizaban para regar sus sembríos, ella les daba de comer con los frutos que producían con su trabajo, en ella vivían junto con toda su familia grande y al seno de ella irían a parar una vez que dejaran este mundo. Es decir, la tierra era todo para ellos y sin la tierra no podía concebirse ninguna forma de vida ni de desarrollo humano.

De modo parecido a cómo pensaban en su practicidad aquellos agricultores, los nacionalistas consideraron ignominiosa la venta de la Fábrica “Ureaquil” de Fertilizantes de Guayaquil, de la que dependía toda la producción de plátanos desde allí hasta Machala por la ruta costera del Oeste, siguiendo hacia el Sur y, desde Machala hasta los confines de la provincia de El Oro hacia el Este, en la frontera con Piura en el Perú. En este caso, sobre la base de la experiencia poco exitosa de la rebaja abrupta del precio del gas propano, al saco de urea y de fosfato, en lugar de rebajarlo, lo tuvieron que subir de precio al triple

para equilibrar el desbalance producido por aquel subsidio regalón del gas licuado de petróleo.

A pesar de la experiencia poco gratificante de subsidiar el gas propano, a Desposorio Ventocilla se le ocurrió privatizar, poco tiempo después, la Empresa Ecuatoriana Estatal de Telecomunicaciones (EMECETEL), la Empresa Ecuatoriana Estatal de Electricidad y de Servicios de Agua Potable, Desagüe y Alcantarillado (EMECESAPAL), así como las Empresas Nacionales de Puertos Marítimos y Fluviales (ENAPUMAF). Después de “*todos esos negocios redondos*” tanto para el comprador como para la cúpula del gobierno, por las coimas y comisiones que llegaron a recibir, según podía inferirse de la forma en cómo éstos comenzaron a hacer ostentación de su riqueza, al presidente le quedaban todavía unas ganas terribles de privatizar la educación y la salud, el seguro social y el transporte aéreo, terrestre y fluvial, de propiedad del Estado, entre otras cosas. Es decir, todo...

Pero hasta ese punto, nadie que estuviera en su sano juicio en el Ecuador se lo iba a permitir y, Vladimiro Izquierdo Montúbar, entre otros, fue uno de los nacionalistas que comenzó a gestar la oposición en forma sistemática, desde su cargo de profesor de la escuela primaria de Azogues y desde su cargo de Secretario General del Sindicato de Maestros de esa parte de la región, para lo cual, lo primero que hizo fue convencer de enrolarse en esa causa, a sus hermanos menores Francisco e Hildebrando, el primero

comerciante próspero y el segundo, profesor también, como él, pero en el nivel secundario.

Los tres hermanos habían estudiado en la colonial y fastuosa ciudad de Cuenca, por su cercanía a Azoguez, por ser ésta una ciudad levantada a la usanza española sobre las ruinas dejadas por los quiteños y donde, en ese momento, se concentraban los mayores adelantos en la cultura, las humanidades, las artes y la ingeniería. En su tranquila y menos cosmopolita Azogues, su tierra natal, vivían bajo la férula de sus padres, terratenientes desde las épocas inmemoriales de la conquista española, fecha en la que sus ancestros llegaron desde la provincia de Córdoba, en la madre patria, oliendo a árabe todavía e integrando las huestes de aventureros de Fernando de Orellana, a los que ir a morir en el nuevo mundo con alguna enfermedad desconocida; pero, con la posibilidad de hacer fortuna con un golpe de suerte, les era más atractivo que quedarse en su tierra a morir de hambre sin pena ni gloria y sin arte ni beneficio.

Durante el tiempo que duró la vida de estudiantes de los Izquierdo en Cuenca, Vladimiro siempre cumplió el rol de líder de sus otros dos hermanos, dada su condición de hermano mayor y dada su franca orientación y militancia socialista. Por eso, cuando tuvo que formar la primera célula de oposición, pensó primero en sus hermanos. Claro que el más difícil de convencer fue Francisco, que era comerciante, por tener la convicción de no perder nada con

las medidas de política que fueran y que llegara a implementar cualquier gobierno, dada su condición de fenicio o intermediario entre la producción y el consumo.

En cambio, Hildebrando que era profesor y de aficiones románticas como él, no requirió de mayores argumentos y comprendió la necesidad de actuar “revolucionariamente” tan pronto como se lo pidió su hermano mayor. Pero para convencer a Francisco, Vladimiro tuvo que analizar y explicar el problema desde diferentes aristas, ante la inquisidora, descreída y desconfiada capacidad receptiva de aquél, que veía las cosas desde un lado más práctico, dada su ocupación de comerciante. Como se sabe, todo comerciante gana sin invertir en el proceso productivo más que su astucia, un poco de capital y una bien calculada afición por el riesgo.

Por eso, Vladimiro tuvo que demostrar a su hermano Francisco, sin retóricas de ninguna naturaleza; pero sí, con mucha lógica, que todas las decisiones del presidente Desposorio Ventocilla Marulanda, respecto a permutar el rol del Estado, de pudiente capitalista y emprendedor agente de cambio, a triste recaudador de impuestos, eran aberrantes y sin sentido, además de significar traición a la patria. Con tal propósito, en sus largas conversaciones, le argumentaba de este modo:

— Mira Pancho, hasta donde sabemos por nuestra experiencia y conocimiento, en este mundo sólo existen

tres grupos o clases de personas. El primer grupo está conformado por los dueños del capital y los que pagan salarios a los que trabajan para ellos. A éstos se les llama también empresarios. El segundo grupo, por su parte, está conformado por los que, al no poseer capital, se ven forzados a alquilar su fuerza de trabajo. A ellos se les llama asalariados, obreros, peones y empleados. Finalmente, el tercer grupo de personas agrupa a los desclasados, o sea, a aquellas gentes que sin ser poseedores del capital porque también son asalariados, creen e imaginan que pertenecen a la clase poseedora del capital y llegan a pensar cómo ellos y hasta a identificarse con los intereses de aquellos. Este grupo de gentes es, a la luz de los hechos, más peligrosa que la de los empresarios, por su actitud de *sobonería* y por su incondicionalidad servil a sus intereses. Es conocido el hecho del obrero que llega a ser capataz, y es sabido que éste, es más cruel y perverso que el mismo terrateniente, por ejemplo, o que el mismo dueño de la empresa —hizo una breve pausa y luego continuó, ante la mirada un tanto cansada de su cháchara, por su hermano comerciante—:

— Eso que te acabo de decir va para lo que tiene carácter general en el sistema capitalista; pero, ahora, analizando específicamente el comportamiento del presidente Ventocilla, con toda certeza puedo asegurarte que no existe en el mundo empresario alguno que venda sus empresas, especialmente si éstas son prósperas y rentables. Lo que hacen los empresarios en cualquier parte

del mundo, sea aquí en el Ecuador o en la Cochinchina, cuando una de sus empresas no está produciendo lo que espera que produzca, es tratar de salvarla primero, para llegar a venderla como un último recurso... pero después de muchos esfuerzos e intentos para repotenciarla. Formar una empresa requiere del desarrollo de la capacidad de emprendimiento y, es una tarea muy difícil, aún para el Estado, por lo que venderla es una aberración.

— Ese es un discurso y una cháchara comunista que ya me he cansado de oírte, hermano. Me parece que en lo que has dicho, como una generalidad para el sistema capitalista, bueno, tengo que aceptarte que es así. Conozco el caso de administradores de algunos negocios en donde yo compro los abarrotos que vendo en mi tienda, que hasta me quieren hacer la pilla para dizque hacerle ganar un poco más al dueño de dicho negocio, sólo en su afán de “*sobonear*” a su patrón como tu bien lo has caracterizado. Lo que yo espero de él es solamente que sea justo, que me cobre lo que corresponde y que tanto él como yo tengamos en el negocio alguna ganancia. Pero, digas lo que digas, está demostrado hasta la saciedad que el Estado es mal administrador. Además, tú y yo sabemos que, para todos los gobiernos de turno, esas empresas constituyen el botín del vencedor y colocan allí, de gerentes y jefazos, a sus allegados políticos para que las saqueen en forma inmisericorde, además de premiarles con unos tremendos sueldazos —le retrucó Francisco—.

—Tú lo acabas de decir hermano y lo que afirmas es completamente cierto —respondió Vladimiro—. Además, justo en lo que haces hincapié, precisamente por ser innegable, es de donde se agarra este gobierno para justificar su entreguismo a los intereses de los dueños del capital financiero, pero eso es simple y llanamente traición a la patria. Porque, el hecho de que esté mal administrada, como verás, no es un problema estructural de la empresa, es más bien un problema de orden funcional de la misma. Como puedes ver, siendo este problema simplemente de naturaleza administrativa, la solución estaría en cambiar la administración, pero jamás tendría que verse su venta como una solución —argumentó de nuevo Vladimiro a su hermano Pancho, para concluir diciéndole—. Mira hermano, si en una de tus tiendas te das cuenta que te roban, tú rematarías tu tienda o... ¿cambiarías de administrador? Es obvio que vas a optar por cambiar al que te está robando y no por rematar a precio de ganga tu medio de subsistencia.

— Eso es otra cosa, pero... ¡claro que yo echaría a la calle al administrador y a todos los empleados que me estuvieran robando! y, en su lugar, ¡contrataría a otros que me den buena cuenta! Eso haría, sin lugar a dudas, pero... en el caso de las empresas del Estado es diferente, primero: ¿Dónde encuentras administradores del Estado que sean honestos? Por Dios que no hallas uno, ni buscándolos con lupa; y, segundo, los trabajadores de esas empresas actúan

como si fueran “hijos de la patria” y han hecho de ellas su chacra. Allí no entran más que sus familias

— Es que no se trata de colocar administradores buscando entre los allegados políticos o entre los empleados que tenga el Estado. Fíjate Pancho, ¿Qué opinión te merecen, en términos de honestidad y responsabilidad para ejecutar proyectos los franceses, los alemanes o los ingleses, porque de los norteamericanos, ni hablar, no crees?

— Bueno, allí si tienes razón. Pareciera que los alemanes, los ingleses y los franceses, en ese orden, son honestos conduciendo proyectos u obras.

— Ahí hubiera estado entonces la solución, pues hermanito. En lugar de vender sus empresas, el Estado ha debido de contratar los servicios de compañías inglesas o alemanas o francesas, para que le administren sus empresas, pero sin perder la propiedad de ellas. O... ¿acaso conoces algún empresario tonto que vende a precio de huevo sus mejores empresas? Eso nunca ocurre en la empresa privada...

...Pero, cómo primero se hace correr la bola de que el Estado es mal administrador y se logra que la gente se crea ese burdo cuento, porque en la situación actual eso es completamente cierto, lo segundo sale facilito: resulta indispensable y necesario vender las empresas estatales.

¿Pero, acaso “*por la Virgen Santísima y los setenta mil demonios*” no era mejor continuar teniéndolas y cambiar su administración defectuosa? ¿No es preferible, aunque sea, buscar conseguirse un socio para que las administre y ganar 50 y 50 por partes iguales que sólo quedarse para cobrarle un impuesto que es más seguro que me va a trampear o me va a escamotear como suele ocurrir en la práctica?... Por más formas que el Estado invente para cobrar impuestos a las empresas instaladas en su territorio, éstas siempre hallarán las estrategias y modos que les permitan escamotearle el monto verdadero que deben al Estado, con la colaboración servil de sus contadores.

— La verdad que sí. Tengo que darte la razón en eso. Pero ¿y los sindicatos de trabajadores de esas empresas estatales? ¿Acaso no sabes que esos sindicatos son fuertes y están bien consolidados para defender la tajada de la torta que ahora les está tocando o acaso crees que va a ser fácil quitarles la mamadera de la que ahora están prendidos como lechones de las tetas de la mamá chancha? Tendríamos un problema social muy grande en ciernes, sin ninguna duda, si se les quiere quitar la teta.

— Con las leyes actuales, claro que sí. Pero... te contesto igual, ¿acaso el Estado no las puede cambiar o modificar con algo que sea más favorables para todo el país y para la mayoría? No me negarás que ahora, sólo ellos son los beneficiarios de las ganancias que producen esas empresas, sin embargo, los hijos del Ecuador no son sólo

los trabajadores de las empresas estatales. Hay miles de paisanos nuestros que viven en la pobreza absoluta y a ellos no les llega nada de nada. Eso es injusto, ¿no te parece?

— Claro que eso es injusto y lo que dices se hubiera podido hacer. Pero ahora que las cosas ya están hechas... ¿cómo vamos a revertir ese proceso?

— Ese proceso es bien lento, ya se sabe. Privatizar es más fácil que nacionalizar o estatizar. Pero algo hay que hacer a este respecto. A este paso, Ventocilla va a privatizar hasta el aire que respiramos... y el agua dulce que poseemos como país y que no ha sido “potabilizada” todavía por la empresa estatal del agua. Ganas no le faltan para hacer eso, porque en lo que la educación se refiere, ya lo tiene pensado bien: la va a privatizar, no queda otra alternativa.

— Ya, ya, hermano, basta... me has convencido. ¿Qué hay que hacer?

Y... los tres hermanos Izquierdo, como un solo hombre, se metieron de cabeza en la tarea de gestar un movimiento revolucionario nacionalista en el Ecuador, orientado a deponer a Desposorio Ventocilla Marulanda y a revertir todas las aberraciones políticas que éste estaba cometiendo. Cuando el movimiento llegó a consolidarse en Azogues y Cuenca, y de allí comenzaba a expandirse por

todas esas bajadas hasta Guayaquil, el ejército ecuatoriano tomó por las armas Azogues y Cuenca y comenzó a perseguir a los nacionalistas visibles y a todos sus dirigentes, con una saña y un empeño nunca vistos.

Vladimiro, Hildebrando y Francisco Izquierdo tuvieron que huir, con lo que llevaban puesto y sin rumbo conocido. En toda la bajada desde Azogues hasta las costas de Guayaquil, fueron apoyados por los campesinos de la zona, que los escondieron, los alojaron y les dieron de comer. Pero como no estaban haciendo un viaje de vacaciones, en menos de ocho días llegaron hasta Loja desde donde, al tener noticias de que la gente del servicio secreto de Ventocilla les venía pisando los talones, no tuvieron más remedio que pasarse entre gallos y medianoche al Perú por el puente Balza, remontando el Chinchipe, sin duda alguna después de unas durísimas jornadas de caminatas a pie o a caballo, cuando lograban conseguir acémilas, por esa parte del territorio que, como se sabe, además de montañoso es una selva ubérrima pero inhóspita y traicionera.

Pero, aun con todas esas terribles dificultades, los fugitivos lo lograron, eso sí unidos como un solo hermano. Vladimiro se afincó en Tumbes, consiguió esposa y se nacionalizó peruano para evitar ser extraditado, llegando a tener muchos hijos. Hildebrando eligió Bagua como lugar de residencia, se nacionalizó peruano también pero no

llegó a casarse nunca, y como se hizo comerciante, muy pronto logró juntar un regular capital mercantil y comerció sin descanso por toda la zona norte del Perú, dejando regados “izquierditos” sin fin desde el departamento de Amazonas hasta Celendín y Cajamarca.

En cambio, Francisco después de nacionalizarse peruano al igual que sus otros dos hermanos, logró conseguir trabajo de profesor en Saposoa donde, al igual que en casi toda la selva peruana, había escasez de maestros con título pedagógico. Él, llegó a tener tres hijos: Leopoldo, Francisco y Rosa.

Sin embargo, el detalle curioso que comenzó a surgir en las familias que llegaron a formar los tres hermanos, fue su costumbre de poner como nombres a sus hijos varones: Vladimiro, Hildebrando o Francisco, de tal suerte que la estirpe se perennice por siempre, pase lo que pase, desde aquellos tiempos revolucionarios inmemoriales, que los hizo huir como delincuentes de su tierra natal, hasta los largos años que comenzó a depararles el destino en tierras peruanas. Como parte obligada del nuevo futuro, cuya construcción iniciaron a partir de un lamentable desliz político, se hicieron peruanos... y se quedaron a vivir como tales, en el Perú y para siempre.

DOS

La generación “Izquierdo Ríos”

Según el libro *“La Biografía”* de mi señor padre don Hildebrando F. Izquierdo Ríos *“en marzo de mil quinientos cincuenta y nueve sale de la Ciudad de los Reyes la primera expedición, debidamente equipada, en busca de “El Dorado”, lugar ambicionado y buscado por los españoles, por los tesoros, insistentemente comentados, que en gran escala se decía que poseía. La autorización la dio el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete; quien, desde hacía tiempos, tenía ganas de deshacerse de tanto huésped ocioso, resentido y pícaro que había llegado de la península a la Lima Colonial; por ello, decidió nombrar al joven navarro, general don Pedro de Ursúa como jefe de la expedición y, especialmente, como gobernador del Reino de Omagua*

El marqués, posando su mano derecha sobre el hombro del navarro, le pidió que le ayudara a limpiar la ciudad llevando a estas pícaras y lambisconas personas a la misión encomendada”, para que se pierdan por allí, formen

familia casándose con una hermosa nativa; y, no vuelvan nunca más a Lima, seguramente.

— Quiero que sepa de mis propios labios y, jamás, por boca ajena, que es mi más ferviente deseo, señor don Pedro de Ursúa que libre a Lima para siempre, de esta mancha de paisanos peninsulares que ahora viven sin trabajar y como sanguijuelas en esta mi corte, chupando de día y de noche los ingresos con que se cuenta para gobernar sabiamente este territorio. En usted confío plena y satisfactoriamente para llevar a cabo esta especial misión. Sus acompañantes no deben retornar a esta corte por ningún motivo. ¡Ya lo sabe! Sólo cumpla esa orden mía con la seriedad, lealtad y discreción que le reconozco — y, no hubo que contestar nada, la orden era clara y precisa. Sólo quedaba acatarla y, eso es lo que hizo aquel hombre de confianza del virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, flamante marqués de Cañete—.

... “El general don Pedro de Ursúa honrado con el título y la confianza depositada en él, sale para la ciudad de Santiago de los Ocho Valles de Moyobamba y, de allí, toma el curso de los ríos Mayo, primero, y Huallaga, después, llegando hasta el pueblo de los Motilones, donde encuentra un conglomerado de nativos de Lamas. En el margen derecho del río Sapo, hoy distrito de Tingo de Sapo de la provincia de Huallaga, Ursúa permaneció más

de un año, tiempo que le permitió armar un astillero con carpinteros y aserradores llevados consigo desde Lima, muchos de los cuales eran hombres honestos y conocedores de su oficio originarios de España. Luego regresó a Trujillo para agenciarse de nuevos fondos, dejando el mando de la tropa a su teniente don Pedro Ramiro...

... El teniente don Pedro Ramiro funda el 3 de mayo de 1559, la ciudad de “Villa Vereda de Santa Cruz de Saposa” en las cercanías de un lago, que había cerca del río Sapo. Con el correr del tiempo, el lago y el pueblo desaparecieron de la faz de la tierra, sin dejar rastro...

... Por mucho tiempo y, presumiblemente, hasta estas fechas, en la actual ciudad de Saposa y su ámbito de influencia, se recuerda como un mito —quizás una leyenda—, la existencia de la antigua ciudad misteriosamente extinguida. Algunos aseguran incluso que, en ciertas noches de luna llena, la antigua ciudad aparece como un espejismo, con el enorme lago esmeralda a su lado, pero cuando amanece, la ciudad desaparece como por encanto con los primeros rayos del sol. Por esta razón, después de muchos desencantos esas gentes no han dudado en llamarla “Sapo Perdido” ...

... De que son ciertas las versiones de la fundación española de la antigua ciudad de Saposa, no cabe duda.

Los montaraces y cazadores de la comarca han encontrado completamente oxidadas debajo de la maleza, armaduras de fierro, espadas y herraduras de caballos, que los españoles de la expedición de Ursúa dejaron abandonados por allí, en su primer y famoso viaje a la Amazonía...

... En 1668, la ciudad de Villa Vereda de Santa Cruz de Saposoa, fundada por el teniente español don Pedro Ramiro, fue movida hacia el valle del río Serrano, pequeño afluente del río Sapo, en uno de cuyos márgenes, o en los dos, se encuentra ubicado hasta la fecha. Al realizarse el traslado fue rebautizada con el nombre de Villa de Nuestra Señora del Carmen, a cuya admonición se la dedicó en calidad de patrona de la ciudad...

... Este último nombre se ha olvidado por completo y sólo figura en algunos registros históricos, conservando sólo la denominación de Saposoa, con la que figura hasta la fecha como capital de la provincia de Huallaga, departamento de San Martín”... Existen, sin embargo, otras versiones que señalan que el nombre de la ciudad de Saposoa deriva de una especie de anécdota que data de la época misma de las primeras exploraciones realizadas por los españoles de esos insondables parajes.

Cuentan que después de una larga caminata, un grupo de exploradores españoles decidió echarse una siesta después

de almorzar a orillas del lago del cual, allí no más, don Pedro Ramiro fundara la ciudad que, al desaparecer misteriosamente, fue denominada como “Sapo Perdido”. Por esos lugares existen hasta la fecha unos sapos enormes a los que les dicen “*bonsapos*”. Para darse la siesta como Dios manda, don Pedro Ramiro se quitó las pesadas y enormes botas de puro cuero que utilizaba. Al terminar la siesta no encontró sus botas, tan queridas por él, porque en más de una oportunidad ya, le hubieron salvado de la picadura de algunas víboras de jergón. Como el buen chapetón que era, al no encontrarlas en su sitio vociferó:

— A ver, el coño ese que me ha escondido las botas, que las haga aparecer de inmediato o que sepa atenerse a las consecuencias que, de mis mismas manos van a salir—y desenvainando con una mano su espada y con la otra empuñando el verduguillo de la cintura, espetó a sus soldados del modo que ya le conocían cuando se le subía la bilis a la sesera—: ¡He dicho, que quiero las botas en donde las dejé! ¿Qué esperan para ponerlas allí, marrajos malnacidos...? ¡Oh...! ¿Acaso quieren vérselas uno a uno con mi espada y este mi feroz verduguillo, sedientos de sangre? Ustedes ya saben que no digo las cosas en broma. Así que, ¡a espabilarse he dicho! y...traedme las botas aunque sea desde la carpeta de Judas.

Todos los soldados que lo acompañaban, sin dudas ni murmuraciones. comenzaron en el acto y con presteza a buscar las botas por los matorrales y la orilla del lago. Hasta que uno de ellos vio como un enorme sapo trataba de arrastrar hasta las profundidades sus dos hermosos trofeos, que le servirían muy bien para depositar allí sus huevecillos. Al verlo gritó jubiloso:

— Encontré las botas. Las estaba llevando a las profundidades de este lago, una por una, este enorme y ladino sapo. Di muerte al enorme batracio y recuperé las botas. Solo están algo mojadas, pero eso se solucionará pronto con este calorcillo malnacido.

— Gracias soldado, por recuperarlas. Sin mis botas, ¿qué habría sido de mí?

El enorme sapo aquel roba botas de conquistador, se enteraron más tarde, que llevaba por nombre “*Sapo Sua*”, combinación usual por esos lugares, de vocablos quechuas con vocablos hispanos. Sapo es un término español y *sua* un término quechua que significa ladrón. De esa anécdota dicen que derivó la palabra Saposa y que posiblemente el río a cuyas orillas está fundado actualmente se llame también río Sapo en honor a aquel sapo ladrón que se robó las botas de don Pedro Ramiro, fundador de la ciudad.

Siguiendo siempre a lo que se manifiesta en el libro “*La Biografía*” Hildebrando F. Izquierdo Ríos —hermano mayor de Francisco—, sobre su propia llegada a este mundo, dice que: “*nació el 7 de mayo de 1909, en Saposoa*”. Sobre su nombre, allí en ese libro se dice:

— *Entiendo que mi nombre viene del recuerdo y la amistad que mi padre tuvo con el prefecto de Loreto, don Hildebrando Fuentes, pundonoroso militar, escritor y autoridad ejemplar... la letra “F” que va puesta entre mi nombre y mi apellido paterno, corresponde a la que siempre llevaban mi padre y mi abuelo paterno. Pienso que algo debe significar...*

... Sin embargo, dicha letra, no figura en las partidas de nacimiento de mis hermanos menores. Soy el mayor de 7 “Izquierdo-Ríos”: Hildebrando, Francisco, Carmen, Irene, Guillermo, Natividad y Cecilia. De ellos, mi hermana Natividad falleció en Moyobamba a poco de nacer, jamás llegamos a saber el nombre de la enfermedad que ocasionó su fallecimiento. El médico que la atendió era el jefe del Hospital Evangélico, de apellido M’Kay...

... A mediados de 1911, mi padre en su cargo de preceptor, fue trasladado de Saposoa al pueblo de Tabalosos, en el cual vivimos once meses, yo de 2 años y mi hermano Francisco de uno. Este pueblo data de tiempos de la colonia y tomó forma porque allí se halló, se guardó y se

veneró a la Virgen de Nuestra Señora de la Natividad, preciosa efigie esculpida en la ciudad de Nápoles, Italia, habiendo sido bendecida por el mismísimo Papa Pío VII...

Según Alfredo Ríos Guzmán en su artículo: “*Francisco Izquierdo Ríos, cronología de vida y obra*”, que aparece en el compendio del “*II Encuentro Nacional Anual de “Mateo Paiva” con su pueblo*”, publicado por EDUCAP el 2012, Francisco Izquierdo Ríos —mi tío Pancho—, llegó a este mundo a las cuatro de la mañana del día **veintiuno de junio del año mil novecientos diez, en la ciudad de Saposoa**, de acuerdo a la partida de nacimiento número 457 que obra en la Municipalidad Provincial de Huallaga. El mismo autor del artículo aclara que desconoce los móviles que fijan el 29 de agosto del mismo año, como fecha de nacimiento del insigne escritor, aclarando que los libros de nacimientos que indicarían que nació en dicha fecha, no son habidos en Saposoa; pero, posiblemente sí, en Moyobamba.

Darío Vásquez Saldaña, escritor amazónico natural de Piscoyacu y paisano de mi tío Pancho, famoso como “*El Tunchi*” por uno de sus cuentos “*El Tunchi enamorado*”; en la obra ya citada de EDUCAP y en su artículo “*El centenario de la muerte de Panchito Izquierdo Ríos*”, indica que Francisco Izquierdo Ríos nace en Saposoa el 29 de agosto de 1910 y muere en Lima el veintiuno de junio

de 1981, siendo presidente de la Asociación Nacional de Escritores —ANEA—. Allí mismo esclarece que, junto a Jenaro Herrera Torres y Arturo Demetrio Hernández ocupan el pedestal de privilegio en la literatura de toda la Amazonía Peruana. El 29 de agosto de 1910 que anota como la fecha de nacimiento de Francisco Izquierdo Ríos, Vásquez Saldaña no indica de qué fuente proviene el dato que cita, siendo para este caso algo más confiable la información que nos alcanza Hildebrando F. Izquierdo Ríos, mi señor padre y hermano mayor del autor.

En la página 22 de su Libro “*La Biografía*” mi padre, Hildebrando F. Izquierdo Ríos cuenta que su padre don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra, de Saposo, donde fuera nombrado inicialmente como preceptor, apenas al cumplir 22 años, fue trasladado inconsultamente en el mismo cargo y función a *Tabalosos*, distante de Saposo a tres días bien jalados a caballo, a donde se traslada con toda su familia, constituida por su esposa y sus hijos Hildebrando de dos años y Francisco de apenas uno.

El brujo de *Tabalosos*, dueño y señor de la hechicería, la curandería y las artes ocultas en ese lugar, desde hacía ya muchos años, se sintió muy incómodo con la llegada del nuevo profesor don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra que, como parte de su magisterio empezó a inculcar en sus alumnos la fe cristiana y, lógicamente, lo aberrante que

resultaba creer en brujerías, hechicerías y curanderismos. Y no lo enseñaba porque realmente fuera un cristiano creyente y confeso, sino por tener que cumplir con esa parte ineludible del programa de estudios en vigencia por esas épocas. Él, lo mismo que su padre ecuatoriano, si no eran ateos convictos y confesos, eran de creencias más bien agnósticas.

Tanto molestó al brujo de *Tabalosos* lo que el nuevo profesor aquel anduviera pregonando, que una tarde se apareció sin previo aviso en el salón de clase increpándolo por su comportamiento de este modo:

— Debe usted saber usted preceptorcillo de aldea que acá en *Tabalosos*, a mí, nadie me contradice. Soy el depositario de todo el conocimiento existente aquí en esta comarca. Manejo el bien y el mal a mi antojo, porque tengo pacto con el mismísimo *Shapingo* o Diablo, para algunas personas. Puedo curar pacientes condenados a muerte por magia negra y enfermar hasta hacerla morir, a la gente que yo desee o, por pedido de quien me pague. Conozco los secretos del Chullachaqui, del Runamayo, de la lupuna, de las calaveras de los cementerios desconocidos, en fin, tengo el poder de Satanás en mis manos.

— Le he escuchado con suma atención todo lo que usted ha venido a decirme acá a mi aula, señor Brujo. Pero yo me debo a mis alumnos, no a sus creencias. Yo debo

enseñar a estos jóvenes alumnos la ciencia, el saber, la filosofía, el arte y la cultura, entre otras cosas como leer comprendiendo y escribir con corrección y coherencia. El saber está en los libros, no en su cabeza. Y los alumnos, estos que son mis alumnos, tienen que aprender la verdad de los libros no de sus palabrerías sin ton ni significado. Así que, habiéndole ya escuchado, con respeto como se merece usted como ciudadano de este lugar, le pido que abandone mi aula y se retire a su casa a hacer sus quehaceres propios, que yo seguiré en lo mío.

— ¿Así que esa es su respuesta jovencillo petimetre e irrespetuoso con las sagradas creencias de este pueblo, a las que yo represento?

— Ya se lo dije, señor don Brujo. Yo tengo que enseñar lo que el Programa Oficial de Estudios me impone. Sus creencias particulares no son de mi incumbencia.

— Mentecato además de chamboncito me ha resultado usted preceptorcillo de aldea. Sepa usted que eso yo no se lo perdono a nadie. El que me falta el respeto a mí se muere, porque yo lo digo.

— ¿Y cuándo se supone que moriré señor don Brujo de *Tabalosos*? Comprenderá, que yo no temo a sus amenazas y que me encuentro saludable y joven, como para que venga acá a querer asustarme y encima a

amenazarme de muerte, sin mayor motivo ni fundamento, delante de mis alumnos.

— Le aseguro que si hoy mismo no deja este pueblo y se va por donde ha venido, yo no respondo porque advertido se queda. Usted no vivirá más de tres días contados a partir de ahora. Y le aseguro que, su muerte será lenta y dolorosa. Se arrepentirá de no haber respetado mis creencias. Eso sí se lo aseguro por el mismo *Shapingo* que ahorita a mi lado está.

— A ese que dice que es el *Shapingo* no lo veo por aquí, ni mucho menos a su lado, señor don Brujo, sólo veo a un hombre escuálido y pálido que, si no se cura de la tos que tiene morirá indefectiblemente de tuberculosis.

— Ya le dije, preceptorillo de pacotilla. Usted va a morir a tres días contados desde ahorita.

Y se fue por donde vino tosiendo y tragándose las babas y las mucosidades con esputos de sangre que, a consecuencia de su tuberculosis crónica ya en él, más la ira contenida a duras penas para no liarse a machetazo limpio con el joven que le produjo tal vergüenza, delante de su propio hijo y del resto de alumnos de la escuela, sólo por haber venido a ponerle los puntos sobre las íes a este atrevido preceptor, no le podían dejar en paz con su conciencia por el resto de días que todavía le tocó vivir. Encima, las palabras del nuevo *preceptorcillo* resultaron proféticas. El brujo de

Tabalosos murió de lo que le vaticinó el joven profesor de 23 años, con sólo mirar el aspecto que tenía, exactamente, a un mes de sus amenazas.

Mi señor padre don Hildebrando F. Izquierdo Ríos en su libro *“La Biografía”* cuenta este incidente de un modo más coloquial y práctico. Él lo cuenta de esta manera: *“en el desempeño de sus funciones como docente, al cumplir 22 años de edad mi padre se enfrentó a un brujo de la comarca muy famoso y temido en toda la Amazonía. No recuerdo su nombre ni de donde era, tenía residencia de largos años en el pueblo y fama de haber matado a mucha gente aplicando la “sabiduría bruja” que, según el decir de toda la gente, manejaba a la perfección.*

... El joven profesor no creía en las brujerías y se disgustó cuando uno de los hijos del brujo hacía lo que le daba la gana en el Escuela, sin que nadie pudiese reprenderle o llamarle la atención. Una mañana pegó de puñetazos a un alumno menor que él y se puso a reír como si quisiera burlarse de sus maestros. Ahí salió el joven preceptor quien castigó y puso en orden al engreído.

... El muchacho, sin permiso, salió a la calle y se encaminó donde su padre. No pasaron veinte minutos hasta que padre e hijos se hicieron presentes en el colegio en busca de Izquierdo Saavedra. Entonces, en un diálogo encendido, el brujo, botando babas, llegó a amenazarle con matarle en un plazo de tres días...

... El joven profesor, tranquilo pero enérgico, le contestó que, si dentro de esos tres días no se cumplía esa amenaza, a él le volaba la tapa de los sesos con tres tiros. El brujo murió a poco tiempo enfermo de tuberculosis y mi padre vivió muchos años después de este incidente.

Más adelante cuenta mi padre Hildebrando F. Izquierdo Ríos en su libro “*La Biografía*”: “*Regresamos a Saposoa en 1912; a partir de ese año mi padre deja la docencia y se inclina por la administración pública, actividad que le gustó más y que desempeñaría con habilidad. Luego de un tiempo es nombrado amanuense de la Circunscripción Territorial de la Provincia de Huallaga, haciéndola funcionar por primera vez en Saposoa...*

... Compramos en Saposoa una casita por treinta libras esterlinas. Estaba rodeada de un marco natural de belleza, allí se erguía un cerro en forma de morro con una cruz gigante en su cúspide; allí flameaban árboles y palmeras que, llegada la primavera, nos regalaban flores de todo color y perfumes silvestres. Más allá, andando por la bajada, se desplazaba turbio y corrientoso el río Sapo dueño de una inigualable diversidad de peces. La huerta de la casita se extendía hasta la otra calle paralela. Marañoses, ciruelas, pasto para las gallinas y un tronco de lima, coposo de hojas verdes y frutos maduros besando el suelo frente a la cocina hacían de la huerta un rinconcito paradisíaco. Ahí he jugado con mi hermano

Pancho y pasamos nuestra infancia hasta los diez años, al lado de nuestros padres y hermanos menores...

...Cuatro hermanos menores nacen en Saposoa. Además de mi hermano Francisco que nació en 1910, Carmen Aurora que nació en 1912, María Irene en 1914, Guillermo en 1917, Natividad en 1919, fallecida a pocas horas de su nacimiento, y Cecilia, la última que nació en Moyobamba en 1922, ciudad a la que regresamos después de muchos años...

Además de otros detalles, mi señor padre don Hildebrando F: Izquierdo Ríos en su libro “*La Biografía*” continúa narrando: *Hice los dos primeros años de primaria en las escuelas fiscales de Saposoa entre los años 1919 y 1920 bajo la dirección de don Juan Pablo Chávez Villaverde y del profesor de aula don José Reyes Vásquez Iglesias, maestro con secundaria completa y natural de Moyobamba...*

... Un mal conocido en la región con el nombre de “cuchipec” o Pian, su nombre científico, afectó mi salud a los 9 años de edad, posesionándose de mis extremidades inferiores que, por un largo tiempo, me mantuvo con imposibilidad para moverme. Mis padres me sanaron con una resina llamada “solimán” extraída de un árbol de la selva, con poder cicatrizante pero muy doloroso. Como recuerdo de estas llagas quedó imborrable una cicatriz en

el dorso superior de mi pie izquierdo. Esta dolencia atrasó mis estudios primarios y favoreció a que mi hermano menor Francisco, me alcanzara de año. Desde entonces, cumplimos juntos los estudios primarios y secundarios, sentados, los dos, en una carpeta bipersonal que nadie más, aparte de nosotros ocuparía. Esto motivó a los demás para que nos pusieran el nombre de “Yunta de toritos selváticos...”

... Mientras estuvimos en Saposoa vivimos en Sacanche, un pueblo a 25 kilómetros de Saposoa. Mi abuela del lado paterno: doña Isabel Saavedra, a su llegada a Saposoa fijó allí su residencia, junto con sus hijos José y Sofía. Mi padre, por su parte, siempre andaba metido en política y era un hombre influyente en la provincia, hizo nombrar a mi tía Sofía preceptora del pueblo en la única escuela fiscal que hubo, y a mi tío José lo tuvo de gobernador de Sacanche todo el tiempo que allí vivió...

... Mi abuela fue una viejita fuerte, llena de ocurrencias que hacían reír; pero, eso sí, fue muy trabajadora, al punto que cosechaba las mejores frutas de la región en su huerta. Más tarde Sacan che fue arrasado por el riachuelo que corría por sus costados. Cargó con la iglesia y también con la casita de mi abuela. Esto la obligo a trasladarse a Piscoyacu, más cerca de Saposoa y un atractivo pueblo donde mi abuela hizo de las suyas, como era ya su

costumbre, en eso de sembrar árboles frutales en su huerta...

... A mediados de 1918 compramos el fundo de San Andrés, a ocho kilómetros de la ciudad. Tenía muchas hectáreas de terreno y bosques, abundante pasto, aunque poco ganado. El riachuelito San Andrés dividía el pasto en dos campos y alegraba el ambiente con su ruido característico al chocar sus aguas con las piedras. Pasamos buen tiempo pescando y sacando buena presa, bagres por lo general, yo y mi hermano Francisco en aquel riachuelito de ensueño y, es muy posible, que allí en ese lugar, él, más tarde, iniciaría allí el gran recorrido de un pequeño bagrecillo hasta el Atlántico, después de recorrer todo el Amazonas...

Si bien la historia de aquel bagrecillo que realiza tan colosal proeza de viajar, solo, desde el riachuelito de San Andrés del recientemente comprado fundo, para llegar luego a un riachuelo más grande: el Serrano y después al gran río Sapo, para de allí remontar viaje por el Huallaga, el Marañón y el Amazonas, hasta el mismo Océano Atlántico, es una odisea sin límites y de una imaginación mágica y desbordante; en esos tiempos, dice mi padre, que las costumbres de la gente eran algo bárbaras.

Siempre, en su libro “*La Biografía*” don Hildebrando F. Izquierdo Ríos, hermano mayor de Francisco, nos narra

con lujo de detalles lo que podía ocurrir en aquellos tiempos bárbaros, durante la pesca de un riachuelo con barbasco. Él nos lo cuenta así:

... Un verano, cuando el riachuelo San Andrés bajó sus aguas, los vecinos lo bañaron de barbasco y se fueron de pesca. Mi hermano Pancho y yo, fuimos invitados a participar de la fiesta y, como era de nuestro agrado, nos pusimos listos a surcar y bajar la quebrada en medio de una multitud de hombres y mujeres de toda edad, recogiendo al paso todos los peces muertos o semimuertos que se nos presentaban. Llegó la hora de regreso y tomamos la bajada por medio del riachuelo, satisfechos de la pesca. Al llegar a una garganta de la quebrada, tropezamos con una enorme serpiente conocida como “Shushupi”, de gran poder venenoso. La víbora, aprovechándose de unas piedras en desordenada hilera, atravesó las aguas...

... ¡Qué enorme sería! No llegamos a ver ni su cabeza ni su cola, tan sólo vimos su cuerpo escamoso de color amarillento con manchas negras. Mi hermano y yo gritamos pidiendo auxilio a la vez que dimos un salto hacia atrás y tomamos la orilla, poniéndonos fuera del peligro. La “Shushupi” siguió su marcha aligerada haciendo resquebrajar las hojas y las ramas bajas del otro lado del riachuelo. La pesca, para nosotros, no fue del todo mala,

llegamos a llenar nuestras mochilas con toda clase de pececitos de brillantes escamas y agallas rojas, muchas de ellas todavía coleando. Nuestra madre con lo que pescamos preparó un delicioso caldo que compensó en parte el tremendo susto que nos dimos...

Mi padre, don Hildebrando F. Izquierdo Ríos en su libro “*La Autobiografía*”, que ya tantas veces he citado, es bastante pródigo para narrar las aventuras y peripecias que junto a su hermano Francisco, un año menor que él, pasaron allá en esas tierras regadas por el corrientoso río Sapo y sus pequeños afluentillos, uno de los cuales era el riachuelo de San Andrés, que pasaba por medio pastizal del fundo de mis abuelos paternos, y el otro era el río Serrano que más bien cruza Saposoa.

Él cuenta que, al rayar el primer día de la semana de un mes del año de 1920, seis peones esperaban en los corredores del tambo, con las hachas al hombro esperando la hora de partir a “*la corta*”. Tenían que cortar árboles elevados después del “*troceo*” respectivo, para después de “*la quema*” y el apilado en “*los shuntos*” de los residuos de madera y maleza, dejar lista una chacra para la siembra de plátano, yuca, maíz y frijol como era la costumbre por aquel entonces.

— ¡Vamos Pancho a ver la corta! Imagínate ver cayendo un árbol de más de 100 metros de altura. Ha de

ser un espectáculo deslumbrante. Vamos hermano a ver eso... —le instó Hildebrando a su hermano Pancho—.

— No hermano. Papá nos ha prohibido acercarnos a la *corta*, porque el viento a veces tuerce la dirección de caída de uno de esos árboles y es peligroso para todo el que anda por ahí cerca —le contestó muy sabiamente Francisco, a pesar de ser un año menor que Hildebrando—.

— No pasa nada hermanito. Pero, si tu no quieres acompañarme, iré yo solo. Tan solo como he venido a este mundo. Pero, no me pierdo ese espectáculo. Nunca he estado presente en una “*corta*”. Dicen que pareciera que los árboles lloran y crujen de dolor al caer por los suelos, sabiendo que ya están muertos.

— No te vayas, Hildebrando. Yo sé porque te lo digo. Todas las veces que desobedecemos a papá, siempre nos pasa alguna cosa mala.

— Esta vez no me pasará nada. Ya lo verás. Voy a tener cuidado de estar lejos cuando los árboles caigan.

Hildebrando se fue a ver la “*corta*”. Se sentó sobre una vieja *quiruma* algo lejos del monte, en el pasto, para ver desde allí como los gigantes forestales se venían por los suelos. Pero los ventarrones juegan siempre en esas faenas algunas malas pasadas. Se quedó para el último un

tremendo árbol de cedro blanco o *masha* y entre tres hombres comenzaron a talarlo. El árbol con un repentino ventarrón, crujió de muerte, se bamboleó sobre sus tres grandes heridas de hacha y comenzó a caer, estruendosamente, justo por donde Hildebrando, sentado supuestamente lejos de cualquier peligro sobre su *quiruma*, se hallaba observando el espectáculo. Sin saber cómo, dio un gran salto hacia atrás y sólo algunas ramillas del árbol le maltrataron el hombro. Esta historia jamás fue de conocimiento de su padre. Sólo su madre lo confortó con frotaciones y mucho cariño y comprensión.

— ¡Te lo dije! —eso no más habló Francisco—.

... *Otro día —cuenta Hildebrando F. Izquierdo Ríos—, bajo el sol brillante y quemante de las tardes de la cálida Saposoa, esta vez sí bajo la anuencia de Francisco y con la compañía de nuestra hermana Irene, fuimos hasta el río Serrano que, inusualmente, en esa época que era de estío, se había llenado su cauce un poco más de lo normal. No era peligroso, porque, a decir verdad, era muy tranquilo, por chiquito, comparado con el río Sapo...*

...*Queríamos refrescarnos en sus frescas aguas como lo hacíamos por costumbre. Pero, Irene tenía sólo 6 años y, encima no sabía nadar, todavía. Con la ingenua imprudencia de su corta edad y sin que yo y Pancho nos percatáramos, se adentró a una poza donde azuleaba el*

agua, por su pequeña pero peligrosa profundidad para ella. Cuando caímos en cuenta ella estaba sumergida en la poza y sólo algunas burbujas que salían fuera del agua nos indicaron su presencia allí, adentro...

... Sin pensarlo dos veces, con mis doce años a cuestas tan sólo, nadé y la busqué en las profundidades de la poza, logrando sacarla del agua con mucho esfuerzo. Mi hermano Francisco tan pronto nos vio acercarnos a la orilla de un jalón de mi brazo nos sacó a mí y a Irene fuera del agua. Con masajes en el pecho y soplando aire por la boca, la hice volver en sí. Esa tarde llegamos a la casa materna y sin contarle a nadie lo ocurrido, nos acostamos después de agradecer a Dios con una oración que brotó desde el fondo de nuestros corazones, por haberme permitido salvarle la vida a mi pequeña hermana...

... Tingo de Sapo, un pueblo turístico de la provincia de Huallaga, fue depositario de Santa Bárbara, imagen venerada por los naturales desde los primeros años de la colonia. Periódicamente esta imagen cumplía con hacer visitas a los pueblos de su comarca, cargada por sus devotos en un cajón especialmente preparado para estos viajes. Su entrada a los pueblos lo hacía a toque de bocina o de conchas grandes traídas del mar, y de una banda de músicos compuesta de bombo, tambores o redoblantes, platillos y un pistón que daba el tono, para hacer danzar

en plena calle a mujeres y hombres, que rogaban un favor o pagaban así un milagro recibido...

... Las autoridades también acompañaban a la santa en sus procesiones por las calles de Saposoa. Una noche la velaron en la casa de uno de ellos, danzando hasta sudar al son del charango, terciando con mujeres maduras que danzaban con arte y devoción, vestidas con polleras de vistosos colores, como si fueran “paraguas chinas”...

... Otra noche de luna, mi hermano Pancho y yo, acompañamos a la santita hasta la casa de su nueva velación. No sentamos a disfrutar de la ceremonia, en una banca larga, tosca y pegada a la pared sin preocuparnos de la hora. Llegó las cinco de la mañana y de repente oímos una vos ronca que nos dijo:

— Muchachos, vengan...

... Era la voz de nuestro padre que se pasó toda la noche buscándonos por los barrios, puntas, puentes y vados. Lo notamos tan agotado y molesto que, tan pronto pisamos la calle, sacó su correa y la hizo funcionar a diestra y siniestra sobre nuestras nalgas, no obstante que, en zig-zag, de una vereda a otra, le dábamos las escapadas. Llegamos a la casa cuando el día ya rayaba. Corriendo nos cobijamos en las alas protectoras de nuestra madre

que, con dulzura, pidió a nuestro padre que no continuara con el castigo...

... Eso no fue motivo para que mi hermano Pancho y yo, dejáramos de ser devotos de nuestra santita predilecta: Santa Bárbara, patrona de Tingo de Sapo... y la santita nos hizo un milagro que alumbró toda nuestra vida: aprendimos para siempre el sagrado valor de respetar a nuestro padre, a partir del refrán: primero es el deber y después es la devoción...

... En 1919 nació en Saposoa una hermana a la que le pusimos por nombre Natividad. Llegó a este mundo con ampollas en todo su cuerpecito. Dijeron que las adquirió cuando mi madre se puso a hornear sus pasteles en el horno de la casa que, —previamente— estando en un estado avanzado de embarazo, tuvo que calentar con leña. Falleció a pocas horas de nacida...

Tanto Hildebrando como Francisco, ya adultos, llegaron a ser maestros de aula y enseñaron a sus alumnos la práctica del respeto a sus padres, entre muchos de los valores que abordaron en sus aulas.

TRES

Una revuelta inusitada en Saposoa

En la página 37 del libro *“La Biografía”* de mi señor padre, don Hildebrando F. Izquierdo Ríos se narra este episodio épico, ocurrido en la tranquila vida de un apacible pueblo como Saposoa:

“En mil novecientos veinte Saposoa se levantó en armas dispuesta a nombrar su propia autoridad política, en reemplazo de un subprefecto de apellido Guerra, quien, apoyado por vecinos foráneos, venía desde hacía algún tiempo, cometiendo una serie de abusos en agravio del pueblo. Vecinos de Juanjui, en su mayoría licenciados del ejército, hicieron su ingreso al pueblo, burlando la vigilancia oficial, armados de carabinas Winchester en refuerzo a los piquetes de hombres y mujeres de Saposoa...”

— ¡Hildebrando! ¡Hildebrando! —era Pancho, quien le llamaba a gritos, para que éste se levantara de la cama

donde dormía. Luego le dio el relleno que consideraba más que urgente, darle de primera mano —: levántate rápido hermano para irnos a ver qué ocurre en la plaza de armas. Toda la gente está que corre hacia allí. He visto desde la puerta de la casa que se están yendo todos con sus escopetas al hombro. Así que... ¡apúrate!

— Yo no me voy a la plaza. Y... tú, tampoco. Es peligroso. Además, si hacemos algo sin pedir permiso al papá, éste, ya sabes que hará. Acuérdate de la cuera que recibimos cuando nos fuimos, a tu insistencia, a velar a la patrona de Tingo del Sapo: Santa Bárbara, —le contestó Hildebrando como levantarse de la cama y vestirse, quien, por ser el hermano mayor, tenía un poco más de racionalidad y buen juicio en su pensamiento—.

— Es que nunca he visto tanto alboroto en el pueblo, hermano. Algo raro o muy grave está ocurriendo en estos momentos y, yo... no me lo voy a perder.

— Te digo que no te irás y mucho menos solo —le volvió a reiterar la prohibición, Hildebrando—.

— Si no quieres que me vaya solo, entonces tendrás que acompañarme. —Él sabía que, tendría que hacerlo—.

— Pero... si ni siquiera hemos tomado desayuno, todavía. Si no nos vamos a desayunar, la mamá y el papá o, juntos, nos echarán de menos y, cuando lo averigüe el

papá, ya sabes lo que nos ocurrirá. Yo no me arriesgo. Así que, si quieres, vete tú solo, como has nacido.

— Hermano, vamos a ver qué pasa en esa dichosa plaza. Avanzaremos primero mezclándonos con la gente que va hacia allí y, ya bien cerca, entraremos a alguna huerta para, desde allí, bien escondidos, ver por nosotros mismos todo el alboroto que está ocurriendo.

No lograron llevar a cabo su ingenioso plan a cabalidad. Tuvieron que dar media vuelta con la rapidez del rayo y volver a la seguridad de su hogar; porque, tan pronto lograron entrar a una huerta de la vecindad de la plaza, varios perros de los dueños de la casa salieron al trote a morder a los que trataban de invadir esa propiedad privada. Cuando llegaron a su casa y se fueron a tomar desayuno, su padre no estaba en la mesa. Al notar su ausencia, Pancho que era el más preguntón, inquirió a su madre:

— Mamá, y... ¿dónde está don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra, nuestro querido padre?

— Por allí estará pues, muchacho preguntón —fue la escueta respuesta de su madre—.

— Me parece que Hildebrando y yo lo hemos visto en medio de la trifulca que se ha armado en la plaza —le mintió descaradamente a su madre, porque no vieron nada por los malditos perros. Así y todo, su madre le creyó—.

— Lo que es a mí, no me ha dicho a dónde se iba ir ese marido mío —le contestó inocentemente, su madre, para luego añadir—. Pero, ya he echado de menos que la retrocarga *Remington* con la caja de cartuchos calibre doce, no está en su sitio o donde debería estar. Además, corren rumores de que la gente de Saposoa quiere sacar en burro al subprefecto Guerra, por los muchos abusos que viene cometiendo en el pueblo. Dicen que se da la gran vida, pide fiado en las cantinas y cuando tiene hambre manda que le preparen gallina guisada. Pero, no quiere pagar sus cuentas y les grita a sus acreedores como a delincuentes que quieren chantajearle, dizque para robarle la plata que no tiene, porque el gobierno le paga muy poco. Además, otra de sus perlas es, que acosa descaradamente a las jovencitas menores de veinte años, a las que trata de seducir diciéndoles que, si le hacen ciertos gustitos, les va a llevar a la capital de la república, para que allí vivan como reinas, en una enorme casa que él tiene en la avenida “La Colmena”, en el mismo centro de Lima.

En su libro “*La Biografía*” don Hildebrando F. hijo, nos narra ese pasaje de la historia de Saposoa de esta manera:

... Este valiente pueblo, así conformado, avanzó hacia la plaza de armas con la intención de apoderarse del archivo del subprefecto Guerra y apresarlo junto a sus cómplices. Fueron cabecillas de esta revuelta don Alfredo Pérez, don Lorenzo Caro, don Fidel Tuesta, don Ricardo Abanto y

don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra, mi señor padre y el de mi hermano menor Francisco, cuando yo tenía diez años cumplidos y Pancho apenas nueve...

... La balacera en calles y plazas duró dos días, con un saldo de muchos muertos: dos soldados, un gendarme y varios civiles —como siempre, son los civiles los que pagan pato—. El subprefecto Guerra con dos gendarmes que le quedaban y los amigos que secundaban sus planes, dejaron una mañana la ciudad con rumbo desconocido...

Al desaparecer de Saposo el subprefecto Guerra, sin que los insurrectos lograran sacarlo del pueblo en burro, como era la costumbre hacer en esos tiempos, con los maestros y autoridades que incumplían sus funciones o hacían abuso de ése su limitado poder; porque, simplemente eran designados a dedo por los del gobierno y, más bien, al no ser elegidos por el pueblo ni poseedores del poder que sólo él puede conferir con su voto y su confianza, siempre eran personas oportunistas que mediante actos de “sobonería” o influencia de algún familiar rico, lograban arribar a estos cargos.

Frente a la situación de facto de no tener subprefecto en su provincia, que los mismos insurrectos consideraban irregular, de buena fe más que todo y, tratando de corregir el simplón autoritarismo de la capital de la república, de

enviar subprefectos de Lima que desconocían por completo la realidad de los pueblos del interior del país, decidieron, pasado el zafarrancho de combate y, antes de dar cristiana sepultura a sus muertos, elegir un subprefecto del lugar, conocedor de la realidad de Saposoa y por lo tanto, más justo y más probo que el defenestrado Guerra, para lo cual, tratando de evitar ser elegido para ese cargo, don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra, a voz en cuello, habló a la población allí constituida:

— Amigos y conciudadanos de Saposoa, ante lo que acaba de ocurrir, tenemos la imperiosa necesidad de elegir a un subprefecto que, por conocerlo todos, sepamos que va a cumplir sus funciones a toda cabalidad y como lo esperamos. En tal situación, yo propongo a don Lorencito Caro, como el nuevo subprefecto de Saposoa, elegido democráticamente por todos nosotros a fin de evitar que Lima nos siga enviando a dedo a gente ociosa, sin conocimiento de la función y encima corruptos. Pero, como esta elección debe ser todo lo democrática que necesita ser, los demás vecinos que hagan sus propuestas.

— Yo lo propongo a usted don Hildebrando, para el cargo de subprefecto de Saposoa — dijo a viva voz don Ricardo Abanto, para luego continuar—. Todos aquí lo conocemos. Es probo y justo como queremos que sea nuestro próximo subprefecto. Vive acá en Saposoa, aunque tiene su fundo en San Andrés, que está *ahicito* no más—.

— Agradezco la propuesta de mi amigo Ricardo Abanto. Pero, debo aclarar que, en justicia, a quien le corresponde esa honorable designación es a don Lorenzo Caro, por ser el organizador y líder natural de esta reclamación armada del pueblo de Saposoa. La destitución por nuestra mano, del subprefecto Guerra, la consideramos justa y necesaria. Por lo que le pido a mi amigo Ricardo Abanto que retire su propuesta, a fin de que, quedando la mía solamente, el designado sea don Lorenzo Caro.

— Me parece muy juiciosa y razonable la petición de mi buen amigo don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra. Por lo tanto, retiro, señores, mi propuesta —dijo levantando la voz don Ricardo Abanto—.

Ante esta coyuntura que le caía del cielo a don Hildebrando F. Izquierdo Saavedra, más rápido que inmediatamente intervino para orientar el desenlace que deseaba:

— Entonces amigos, no habiendo más propuestas, levantemos la mano todos los que deseamos que don Lorencito Caro sea el nuevo subprefecto de Saposoa. A voz de tres. Una, dos y... ¡tres! —Y todos, o casi todos, levantaron la mano en señal de aprobación, ante lo cual Hildebrando F. Izquierdo Saavedra levantó la mano derecha en alto de don Lorenzo Caro y lo declaró ganador del cargo de subprefecto de la provincia de Huallaga—.

Hildebrando F. Izquierdo Ríos en su libro “*La Biografía*”, detalla este y otros hechos de la revuelta socio política de 1920, habida en Saposoa, con su estilo de parca sencillez:

... El pueblo asumió el mando y designó como subprefecto de la provincia a don Lorenzo Caro, cuyo nombramiento desconoció el gobierno, calificando el hecho de subversión y desacato. Dispuso, así mismo, que el prefecto de Moyobamba don Artemio Arciniega, se trasladara al lugar de los sucesos con diez gendarmes y 50 soldados de línea del Comando Militar de Iquitos a fin de restablecer el orden y el respeto a la autoridad, además de volver las cosas a su lugar. Tan pronto llegó a Saposoa, —significa no menos de una semana de viaje, a pie y a caballo, por caminos intransitables— el prefecto de Moyobamba don Artemio Arciniegas, procedió a iniciar la captura de los comprendidos en esta desafortunada sentencia...

En el libro “*La Biografía*” al referirse al comportamiento de la familia Izquierdo Ríos —su familia—, frente a los graves hechos ocurridos en la tranquila y sosegada Saposoa, don Hildebrando Izquierdo Ríos lo hace de este modo tan singular y práctico:

... En busca de seguridad nos alejamos de la ciudad y fuimos a nuestro fundo San Andrés. Pasaron dos semanas y se conoció que los cabecillas del motín eran buscados

vivos o muertos. Mi padre estaba tranquilo en nuestro fundo, cuando de repente vimos venir al tambo al “macho” en un galope muy desusado en él, con la hirsuta cola y la cabeza en alto volteando de un lado a otro, como buscándonos para anticiparnos la fatal noticia del extraño caso que estaba comenzando a suceder en el fundo. Estábamos siendo invadidos por 5 gendarmes armados...

... Mi padre al verlo así alborotado, salió hacia la tranca del patio, lo que le valió para advertir a los cinco gendarmes que avanzaban con sus fusiles en posición de tiradores. Sin pensarlo, botó al suelo el cuchillo que tenía en la mano y corrió en zigzag por el pasto hasta alcanzar el monte más cercano. Los gendarmes dispararon paralelo, pues se oyeron casi simultáneamente cinco disparos de fusil que, con toda felicidad, terminaron en el vacío. Mi padre no se detuvo a pesar de los disparos, ni mucho menos se entregó a sus verdugos. Corrió y corrió en zigzag hasta llegar al monte y allí se refugió, perdiéndose dentro de sus entrañas...

... En esos momentos la confusión era enorme en todo el ámbito del fundo. Mi madre no dejaba de correr por aquí y por allá, con lágrimas en los ojos; pero, con un brío y un enfado inusitados en ella. Mi hermano Francisco y yo, por nuestra parte, aunque llenos de espanto, avanzamos con coraje y resueltamente, al lugar desde donde provenían los disparos...

... El humo de la pólvora de las balas invadió muy pronto los espacios libres de los contornos del tambo. Pero, no caímos desfallecidos, ni mucho menos amedrentados. Seguimos protestando con actitud valiente y enérgica, frente a los abusos de estos soldados, en defensa de la vida de nuestro padre —que, hacía ratos, se refundió en el monte— y, sobre todo, de la vida de la autora de nuestros días y las de nosotros mismos...

... Una carabina de marca Winchester con catorce balas esperaba ser usada, escondida en el techo de crisisejas del tambo. Igualmente, un revólver con cinco tiros, calibre treinta y dos, descansaba debajo del colchón de nuestro padre. Con estas armas que teníamos, bien pudo haberse convertido la mañana en un encuentro sangriento. Más bien, se guardó calma y mucho tino en aquellos actos, nos obstante la indignación que nos causó aquel allanamiento armado...

... Unos minutos después, todo el ambiente hedía a pólvora de fusilería y las nubes de humo que dejaron los disparos seguían copando todo el ambiente, movidos por el viento. Los gendarmes con fusil en mano comenzaron a revisar nuestras habitaciones, una por una, introduciéndose en la cocina, en la letrina y hasta en el chiquero de los puercos. No encontraron nada que comprometa a nuestro padre, puesto que la carabina Winchester y el revólver que a él le pertenecían, permanecieron a buen recaudo. Con la ayuda

de mi hermano Francisco dejamos debajo de las crisnejas del techo del tambo, esas armas. Y allí se quedaron bien aseguradas hasta que los gendarmes se fueron...

... Las caras de estos desventurados sujetos, además de producir en nosotros un razonable temor y una bien ganada repugnancia, nos causaron también furia y hasta ganas de venganza. —Los gendarmes eran una especie de mercenarios asesinos, por orden de quien les pagaba el sueldo, constituido mayormente por licenciados del ejército sin trabajo—. Echaron lazo a nuestro heroico “macho” y le pusieron bozal con la soga que, antes de ello, nos robaron. Montados tres de los cinco forajidos en el lomo pelado del animal, tan apiñados que parecían —“cuycas”— o lombrices, se marcharon a Saposoa. Se vengaron así con el “macho” en represalia por la proeza que, momentos antes, había hecho mi padre: burlar con bravura y valentía sus intenciones de apresarlos vivos o muertos...

Debido a su audaz fuga, conseguida además con un poco de buena suerte, a don Francisco F. Izquierdo Saavedra, aquella vez, no lo apresaron ni vivo ni muerto, como era la orden impartida por el torpe e irreflexivo prefecto Artemio Arciniegas de Moyobamba, pues huyó al monte y por allí sus perseguidores ya no quisieron meterse. Se infiere que el prefecto Arciniegas era en verdad un hombre irreflexivo

y de poca instrucción, pues, de haber poseído ambas cosas, habría sabido que ningún pueblo se levanta contra sus autoridades si no tiene motivos bien fundados para hacerlo. Tendría bien clara en la cabeza que, Tupac Amaru II, no se levantó contra el corregidor Areche, por ejemplo, porque éste fuera un hombre bondadoso y justo, sino porque era abusivo, autoritario, mandamás ignorante y gobernante nombrado a dedo, como el tristemente subprefecto Guerra y como el mismo Artemio Arciniegas que, posiblemente, procedían de Lima. El apellido Arciniegas nunca existió en la ciudad de Moyobamba y, si bien el apellido Guerra si es frecuente, presumiblemente el abusivo aquel era de Iquitos y no de estos rumbos.

Mi padre, don Hildebrando F. Izquierdo Ríos, siempre en su libro *“La Biografía”*, nos cuenta cómo ocurrieron los otros hechos aleatorios y colaterales, posteriores al levantamiento en armas ocurrido en Saposoa, que diera lugar a muchas odiosas persecuciones y los subsiguientes abusos en contra de los que, en legítima defensa de sus derechos, injustamente confiscados, hicieron lo que consideraron necesario para restablecerlos:

... Una vez que los gendarmes llegaron a Saposoa, soltaron de sus amarras y le dieron libertad al “macho”, en plena vía pública. El animal dio media vuelta y, tirando las ancas al aire, les soltó tres ruidosos vientos de olores

fétidos —o, mejor dicho: 3 cuescos— que dejó anonadados a sus captores, según manifestaron a nuestra familia los presentes, mucho tiempo después. Luego, en carrera loca retornó al fundo. Al atardecer, de nuevo cuadró patas en la tranca del patio y dirigió su mirada, con las orejas avizoras puestas adelante, buscándonos. A partir de ese momento el “macho” se convirtió en un miembro más de nuestra querida familia, envuelta en graves y delicadas preocupaciones...

... Mi padre, al ganar el bosque, tomó la derecha y trepó un cerro, cruzando con zapatos y todo, la quebrada de San Andrés, en su afán de despistar a sus perseguidores. Vuelta un tanto la calma, mi hermano Francisco y yo, acompañados de algunos trabajadores fieles, del fundo, comenzamos a buscar a nuestro padre hollando con nuestros machetes la tupida vegetación, en todos los lugares que creíamos que podía estar.

Recién al oscurecer de ese día dimos con él. Lo hallamos sentado en una piedra del cerro, al que en su huida se trepó, esperando la llegada de la noche. El ojo izquierdo lo tenía cerrado y su mandíbula inferior la tenía dura, sin movimiento, debido, posiblemente, al impacto psicológico sufrido hacía poco. Se le hizo compañía y pasamos la noche junto a él, echados en el suelo a un lado de la piedra donde lo encontramos sentado...

... Este hecho doloroso afectó seriamente su salud y, notoriamente, su conducta. Fue el principio de la enfermedad que, más tarde, lo llevaría a la muerte. Al día siguiente resolvió internarse más en el monte, aún más lejos de donde lo encontramos. Se internó en aquella parte de la selva que, hasta esa fecha, estaba inexplorada por el género humano, por lo que se dice que estaba virgen, todavía...

... Decidió que el que lo acompañaría sería mi hermano menor Francisco de nueve años de edad, justificando esa decisión porque yo, su hijo mayor Hildebrando, me quedaría como el “hombre de la casa”. En esa situación pasaron cuatro meses, visitados tan sólo por un peón enviado por mi madre, quien le llevaba a mi padre cigarrillos, medicinas y alimentos; y, a mi hermano Francisco, revistas, ya que desde que él aprendió a leer, se convirtió en un devorador incansable de todo lo que estuviera escrito...

En los cuatro meses que mi tío Pancho estuvo con su padre, solos y en el monte, a merced de los mosquitos y zancudos, que son los usuales inquilinos de estos lugares inhóspitos, es más que seguro que habría escuchado de boca de su prófugo progenitor, muchas de las historias sobre la selva que él, después, escribiría con tanto afán y tesón, todas las veces que, en su vida de maestro, tuviera un poco de ocio.

Es conocido el hecho de que, por hacer conocer sus derechos a los campesinos, cada vez que llegaba trasladado por castigo a cada uno de los diferentes lugares del departamento de Amazonas, no sólo escribió los cuentos que le escuchó a su padre, aquellos cuatro meses que lo acompañó en el monte, sino que, recogió de cada lugar las costumbres, tradiciones, mitos y cuentos.

Yo, francamente, presumo que su más famoso cuento “*El Bagrecico*”, así como, “*El colibrí con cola de pavo real*” y muchos otros, de la selva y no de la sierra de Amazonas, los incubó cuando estuvo acompañando a su padre en el monte. Imagino que tendría largos y provechosos diálogos con él. Que le sonsacó de a pocos, porque tiempo tuvo de sobra, todo lo que —aquel bonachón viejo se metió de revolucionario—, tenía en hasta ese momento en la cabeza.

— Papá, ¿y tú sabes algún cuento o historia sobre el tan mentado *Chullachaqui*?

— Claro que sí, Pancho. Pero, si quieres que te cuente algo sobre ese ser misterioso, hazme primero y, ahorita, un *mapacho* con las hojas de tabaco que, recién hemos secado al sol. Tú ves mejor que yo para hacer eso y tus deditos te obedecen más que a mí.

— Te haré tu *mapacho*, papá. Pero mientras te lo hago, puedes ir contándome alguna cosa sobre ese diablo.

— Sí, tienes razón. Dicen que es el diablo. Pero yo creo que, más bien, es un duende que vive en la selva, especialmente, en los árboles de ojé o en los renacales. Con la resina del ojé se limpia de sus bichos. También se alimenta de sus frutos y cuida a los animales del monte que, como a él, el ojé les alimenta y les da cobijo.

— Pero, ¿acaso los espíritus comen y se infestan con lombrices y otros bichos, que afectan a los humanos?

— El *Chullachaqui* es un duende muy especial. Eso es lo que yo creo. Cuida a la selva de los que la depredan y la selva, para él, es como su madre. La selva lo esconde, lo protege, lo alimenta, lo cura, entre otros beneficios.

— Yo, en cambio, he oído que roba a los niños, pero los cuida hasta donde puede. Que teme a las mujeres y que es muy bromista con los hombres. ¿Es eso cierto, papá?

— Así dice la gente. Lo cierto es que, el *Chullachaqui* es un ser mágico y misterioso de la selva, que asume las características mágicas que la fantasía de la gente le asigna en cada zona o región de la Amazonía.

— Y... ¿la *runamula* existe, papá?

— Esta, también, es un ser mágico y misterioso. Aunque diferente al *Chullachaqui*.

— ¿Acaso es una mujer?

— Allí, justamente radica el embrollo del asunto, hijo. Más bien es una forma de control social que la sociedad ha inventado, para mantener las buenas costumbres y, sobre todo, para favorecer la apropiación de valores éticos y morales como el respeto, la honestidad, entre otros, muy importantes para la sociedad.

— Doña Gumercinda Torres me contó a mí en Saposoa, antes de la revuelta contra el subprefecto Guerra, que la *runamula* es una mujer que convive maritalmente con un cura y, que los viernes de luna llena, el mismo *shapingo* llega vestido de negro, saca de su casa a la mujer, la ensilla y la chalanea por todas las calles del pueblo.

— Ya ves muchacho que, lo que dije ¿es muy cierto?

— Ya te entendí, papá. O sea que, ¿la gente ha inventado esa historia, para meter miedo a las mujeres, para que éstas no convivan con curas?

— ¿Qué comes muchacho que, a pesar de tu corta edad, comprendes mejor que muchos adultos que conozco, lo que yo trato de enseñarte?

— Como harto pescado, papá. Solo eso no más es lo que comemos ahora, ¿no es cierto? Pero, en la casa, allá en el fundo de San Andrés o en nuestra casita de Saposoa, mi

mamá nos daba de comer además de pescado, carne de chanco o de res, cuando por milagro la vendían en el mercado, plátanos y frejoles, además de mucha fruta.

— Por eso eres tan listo, condenado muchacho. Ahora hazme otro *mapacho*, sino los zancudos nos matan —le pidió el favor su padre, como darle una pequeña palmada de aprobación en la espalda—.

— ¡Aja! Pero, después me cuentas lo del *ayay mama*, papá. Me tienes que contar, además, del *yacu mama*, del *yacu runa* y muchas otras historias más, como la del *tunchi*, por ejemplo.

— Cómo tiempo es lo que más nos sobra acá en este nuestro escondite, te los contaré con mucha alegría y satisfacción, condenado muchacho curioso y preguntón empedernido...

Hildebrando Izquierdo Ríos, nos narra en la página 39 de su libro “*La Biografía*”, como es que, por fin, acabó esta aciaga asonada mediante la cual, el pundonoroso y valiente pueblo de Saposoa, trató de enmendar los errores que la centralización del Perú en Lima, la capital de la república, ha ocasionado durante mucho tiempo, a todo el país, especialmente, a aquellas provincias más alejadas de ese “centro” como lo son las del departamento de San Martín, pujante pero olvidada parte de la fabulosa y mágica región de la selva:

...Quedé en el fundo con mi madre y tres hermanos menores: Carmen, Irene y Guillermo, asumiendo las tareas que dejó mi padre. Fue, pues, para mí, cosa habitual vestir al “Macho” los fines de semana con sus elegantes arreos. Luego, montarlo y viajar a Saposoa ben busca de víveres, medicinas y noticias frescas de la actuación prefectural en relación con los acusados del motín. Allí observé con mucha extrañeza, la forma en que eran enviados a Iquitos los cabecillas del levantamiento popular. Se les apresaba y, amarrados a una balsa de topa, tenían que llegar hasta esa ciudad. Así se hizo con Alfredo Pérez, Lorenzo Caro y Ricardo Abanto. Don Fidel Tuesta murió en la refriega y mi padre se defendió, no se dejó apresar. Este fue el fin de los cinco cabecillas...

...Pasada la tormenta, mi padre dejó su refugio y se trasladó al fundo, después de cuatro meses de obligada ausencia. Los gendarmes no volvieron a pisar el pasto de San Andrés y mi hermano menor Francisco, por lo que era de verse, había adquirido una sabiduría que sólo la experiencia y el conocimiento de los secretos de la selva, le puede dar a un niño inteligente y sagaz, como lo fue él...

... Posiblemente que, los hechos ocurridos en San Andrés hicieron pensar a mi padre en mudarse a Moyobamba, ciudad de su nacimiento y sede de instituciones y autoridades departamentales, condiciones éstas que, suponía, le iban a favorecer mejor en sus actividades

ocupacionales. Miraba también, con ojos de buen cubero que ya iban tomando cuerpo que, Moyobamba como capital del departamento, poseía el único Colegio de Educación Secundaria de toda la Amazonía, así como, instituciones culturales y una sociedad puritana de mucho rango, heredada de la colonia. Moyobamba, en tiempos del virreinato, fue capital de la Comandancia General de Maynas, con un camino inca de herradura directo a Quito y otro, mejor conservado, a Trujillo...

... Para esa época, el prefecto Artemio Arciniegas ya no ocupaba ese cargo. Por lo que, para irnos allá, vendimos la casa de Saposoa en treinta libras esterlinas. El fundo San Andrés tuvo en la venta dificultades legales. El “macho” viajó con nosotros. No lo podíamos dejar. Era de la familia. La víspera del viaje yo contaba con once años y Francisco, diez, aunque parecía de más edad. Mi hermana Carmen tenía ocho años, Irene seis y Guillermo, tres. Nuestro padre cumplía treinta años y su esposa, veinte y siete. A esas edades dejamos nuestra tierra, a mediados de enero, de mil novecientos veinte y uno...

CUATRO

El viaje del otro Bagrecico

— Abuelo, yo también quiero conocer el mar.

— ¿Tú?

— ¡Sí, abuelo!

— Bien, muchacho. Yo tenía tu edad cuando realicé la gran proeza.

Con este diálogo tan simple y tan revelador, se inicia y finaliza “*El Bagrecico*” —el más hermoso de los cuentos, según mi apreciación personal y, la de miles, en todo el mundo—, del genial escritor amazónico Francisco Izquierdo Ríos que, por ser el hermano menor de Hildebrando F. Izquierdo Ríos, mi padre, resulta siendo el tío paterno que yo más he querido y al que más admiro, hasta hoy. Tuve la suerte de conversar con él, una vez, cuando tenía seis años y él estuvo reponiéndose de una

operación quirúrgica en la clínica Angloamericana y, varias veces, cuando yo también fui maestro e iba a ver a mi padre en su casa de la cuadra tres del jirón Pomabamba, en Breña, muy cerca de la avenida Alfonso Ugarte.

Cuando mi padre vivía en la cuadra tres del jirón Pomabamba, mi tío Pancho llegaba hasta allí, por lo general, acompañado de su amigo de toda la vida: José María Arguedas Altamirano, algo picaditos de tragos. Allí, él sacaba de la alacena de su hermano mayor, justo de aquella donde guardaba su licor, alguna botella de cognac francés, pisco o vino tinto peruano, cuando había allí esos licores. A falta de esos tragos, se contentaban con un buen “*cerezachado*”, un “*chuchuhuasi*” o una “*cascarilla*”, de los muchos aguardientes macerados que, a mi padre, le obsequiaban sus amigos de Moyobamba o sus paisanos de Saposoa, cuando venían a Lima y él era el jefe del séptimo piso del Ministerio de Educación.

En esas tertulias mi tío Pancho hacía gala de su profundo conocimiento del marxismo, del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, entre otros, de los muchos fundamentos científicos del socialismo, en contrapunto con los valiosos conocimientos sobre lo mismo; y, sobre todo, con la nutrida experiencia andina del etnólogo José María Arguedas. Si bien a mi tío Pancho, cuando ejerció la carrera docente, lo trasladaron inconsultamente y como castigo, por casi todos los pueblos del departamento de

Amazonas, sacándolo de Soritor, el distrito de Moyobamba donde se inició como maestro, sólo por querer capacitar a sus padres de familia en sus derechos fundamentales, tildándolo de “*comunista*”; a José María Argüedas, al fallecer su madre en Andahuaylas, Apurímac, su madrastra lo obligó a vivir con los nativos de su fundo en Lucanas, provincia de las serranías de Ayacucho, en razón de lo cual y por experiencia propia, era un gran conocedor de toda la problemática que se dio en el mal calificado, en ese entonces, como “*indigenismo*”.

En una de esas oportunidades, la vez que José María Argüedas se retiró, dejando a mi tío Pancho con la palabra en la boca, mi padre se le acercó para saber el por qué, de la abrupta retirada de su amigo. Mi padre no tomaba licor; pero, “*se divertía a rienda suelta*”, sentado a corta distancia de ellos, con los contrapuntos de ideas de aquellos “*socialistas de trago*”, como solía calificarlos cariñosamente. Cuando le preguntó a su hermano Pancho:

— ¿Qué pasó hermano? ¿Acaso se ha retirado José María resentido contigo? Ya te he dicho, que discutir sobre ideas políticas, no es una buena manera de pasar una picante y sabrosa tertulia de amigos.

— No se ha ido porque hubiéramos peleado, ni de manos, ni de ideas, hermanito. Se ha ido, simplemente, porque no he podido convencerle de no quitarse la vida con

el revólver que tiene en su casa. Se encuentra muy deprimido. Yo no creí nunca en esas cosas. Las consideraba como invento de los psiquiatras. Pero, ahora sí sé que la gente puede llegar a deprimirse hasta el límite. Además de esta corrupción que siempre ha sido la enfermedad más grave de este país, parece que a él le deprime mucho más, la constatación de ya no poder satisfacer a su esposa chilena, muy joven para él, como hombre. Esa es la triste realidad. Me apena que tu hijo de Cajamarca hubiera escuchado esto.

— No te preocupes por este mi hijo que ahora vive en Cajamarca. Es reservado. Lo ha heredado de mí, te lo aseguro. Él ya es un hombre hecho y derecho. Es casado. Por sus estudios, sabe que eso nos ocurrirá a todos, algún día, pasados ya, los años mozos.

— Bueno pues hermano. Yo también ya me voy a mi casa en San Joaquín. ¡Adiós sobrino! Tu no has oído nada, menos de la boca de este tu viejo tío.

Y se fue, con dirección a la avenida Alfonso Ugarte, donde tomaría su ómnibus hacia el Callao. Yo me quedé a tomar café con mi padre y después de una charla, más sobre mi vida y mi trabajo de maestro, que sobre lo que los dos escuchamos, de los viejos amigos Pancho y José María, me fui a la casa de mi suegra, en Barrios Altos, donde estaba alojado. Algunos días después de eso, ya en Monte Grande,

un caserío de Tembladera, donde trabajaba como profesor de aula, me enteré por radio Nacional del Perú, del suicidio de un balazo en la sien, del ya conocido narrador de la magia y problemática andina, el etnólogo y antropólogo don José María Arguedas Altamirano, ocurrida en Lima el dos de diciembre de mil novecientos sesenta y nueve.

Mi tío Pancho, después de deambular como “*maestro comunista*”, castigado por casi todo el departamento de Amazonas, recalar luego en Yurimaguas hasta llegar a Iquitos donde, se desempeñó como Inspector de Educación y donde recogió experiencias de vida para escribir su novela dramática “*Belén*”, resultó trasladado a Lima, esta vez en forma definitiva, lugar donde desempeñó un cargo administrativo en el Ministerio de Educación, que le permitió seguir compilando el folclore, las tradiciones, los mitos, las leyendas y los cuentos de todo el país, aunque su producción literaria se restringió a la inédita realidad de los mundos andino y de selva que, seguramente, se quedaron más grabados con sangre y fuego en su corazón.

Para que todo eso ocurra, mi tío Pancho tuvo que —junto con su hermano mayor (mi padre), sus padres, sus hermanos y el “macho”, que también era ya parte de la familia desde que avisó que, cinco gendarmes venían al fundo de San Andrés, a apresar a su dueño y señor, más otro “*macho*” sin parentesco con la familia Izquierdo-Ríos—, realizar una espectacular travesía desde Saposoa

hasta Moyobamba, la misma que, don Hildebrando F. Izquierdo Ríos en su libro “*La Biografía*”, narra a su muy particular manera:

... Dejamos nuestra tierra a mediados de enero del año mil novecientos veinte y uno. Amarramos la balsa de diez palos de topa, destinada a conducirnos a uno de los vados del río Sapo, el mismo que, después de correr por las afueras de la ciudad, tiene que dar sus aguas al río Huallaga. Bajando por un pedregal, cuando todavía el pueblo dormía, con la excepción de algunas mujeres madrugadoras que iban al mercado, nos acomodamos en la balsita, amarrada a un tronco de la orilla. Pronto, bajo el impulso del remo, la pequeña embarcación flotó en medio del río y tomó la corriente aguas abajo, con sus siete pasajeros. “El boga” de pie en la cabecera, iba operando con remo en mano, sin mayores peligros que las corrientes veloces. Al doblar un codo o pasar una garganta, la balsa iba veloz, ondulante, con toda su carga de pasajeros y dos elegantes baúles importados de Alemania, en los tiempos del caucho, por la vía del Amazonas...

... No teníamos techo; íbamos a sol y lluvia. En la lejanía, sobre las aguas, sentimos pena y cierto sentimiento de nostalgia por nuestro pueblo, nuestra casa, las abuelas y los muchachos del barrio. Todo y algo más se vino al recuerdo, al atardecer del primer día de viaje, cuando el sol ocultó sus rayos dejando al inmenso valle verde, en una

sombra que invitaba a la meditación. La embarcación a estas alturas toma velocidad debido a una corriente de medio río; al voltear un codo formado de rocas, hizo una maniobra común en esas bajadas que, a nosotros, nos asustó. Prestos, los tres varones nos prendimos de la correa de nuestro padre. Luego, abrazamos por la cintura a nuestra madre, muchacha todavía, vigorosa y resuelta. Ninguno escapó del oleaje, hasta “el boga” fue salpicado por las aguas y las espumas de aquellas olas...

... En un paraje del río Sapo, frente al pueblo de Sacanche, mi abuela Isabel y sus dos hijos: Sofía y José, nos esperaban para despedirnos. Ellos tenían sus chacras en ese pequeño valle y residían en el pueblo. Al vernos, desde sus asientos situados en unos viejos troncos tirados en la orilla, empezaron a llorar incansablemente, la balsa, con “el boga” en acción, se dirigió hacia ellos. Nos abrazamos fuertemente, deseándonos ellos un feliz viaje y un pronto retorno. Para mis padres fue una despedida que no tuvo vuelta y, para nosotros, los cinco hermanos, fue un adiós con un retorno a la tierra natal después de una ausencia larga de doce años...

... Una obligada estadía de tres días tuvimos que cumplir en Tingo del Sapo, un puerto sobre el río Sapo a quinientos metros del río Huallaga, en espera de don Aarón Díaz, judío de nacimiento y con residencia en Lamas, quien tenía que proporcionarnos los pasajes hasta el puerto de

Shapaja, en una balsa de veinticuatro palos de topa, con barbacoa en medio y techo de palmeras, dando sombra y evitando mojadas de lluvia...

... Un jueves a las seis de la mañana, salimos hacia el vado que, ese día, estaba colmado de gente con destino a Shapaja, Yurimaguas e Iquitos, en otras balsas del tamaño de la nuestra. Contamos hasta cuatro balsas de veinticuatro palos de topa cada una, amarradas en postes de madera, en espera de su tripulación y pasajeros. Las aguas del río Sapo en ese sector, tranquilas, sin oleajes, debido al encuentro con el caudaloso Huallaga nos favoreció el embarque. Nosotros nos sentamos debajo de la casuchita con techo de palmeras; el equipaje incluyendo los dos baúles embotonados, ocupó la cabecera de la balsa y, detrás de la casuchita acomodaron a los dos mulos, uno de don Aarón y el otro nuestro. Así acomodados, la embarcación soltó sogas y entró de lleno al Huallaga. Al paso se veían fundos con pasto verde para el ganado, poblados con veinte o treinta habitantes, dedicados al sembrío de algodón, café y barbasco, tres productos que hicieron época en los años veinte, del siglo XX. Más abajo vimos un cerro con lomo colorado, pelado, sin árboles; pero, de pura sal de cerro en abundancia...

Este viaje, presumiblemente, caló mucho en los jóvenes espíritus de los hermanos Hildebrando F. y Francisco, Izquierdo Ríos que, sin lugar a dudas, retuvieron para

siempre en sus retinas, como parte de una realidad mágica y como una experiencia fabulosa. Muy pocos tienen la oportunidad de realizar un viaje en balsa, una parte por el río Sapo y otra parte por el río Huallaga que, a decir de los conocedores, solo puede calificarse de peligrosa; pero, fascinante por sus cuatro costados.

Mi padre, don Hildebrando Izquierdo Ríos, además de lo ya reseñado, en su libro *“La Biografía”* nos da cuenta de algunos otros aspectos anecdóticos y sui géneris, que ocurrieron en esa particular y alucinante travesía:

... Los bogas, por costumbre, habituados a las majaderías en esa clase de viajes, sueltan a su paso piropos y lisonjas ingeniosas, de todo tipo y calibre, a las mujeres de esos pueblos que se acercan a los vados para lavar la ropa del marido, recoger agua en sus tinajas o, simplemente, “tomar la fresca” que existe cerca de las aguas del río. A nuestro parecer, el más listo y experimentado de ellos: nuestro boga, se adelanta a la primera que se deja ver y, desde medio río, le suelta una lisonja muy aceptable:

— ¡Mamacita! A mi vuelta, mañana, te estoy visitando, me esperas con caldo de gallina vieja.

Más allá, le grita a otra mujer, que nada en una poza a cuerpo desnudo, es decir, como Dios la trajo al mundo:

— ¡Hijita, cuídate, que no te coma el lagarto!

... El otro boga de nuestra balsa, que hasta ese momento había guardado silencio —de barba espesa y de pelo en pecho—, comenzó con la suya al contemplar a una guapa y cimbreante muchacha, delgada de cuerpo y cabello abundante, que recogía agua en un cántaro ...:

— Sirena mía, cuerpo de palmera y cintura de siqui sapa, ¡Te juro que te voy a robar!

... Hasta esa parte del viaje hubo galanterías con gracia y cierta elegancia lugareña de los bogas, que hacían reír a nuestro padre y a don Aaron. Sin embargo, sucedía que otros bogas, más audaces y más chambones, también, valiéndose del anonimato y la velocidad de la corriente, soltaban piropos atrevidos e insultantes o de mal gusto. Algunas mujeres aguantan calladas sin dar importancia a los intrusos; otras, en cambio, muy coléricas, les contestaban...:

— ¡Cállate so adefesio de hombre! Mamarracho desgraciado y amujerado, supitero y asna ocote ¡Vete al diablo! Y que te aguante tu madre, porque yo ¡No! —pero, otras, llegaban más lejos—:

— ¡Te reconozco maldito! ¡Hasta llegaste a mi casa a pedir hospicio! ¡Cuando vuelvas, ahí vas a ver lo que te pasa con mi marido! —no llegamos a saber jamás si aquella brava mujer cumplió o no con sus amenazas—.

... Los bogas, bribones por naturaleza, gozan y ríen a carcajadas al escuchar las protestas de estas mujeres y, gozan más, cuando las respuestas son a todo color. Los bogas no sólo fastidian a las mujeres de las orillas, sino también que se fastidian entre ellos, sobre el agua se dicen apodos, motes y otras frases de circulación popular. Los nuestros gritaban a los bogas que venían aguas arriba...:

— ¿Juanjuyananos poroterros! —éstos les respondían con otra apostrofada de igual o mayor calibre—.

— ¡Sapinos uchuterros!

... Estos motes venían de las costumbres de comer, los unos, mucho frejol (poroto) y, los otros, mucho ají (Uchu en quechua). Este tipo de encuentros verbales se daba con mucha cotidianeidad entre los hijos de Juanjui y Saposoa, dos ciudades algo vecinas de la hoya central del Huallaga...

... Por estar haciendo estas ocurrencias, nuestros bogas se descuidaron en un trecho peligroso, diligentemente aprovechada por una corriente aislada, profunda y de medio río, que llevó a la embarcación a una muyuna del costado derecho, cuyo largo aproximado era de quinientos metros, con un ancho de ochenta. En este calabozo acuático nos pasamos más de dos horas dando vueltas, bajando y surcando esas aguas espumosas, sin más motivo

ni justificación que la naturaleza misma de esas vorágines tan peculiares de los ríos de la selva. La muyuna hizo lo que quiso, con nuestra balsa de veinticuatro palos de topa, de doce pasajeros y carga, en la que se incluían los dos “machos”, sin que los bogas con toda su experiencia y sus potentes remos de tiro pudieran librarnos...

Mi tío Pancho refiriéndose a este hecho, en su relato “*La Muyuna*” nos cuenta: “*La balsa iba y venía, venía e iba, quedando misteriosamente quieta por instantes, cuál si una mano gigantesca la detuviera sobre el fondo de las aguas*”, que mi padre cita textualmente en la página 44 de su libro “*La Biografía*”. Él, por su parte, sobre este mismo acontecimiento agrega:

... Comenzó a hacer presa en nosotros la angustia, mi padre fumaba cigarrillo tras cigarrillo. No pudo contenerse e increpó a los bogas por su descuido. Los bogas, por su parte, también estaban desolados, realizaban esfuerzos supremos para sacar a la balsa de la bulliciosa muyuna que lindaba con la corriente, remaban y remaban, pero no conseguían su objetivo...

Es bueno saber que la mayoría de los ríos de la selva, a simple vista, aparecen ante nuestros ojos como tranquilos y apacibles; pero, la procesión en ellos va por el fondo de su cauce, en donde la corriente es muy fuerte. No se sabe desde qué lugares de la sierra o de cuál de los últimos

contrafuertes de la cordillera, el río arrastra muchas rocas que terminan como cantos rodados. Algunas de las rocas más colosales, quedan atascadas en el fondo del río, tan bien ancladas que, por siglos, no se mueven de su sitio. Al chocar la corriente con ellos, forma un remolino cuyo tamaño y peligrosidad, está en función al caudal de agua del río y a la velocidad con la que discurre por ese lugar. En la selva estas vorágines o remolinos enormes se conocen como *muyunas*. Son muy peligrosas para la navegación fluvial y, según las creencias de la gente de esos lugares, allí viven los *yacurunas*, seres fantásticos y mágicos en la mitología de la selva. Mi señor padre, por su parte, en la página 44 de su libro “La Biografía” describe al boga, a su particular estilo:

... El boga es un personaje inconfundible por el remo que, siempre, lleva sobre los hombros. Es conocido e incluso estimado por los moradores que cubren ambas orillas del río. Es un experto conocedor de la ruta, de los malos pasos y de otros misterios que la travesía encierra. Mientras nosotros estuvimos pasando tan aterradora situación, otras balsas con sus bogas a la cabecera, rápidamente esquivaron la muyuna y pasaron veloces por nuestra vista, burlándose de los nuestros, entre ellos los juanjuyanos con quienes se cruzaron bromas lugareñas momentos antes: “Sapinos dejados” fue el grito general de los que pasaron por nuestra vista, en alusión a nuestros bogas que, por supuesto, eran oriundos de Saposoa.

... Cuando todo esto ocurría y sin que los pasajeros y bogas nos diéramos cuenta, la misma corriente que nos llevó a la muyuna, nos sacó del gran remolino, luego de estar más de dos horas dando vueltas y más vueltas. Por la tarde quisimos atracar en el vado de uno de los pueblitos, para lo cual, saltaron los dos bogas a tierra con la soga de amarre en las manos, listos a asegurar la balsa en algún tronco de la orilla. Ésta, desobedeciendo la orden de sus guías, rompió la soga y comenzó a bajar a toda velocidad con una parte de los pasajeros, entre ellos, nosotros que, todavía, no llegamos a salir a tierra...

... Uno de los bogas, el más listo, sin duda, se tiró al río y, a nado, nos dio alcance. Montó la balsa y, con su remo de tiro asumió, de nuevo, el mando de la embarcación. El pequeño episodio no pasó de un susto. Con la noche, paramos la balsa en una pequeña isla, cubierta de grama y cascajo. Nos acomodamos para recibir un rancho ligero y luego dormir. En esos momentos atracó junto a nosotros una canoa conduciendo a los pasajeros que se quedaron en tierra, cuando la balsa rompió su amarra, entre ellos don Aarón Díaz...

... Al día siguiente entramos al puerto de Shapaja y, sin más demoras, salimos por tierra a Lamas, con una estadía de ocho días en Tarapoto. Nos hospedamos en la casa de don Aarón Díaz, nuestro compañero de viaje desde Tingo

de Sapo. La fundación española de la ciudad de Lamas ocurrió el 10 de octubre de mil seis cientos cincuenta y seis, por el general español don Martín de la Riva Heredia y Díaz de la Riva, corregidor de Cajamarca, Chachapoyas y Moyobamba, con el nombre de Ciudad del Triunfo de Santa Cruz de los Motilones de Lamas...

... Pasamos dos meses en Lamas gustando de un comercio activo y de su clima estupendo. Luego, mis padres decidieron avanzar hasta Moyobamba, ciudad escogida antes de nuestro viaje, para nuestra nueva residencia. Con ese propósito mandamos construir dos cajones especiales para llevar cargada a mi madre, que cayó enferma con “dolor de ojos”, y a mis hermanos menores Irene y Guillermo. Pancho, Carmen, mi padre y yo, hicimos el viaje caminando, a pie. El viaje duró cinco días. Por la falta de liquidez momentánea, a última hora, mi padre tuvo que enajenar el “macho”, un animal muy querido por nosotros, por la proeza de avisarnos de la llegada de cinco gendarmes, a nuestro fundo de San Andrés, en Saposoa. Nuestro padre, le debía a él, su vida...

... Almorzamos el primer día en un riachuelito que bajaba saltando desde las alturas. Hubo, desde allí, que dar rancho también a los cuatro peones cargadores lamistos. Después de almorzar y saciar la sed, seguimos caminando y, a las seis de la tarde, hora en que el sol se inclina por el

poniente para dar por terminada su labor del día, los peones lamistos bajaron su carga frente a un tambo desolado, sin paredes, con sólo techo de palma, que fue construido hacía ya mucho tiempo, por los moradores de esos lugares para albergue de viajeros, como nosotros...

... Después de cuatro días más de viaje, entramos a la ciudad de Moyobamba a fines de marzo de mil novecientos veinte y uno. Mi padre retornaba a su tierra natal ya hecho un hombre maduro. Nos hospedamos en la casa de un amigo nuestro, don Doroteo Vela. Su bonita casa, de construcción colonial, se erguía al lado de la Capilla de Nuestro Señor del Perdón, imagen venerada en Moyobamba y caucheros de Iquitos...

CINCO

El largo y penoso viaje por tierra, que Pancho Izquierdo hizo, para hacerse maestro

El viaje de Saposo a Moyobamba, junto con sus cuatro hermanos y sus padres, de quién, algunos años más tarde llegaría a ser el autor del famoso cuento “*El Bagrecico*”: Francisco Izquierdo Ríos, además de peligroso y largo, fue un cúmulo de aventuras y experiencias que, mucho tiempo después, plasmaría en más de un cuento mágico de la selva. “*La Muyuna*” es sólo una prueba de ello.

Pero... Pancho Izquierdo no estaría casi nunca, en su vida, —como si se tratara de una maldición— libre de hacer viajes cortos y largos, penosos, peligrosos y difíciles en su azarosa existencia. Algunas de estas estampas de esa parte de su vida, don Hildebrando F. Izquierdo Ríos —mi padre y hermano mayor del autor de “*El Bagrecico*”—, las narra con un estilo muy suyo en su libro “*La Biografía*” que, textualmente se insertan en este libro:

... A ocho días de nuestra llegada a Moyobamba compramos una casa, con horno propio, en el barrio de Calvario, a muchas cuadras del centro de la ciudad, por la suma de cincuenta libras esterlinas. Los negocios se hacían a base de libras peruanas o esterlinas, éstas circularon, especialmente, en Loreto, a raíz del auge económico que dio la explotación del caucho a la Amazonía en las décadas del 80 y 90' del siglo XIX. En Moyobamba la moneda inglesa empezó a circular cuando la bonanza económica vino del sombrero de paja de bombonaje, en los albores de nuestra vida republicana. Fue tanta la fama mundial de esta industria que Alemania, Francia y Brasil instalaron sus consulados en la ciudad...

... Los fines de semana, después de las labores del colegio, salíamos para la chacra, montados en un burro que compró mi padre, Francisco en las ancas y yo sobre el aparejo. El burrito nos conducía a todo trote y se distinguía por ser ligero y un tanto apacible. Montados en el burro entrábamos en la chacra hasta un lugar libre y espacioso que servía de paradero. En un tiempo bastante corto, la carga estaba lista para cargarla sobre el jumento, consistía de cuatro racimos de plátano y una alforja de yucas, zanahorias y otros comestibles en estado de cosecha...

... También mi padre nos daba tareas diarias, a Pancho y a mí. Yo, por ejemplo, tenía que salir para el mercado,

todos los días a las cinco de la madrugada —llueva, trueno o relampaguee—, para hacer las compras de ese día. Francisco, por su parte, tenía la tarea de abastecer de agua a la casa, con cuyo efecto, todas las mañanas iba montado en el burro con dos barriles, a recoger agua de los pozos de Shango, ubicados en las afueras, a una distancia mayor a siete cuadras, de la casa. Las labores que Pancho cumplía y las que estaban a mi cargo, debían cumplirse en horas de la madrugada, luego nos servíamos el desayuno y nos íbamos al colegio...

...En mil novecientos veinticuatro, nos mudamos de la casa del barrio El Calvario, a otra casa ubicada en la zona céntrica de la ciudad, en el jirón Serafín Filomeno números 41 y 51. Allí todo lo teníamos cerca: la plaza de armas con sus retretas dominicales, los colegios, el jirón Comercio —que cambiaría de nombre a Jr. Alonso de Alvarado—, con sus tiendas de abarrotes y telas, y el mercado de abastos con sus ferias matinales, a penas a cuadra y media de la casa. Aquella casa nos costó mil doscientos soles en plata de nueve décimos. Las libras esterlinas y peruanas iban ya escaseando, por lo que circulaba el sol de plata con sus submúltiplos del mismo metal: el medio sol, la peseta, el real y el medio...

... Por temporadas, a mi padre le gustaba hacer viajes cortos a los pueblos vecinos con dormidas de dos a tres noches. En una oportunidad visitamos Jepelacio, un

pueblito simpático con un clima saludable, dueño de un valle que forma el río Jera a su paso hacia el río Mayo. Producen allí chancaca, maní, maíz, aguardiente, frejoles, entre otros productos. A nuestro regreso, el burro que nunca faltó en estos viajes, rozó la carga con unas rocas filudas del camino y se agujerearon las alforjas. Los granos, fruto de nuestros negocios en el pueblo, comenzaron a salir en chorro, regándose sobre el camino accidentado. Mi padre fue terminante en su orden:

— ¡Muchachos, a juntar hasta el último grano!

... Mi hermano Francisco y yo, puestos de cuclillas, —mientras nuestro padre cosía la alforja con una guatopa y pavilo que siempre llevaba a estos viajes— nos pusimos a juntar los granos uno por uno, hasta el último. Luego, seguimos trepando el empinado cerrito con nuestro burrito adelante, cargado de dos alforjas repletas de frejoles, maíz, maní, chancaca y otros que no recuerdo...

... Terminé la primaria y pase a cursar la secundaria en mil novecientos veinticuatro en el Colegio Nacional “San José”, que más tarde tomaría el nombre de su primer director: el doctor Serafín Filomeno. Toda la secundaria y parte de la primaria, la hice conjuntamente con mi hermano Francisco, un año menor que yo. Él logró alcanzarme cuando yo dejé de estudiar por un año, al enfermarme de “cuchipe”, llamado también pian...

... El Colegio Nacional “San José” de Moyobamba en el que estudiamos la secundaria Francisco y yo, fue creado por Ley del cuatro de noviembre de mil ochocientos ochenta y siete, gracias a las gestiones realizadas en Lima por el diputado por Moyobamba don Manuel Del Águila. Se inauguró, oficialmente, el diecinueve de enero de mil ochocientos ochenta y nueve, cuando el señor Del Águila ejercía, además, la presidencia de la Junta de Delegados del Consejo Superior de Instrucción de Loreto. Es el plantel secundario más antiguo de la Hoya Amazónica. Más tarde fueron creados en la Amazonía los Colegios San Miguel de Tarapoto y Oscar R. Benavides de Iquitos...

... El Colegio “San José” de Moyobamba, para mí y mi hermano Francisco, es de grandes recuerdos. Allí hizo la secundaria nuestro padre de 1902 a 1906, cuando el Dr. Serafín Filomeno era todavía su director. Nosotros, los “Toritos de la Selva”, es decir, Francisco y yo, estudiamos allí la secundaria de 1924 a 1928, con un pedazo del año en blanco, el de 1927; debido a que, tuvimos que ir a estudiar a Chachapoyas, por una razón que a continuación se explicita...

... Por Resolución Suprema de 25 de abril de 1922, al Colegio Nacional “San José” de Moyobamba, lo convirtieron en Colegio Industrial, con tan sólo los tres primeros años de secundaria, suprimiéndose el cuarto y el

quinto años. Fue una de las reformas no muy acertadas hechas por el pedagogo norteamericano James F. Jenkins, nombrado Director Contratado por el gobierno peruano para reorganizar la educación primaria y secundaria, de la provincia de Moyobamba, incluyendo Rioja que, por ese entonces, era su distrito...

... Por estas razones, Francisco y yo, salimos hacia Chachapoyas en marzo de 1927, para continuar el cuarto y quinto años en el Colegio Nacional "San Juan" de ese lugar. Nos chocó bastante el frío de Chachapoyas, debido a la diferencia de altura con respecto a Moyobamba. Chachapoyas está a 2,338 metros sobre el nivel del mar y Moyobamba sólo a 830. Hacía tanto frío para nosotros en Chachapoyas que, durante todo el tiempo de nuestra permanencia en esta ciudad, nos bañamos sólo dos veces...

— Oye Hildebrando —me dijo mi hermano Pancho, al levantarnos de la cama, al día siguiente de nuestra llegada a Chachapoyas—: Lo que es yo... no pienso bañarme aquí en este pueblo. El agua está helada. No sé cómo lo irás a hacer tú; pero, lo que es yo, no me baño.

— Ay Pancho, tu siempre exagerando.

— ¡Já! A ver pruébala; y, después, me dices si exagero o no. Esta agua está más helada que la de ese

riachuelito que se llama Mishquiaco, que baja del Morro de Calzada. En donde tomamos agua cuando hicimos el viaje de venida a este pueblo.

— A ver... ¡Vamos a ver! Qué barbaridad. ¡Tanto alboroto haces por un baño!

Y se fue a tratar de meterse a una ducha, bastante artesanal, que había en nuestra posada. Al parecer, las duchas no eran muy necesaria en ese pueblo y las construían, diríase, que sólo por cumplir. Tan pronto abrió el agua que cayó en forma abundante y con mucha fuerza, Pancho escuchó:

— Uyuyuy, esta agua si está, de verdad, helada.

— ¿No... que yo soy bien exagerado?

— Ahora si te comprendo, hermano. En esta agua, nosotros que somos de la selva, no creo que podamos bañarnos.

— Entonces... ¿Qué propones?

— Que no nos bañemos. Total, el sucio no mata, hermanito. Así nos dijo alguna vez la mamá. ¿Te acuerdas?

— A ti te habrá dicho. Porque yo, no me acuerdo.

— Siempre nos lo dijo cuando fuimos niños, las veces que nos encontraba bañándonos en la lluvia, en las goteras que caían del techo de teja de la casa.

... En julio de ese mismo año (1927) recibimos una carta de nuestro padre en la que nos comunicaba que, el Colegio Industrial de Moyobamba, recobró su categoría de Colegio Nacional “San José” con sus cinco años de educación secundaria. Allí mismo nos pedía que, cuanto antes, hagamos el viaje de regreso para dar número al cuarto año, esperando a reanudar sus labores. El viaje de regreso a Moyobamba nos duró cinco días, a pie, con la ayuda de un peón, conocedor de la ruta, que cargó parte de nuestras cosas y el fiambre...

... El Colegio Nacional de “San José” de Moyobamba, dio comienzo a las labores académicas de su segundo ciclo, a mediados de julio de 1927, con el cuarto de media recién rehabilitado con tres alumnos matriculados: Hildebrando F. Izquierdo Ríos, Francisco Izquierdo Ríos y Francisco Rengifo. Ese cuarto año de media lo hicimos los tres. Francisco obtuvo la medalla de plata, por buen aprovechamiento y conducta, que le fue entregado en la ceremonia de clausura, por el prefecto del departamento don Eleodoro Macedo...

... A inicios de enero de 1928 el Ministerio de Educación cursó un telegrama a la prefectura, comunicando la creación de una beca completa en el Instituto Pedagógico Nacional de Varones de Lima, para el mejor alumno del cuarto año del Colegio Nacional “San José”. Tuvo que ser de cuarto año porque quinto no había. El doctor Macedo

señaló a mi hermano Francisco para ocuparla. Francisco se alistó para el viaje a Lima a fines de enero de ese año. El viaje le duró 28 días, con una estadía obligada de 8 días en Cajamarca, a la espera de la llegada del vapor a Pacasmayo, que lo conduciría hasta el Callao...

... Yo me quedé en Moyobamba, a cursar el quinto año de media junto a mis padres y hermanos, en espera de otro futuro. Sin embargo, al parecer, ya todo estaba escrito, porque ese año, mi padre cayó gravemente enfermo, perdió para siempre la memoria a consecuencia de fuertes ataques convulsivos, cuyo origen nunca se pudo descubrir. Falleció mi padre y cinco años después, mi madre. Nos quedamos huérfanos a temprana edad, por lo que, me tocó a mí, como el hermano mayor, a los 18 años de edad, asumir la grave responsabilidad de velar por mis hermanos menores, tarea que he cumplido, creo, a cabalidad...

Mi tío Pancho se enteró del fallecimiento de su padre en Lima, cuando estudiaba ya para hacerse normalista de segundo grado. Pero para llegar a estar en esa situación, tuvo que realizar un viaje, tan fantástico como el que realizara un pececillo del arroyuelo de San Andrés en su cuento “*El Bagrecico*”. Él conocía la ruta y los caminos de Moyobamba hasta Chachapoyas, porque hizo ese viaje, de ida y de vuelta, junto con su hermano Hildebrando, cuando por decisión de un norteamericano, el Colegio

Nacional “San José” de Moyobamba, se convirtió en Colegio Industrial con primero, segundo y tercer año de media, solamente. Esa parte del camino, por lo tanto, no sería problema para él.

Antes de hacer ese fabuloso viaje, buscó en Moyobamba la compañía de algún viajero. Pero, no encontró a nadie que estuviera queriendo ir a Lima. Los negocios de su padre ya no eran tan productivos como hacía diez años, en razón de lo cual, ni siquiera el burro que utilizaba la familia para acarrear agua desde Shango le pudieron poner a su disposición. Así que, tendría que hacer el viaje con una alforja al hombro en la que acomodaría su ropa más indispensable y su fiambre —avispa juanes—, por lo menos para un par de días. De allí, lo que Dios le provea. Pero, en un último esfuerzo para lograr ayuda, habló con su hermano Hildebrando, de este modo:

— Viniendo de Chachapoyas hay un cruce para Leymebamba. Creo que ese es el camino que tomaré, hermano para irme hasta Cajamarca. Pero, francamente, irme sólo me asusta.

— Tienes toda la razón del mundo, Pancho. Miedo a lo desconocido lo tenemos todos. Eso es natural. Pero, tú eres inteligente y fuerte. Sabrás qué hacer ante cualquier peligro o contingencia. Recuerda que con papá estuviste cuatro meses, en medio de la selva virgen, acompañándolo.

— Si tú lo dices, hermano. Pero, a mí, me asusta esa travesía. Es diferente si tienes compañía, creo. Me han dicho que lleve ropa de abrigo, porque pasando Leymebamba, hay una jalca interminable donde “*la gente de la selva se muere riéndose*”. El frío y la lluvia en esa jalquería te entume y te mata. Me han dicho también, que mucha gente de la selva, se ha muerto por allí, porque no llevan ropa para abrigarse.

— Este viaje es muy peligroso. Por lo menos hasta Cajamarca, debe acompañarte un peón, para ayudarte con la carga, sobre todo. Voy a hablar con papá para que solucione ese asunto. Yo creo que no debes hacer ese viaje tú solo.

— Me parece bien, Hildebrando. Habla con papá.

Hablaron padre e hijo mayor. Se pusieron de acuerdo. Este viaje era muy peligroso para Francisco, si lo hacía sólo. Así que, buscarían un lamisto fuerte para que le ayude con la carga y le acompañe en ese largo viaje. Habría que proveer abrigo también para el lamisto, porque estos nativos, por costumbre, suelen andar descamisados. Con el fiambre bien envuelto en un mantel, dos cucharas, un cuchillo grande de monte y otras vituallas, casi a fines del mes de enero de 1928, después de tomar un buen desayuno en casa, Francisco, con un peón de compañía, salió de Moyobamba, hacia Lima, en plena época de lluvias.

— Ya estamos por cruzar el río Indoche, es decir, ya viajamos por casi hora y media y, aun no sé tu nombre. ¿Cómo te llamas amigo? —preguntó Pancho a su peón—.

— Yo me llamo Agliberto, amigo —y en ademán de darle la mano, se adelantó, se paró delante de él y completó—: Agliberto Amasifuén Shupingahua, de Lamas.

— Yo soy Francisco Izquierdo Ríos, de Moyobamba. Me da mucho gusto conocerte, amigo Agliberto.

— ¿Y usted conoce el camino don Francisco?

— Hasta el cruce de Chachapoyas, lo conozco.

— Y... ¿De ahí pa'adelante?

— Te tengo que ser franco. No lo conozco. Pero, dicen que preguntando se llega a Roma.

— A Roma, pué será, jefecito. Pero, ¿a Cajamarca? Me ha dicho don Mamerto Chanzapa allá en Lamas, que Cajamarca esta lejotes y... puro jalca.

— Yo he viajado, de ida y vuelta, de Moyobamba a Chachapoyas, Agliberto. Chachapoyas es sierra, hace frío, pero si uno se abriga bien, se aguanta ese frío.

— ¿Y si llueve? —Le preguntó con la duda y el temor reflejados en sus dos ojos negros y achinados—.

— Para la lluvia llevamos en tu carga dos ponchos de jebe. Además de ropa para el frío, para ti y para mí.

— Bueno, yo confío en usted. Si por ahí nos morimos, será pué, jefecito, nuestro destino. Pero, yo dejo dos huambriillos que criar allá en Lamas. Dios ya pué los verá si no regreso.

— No pasará nada. Ya lo verás.

Y vadearon en canoa el río Indoche, pasaron caminando raudos el almendral del Morro de Calzada, este pueblo y el pequeño río Tangomí, y de nuevo en canoa, vadearon el río Tónchima. De allí, a veinte minutos más de caminata, Rioja estuvo a la vista. Antes, a orillas del Tanmgomí, comieron parte de su fiambre. A Rioja no entraron. Como era el primer día, a pesar de caminar más de siete horas hasta allí, siguieron caminando por tres horas más, todavía. Al anochecer, cuando los cerros azules ya se divisaban, aparentemente, muy cerca, después de merendar con un poco del fiambre que traían, arreglaron un sitio en el pasto, para dormir esa noche. El lamisto, con el cuchillo de monte, hizo un pequeño bajarete con techo de palma. Tuvieron que abrigarse, porque ya hacía un poco de frío. A modo de explicación el lamisto después de hacer el pequeño tambo dijo:

— De repente llueve, óigaste jefecito.

Cuánta razón tuvo. A eso de las cuatro de la madrugada llovió. Y... ¡Qué lluvia! Los rayos y relámpagos, seguidos de horrisonos truenos, no les dejaron dormir. Pero, esperaron a que amaine la lluvia, todavía, para reiniciar el viaje a eso de las cinco de la mañana. Como andar por el camino, se desayunaron con tortillas de yuca que, la madre de Francisco había incluido en el fiambre. Lo asentaron con una buena sombrerada de agua muy fresca y fría, del primer arroyuelo de “*aguas claras*” que encontraron en su camino. Era agua que bajaba de los cerros azules. Esta resultó límpida y clara, pero cruzaron algunos que eran casi negros u oscuros, en tanto otros fueron rojizos y turbios.

Cruzaron a pie varios ríos de aguas frías, por los vados sin vadero, que encontraron antes de comenzar a subir la pendiente. Para su suerte, esos vados fueron escogidos por los viajeros, desde hacía mucho tiempo, por no ser ni muy torrentosos ni muy hondos. Agliberto y Francisco sabían nadar muy bien; pero, con equipaje a la espalda, tal destreza no les fue muy útil. Los juanes y las tortillas de yuca de su fiambre, tenían la particularidad de soportar, sin echarse a perder, por más de tres días, si es que alcanzaban.

— Amigo Agliberto, antes de comenzar a subir los cerros azules, habrá que almorzar. Esas subidas y bajadas, yo ya sé, nos van a sacar el unto —le aclaró Pancho a su peón lamisto que, le miró sin comprender nada—.

— No me asusta. Los lamistos somos bien fuertes.

— Esa fama tienen. Pero, yo y mi hermano Hildebrando, que también somos fuertes, sabemos que son duras, nos descoyuntan.

— Ya veremos, jefecito.

— Claro que ya lo veremos, Agliberto.

Después de almorzar siguieron avanzando la subida de la colosal gradiente, para viajeros a pie. A la mitad de ella, más o menos, decidieron acampar en un tambo construido, sabe Dios, hace cuánto tiempo, para servir de refugio a viajeros como ellos. El problema fue que estaba todo despejado y soplaba por allí el aire frío propio de la cordillera. Tuvieron que recoger leña y hacer una fogata. A pesar de ella, esa noche durmieron de frío. El cansancio pudo más que la fría temperatura allí reinante.

Al día siguiente, por la madrugada, hora en la que, de la fogata solo quedaban cenizas, antes de las cinco de la mañana y, más que todo, para defenderse del frío con el ejercicio, iniciaron la caminata siempre hacia arriba de los cerros azules que, a su paso, eran verdes por estar tupidos de mucha vegetación. Como el día anterior, desayunaron como caminar, con las tortillas de yuca de su fiambre. Almorzarían a medio día, ojalá, una vez que hayan alcanzado el abra que separaba la selva de la sierra.

— Agliberto, desde donde estamos ahora, hasta el abra, debe haber unas cinco a seis horas de caminata, bien jalada —le informó Francisco a su peón lamisto. Él conocía este camino, lo había hecho en compañía de su hermano Hildebrando, la vez que convirtieron el Colegio Nacional “San José” de Moyobamba, en Instituto Industrial con apenas tercer año de media, y tuvieron que ir a Chachapoyas a estudiar el cuarto año de media—.

— Ta’bien jefecito. Hay que darle parejo, entonces.

— La subida es dura; pero, la bajada te descoyunta. Cuando lleguemos al abra almorzaremos, de allí sigue una larga travesía, con subidas y bajadas no muy pronunciadas. Por uno de esos lugares nos dará la noche. Antes de que anochezca buscaremos donde dormir.

— Ta’bien jefecito. Yo no le digo nada porque, por estos rumbos, yo no he veniu nunca. Y nunca más lo haré otra vez. El frío mata.

— No te quejarás. Te he dado ropa que abriga.

— Pero, cuando se camina esa ropa nos hace sudar como caballos, vuelta, jefecito.

— Es preferible sudar a morirse de frío. Pero, los ponchos de agua sí que nos han servido. Como en la selva, éste es tiempo de lluvias, también lo es, acá en la sierra.

— Si no hubiera sido por los ponchos de agua, la lluvia fría ya nos hubiera matado.

Caminando un poco y conversando otro tanto llegaron, por fin, al abra. Se suponía que, de esa parte para adelante, sería sierra; pero, tenía vegetación arbustiva mezclada de selva y de sierra. Los bosques altos de árboles corpulentos, propios de la selva, se habían quedado detrás del abra. Hicieron alto y se dispusieron a almorzar al lado de un riachuelo, donde los antiguos decían que había osos. El agua, para asentar el juane de su almuerzo estuvo muy fría; pero, era literalmente dulce y agradable al paladar. De allí siguieron caminando hasta que les dio otra vez la noche. El frío durante toda esa travesía sería su acompañante inseparable.

Después de cinco días de dura caminata llegaron a la cuenca del río Utcubamba y siguieron, guiándose por él, hasta sus nacientes. El camino siempre iba por uno de sus márgenes, y cuando llegaban a un vado, era hora de pasar a la otra margen del río. El clima era cálido. Leymebamba, pareció que vino a su encuentro, después que dejaron el camino a Chachapoyas y pasado casi un día más de dura caminata. El pueblo aquel era un típico pueblo de sierra, por su frío, su neblina, su plaza empedrada y su iglesia con sus dos torres, hecha íntegramente de lajas de piedra de granito. A esas lajas las vieron en la margen izquierda del río Utcubamba, apercolladas en las faldas de los cerros.

— Éstos sí que son cerros de verdad, jefecito —le comentó el peón lamisto a Pancho Izquierdo, al observar asombrado la inmensa altura que los cerros alcanzaban en el cañón formado, a través de miles de años, por el torrencioso río Utcubamba, al hacer su propio camino hasta el río Marañón, mucho más grande todavía—.

— Estos cerros forman parte, inequívocamente, del ramal nororiental de la cordillera de Los Andes. Los cerros azules que tuvimos que subir para venir hasta aquí, son los últimos contrafuertes de este ramal que, en la selva alta, se pierden por aquí y por allá.

— A todo esto, lo encuentro muy hermoso, jefecito. Lo que no me gusta, y no me gustará jamás, es el frío. Aquí, si uno no se abriga, se muere —le contestó el lamisto—.

— Por suerte para nosotros, aquí encontramos posada. Dormiremos en una cama y dentro de una casa.

— Si jefecito, lo que usted diga.

Lo que no sospecharon jamás, es que esa noche no podrían dormir bien. La cama estaba llena de pulgas. Estuvieron abrigados y bajo techo, sí; pero, las pulgas son terribles, especialmente, con la gente que no es del lugar.

De Leymebamba, donde se informaron bien, acerca del camino que tenían que recorrer, salieron apenas la aurora

comenzó a clarear el ambiente. Les dijeron que, ese día, a lo mucho, tendrían que llegar hasta el abra de Calla-Calla, donde encontrarían una pequeña posada. El trayecto de Leymebamba hasta esa posada, fue de pura jalquería con neblina y lluvia. Pero todo lo que les dijeron fue verdad. Sin saber a ciencia cierta si era de noche o de día, todavía, por la neblina reinante, llegaron a la posada y allí se quedaron, para agasajar con su sangre muncha, a las pulgas que, en las jalcas de la sierra abundaban en ese entonces.

En la posada de Calla-Calla les dijeron que, después del abra, tendrían que caminar una travesía más. Terminada ésta, les quedaba una interminable bajada hasta las playas del río Marañón. Allí, a unas dos cuadras del río, hallarían al pueblo de Balsas, donde encontrarían, posada. Allí tendrían que quedarse a dormir. El vadero que les ayudaría a cruzar el río Marañón sólo trabajaba a plena luz del día. Eso les pasó, ni más ni menos.

Durmieron en Balsas, pero aquí en este pueblo, en vez de pulgas encontraron zancudos y chinches, que fueron más efusivos con ellos. Casi toda la noche se la pasaron matando con sus uñas, estos voraces insectos chupasangre. Esa noche mientras tomaban un reconfortante caldo de carnero, en la pensión del hospedaje, nuevamente les informaron con pelos y señales, lo que tendrían que hacer para llegar a Celendín. Al día siguiente —les aleccionaron—, que tendrían que cruzar, primero, el río

Marañón en una canoa, luego de lo cual, les quedaría subir una enorme pendiente hasta llegar al abra de Jelic. Allí dormirían. Al día siguiente harían el viaje corto de Jelic a Celendín y en esta ciudad, debían quedarse a descansar bien, porque la jornada de allí a Cajamarca, era muy dura.

Las indicaciones que les dieron fueron, esta vez, mucho más precisas que aquellas dadas por la gente de Leymebamba. Al bajar de la canoa que les ayudó a cruzar el río Marañón en Chacanto, algo emocionado por todo lo que habían logrado, se dio este diálogo:

— ¡Vaya hombre! —le dijo Francisco al peón lamista que le acompañaba en esta odisea—, parece que ya está cerca el lugar hasta donde me acompañarás.

— Así parece, jefecito. Y esa preocupación no me deja dormir. ¿Cómo voy a venir yo solo por estas soledades friolentas?

— Allá en Cajamarca buscaremos a algunos viajeros, en cuya compañía, harás el viaje de regreso, Agliberto. No te preocupes por eso. Yo voy a asegurar que no hagas este viaje de regreso, solo como una laucha.

La subida desde las playas del río Marañón hasta el abra de Jelic, fue extenuante, tal y como les dijeron. Lo de bueno de este tramo, era que, en el camino, había posadas donde se encontraba hospedaje y comida. Casi

desfallecientes por el calor en ese inmenso cañón trasandino que forma el río Marañón, llegaron a Limón. Allí almorzaron comida de sierra. Después de descansar convenientemente, siguieron trepando la gradiente hasta Jelic. Llegaron allí al anochecer. Encontraron posada y, con suerte, para ellos, esa noche durmieron bien. El cansancio les hizo ignorar pulgas y chinches. Al día siguiente, después de desayunar, enrumbaron sus pasos hacia Celendín, al que divisaron desde la altura, apenas al avanzar menos de media hora. Este pequeño trayecto fue suave y, al llegar al pueblo, encontraron posada y pensión.

— Y... desde dónde ya pue vienen, par de *munchitas*. Se les ve algo delgados. Eso pasa porque durante el viaje se duerme y se come mal —trató de hacerles conversación un *shilico* de ojos verdes, piel blanca, barbado y de pelo claro, de unos 50 años de edad, según calcularon—.

— Yo vengo desde Moyobamba, señor...

— Me llamo Hermógenes Rojas —le interrumpió el *shilico* a Francisco—.

— Qué gusto amigo. Yo me llamo Francisco Izquierdo Ríos. Estoy de viaje a Lima. El que me acompaña se llama Agliberto Amasifuén, y es de Lamas.

— Si no es molestia. ¿Hasta dónde le acompañará su amigo lamista?

— Hasta Cajamarca, no más, señor Rojas.

— ¿Y de allí va a regresar solito? No me parece buena idea, don Francisco. Se puede perder en el camino.

— Así es nuestro trato. Pero en Cajamarca, yo voy a tratar de encontrar algún viajero que venga por esta ruta.

— Mire amigo Francisco. Sé que los lamistos son buenos cargando equipaje. Yo desearía que acá en Celendín, no más, libere de su compromiso de acompañarlo hasta Cajamarca al amigo lamisto. Yo, dentro de dos días, salgo de viaje a Tocache. Voy a llevar perros para negocio. Me gustaría hacer ese viaje con su amigo. Yo le daría su alimento y le pagaría por su trabajo durante el viaje, por los días que dure. ¿Qué le parece?

— A mi parece bien. A él también, creo. Pero, yo necesito su compañía para ir a Cajamarca. No conozco el camino para irme sólo. Además, mi padre le ha pagado en Moyobamba para que me acompañe hasta Cajamarca.

— A cuenta de lo que le resta, yo le proporciono un caballo para ese viaje y le doy un arriero para que me traiga de regreso a la cabalgadura. Mejor que eso no va a encontrar ni buscando con vela.

— Tiene razón. Trato hecho, amigo Rojas. Cómo usted dice, yo me beneficio con el caballo y el arriero para

irme hasta Cajamarca y, usted, con la compañía de mi amigo lamisto para ir hasta Lamas, supongo.

— Allá ya veremos. Si le conviene a él, yo le pago hasta Tocache, por acompañarme en el viaje.

Así quedaron. Agliberto regresó de Celendín a la selva y Francisco hizo la travesía de Celendín a Cajamarca en caballo, acompañado por el arriero del señor Rojas. Salieron de viaje hacia Cajamarca a las cuatro de la madrugada, después de descansar una noche en Celendín. El viaje, menos mal que lo hizo a caballo y no a pie. La subida hasta el abra de Cumulca fue duro, frío y lluvioso. La bajada de allí hasta La Encañada, en cambio, fue suave. De este pueblito a Cajamarca, el viaje se hizo dentro de las previsiones que le especificaron en Celendín. Llegó a Cajamarca al anochecer. Allí se quedarían con el arriero, hasta el día siguiente en que, éste y el caballo, de buen trote, regresarían a su pueblo de origen.

Francisco se alojó en una casona colonial de dos pisos, que quedaba en la intersección de los jirones José Gálvez y El Comercio. El segundo piso del local funcionaba como posada y en los bajos, funcionaba la oficina de correos y telégrafos de Cajamarca. Allí se quedó durante ocho días, a la espera de la llegada de un barco a Pacasmayo, que lo transportaría de allí, por mar, hasta El Callao. La obligada estadía le fue muy beneficiosa. Conoció todas sus iglesias,

portadas de casonas, que están hechas de piedra volcánica de cantería labrada a mano. La iglesia de Belén le dejó profundamente impresionado, por ser la viva imagen del arte barroco-churrigueresco. No menos impresionantes le resultaron las iglesias de Santa Catalina o Catedral, y la iglesia de San Antonio —hoy San Francisco— que, cuando la vio, sólo tenía una torre a medio hacer.

Durante los ocho días de permanencia obligada en Cajamarca, preguntaba en la oficina de correos y telégrafos, si había noticias de la llegada del barco que lo llevaría a Lima, desde Pacasmayo. Por fin al octavo día le dieron la buena noticia de que el barco estaba por llegar a Pacasmayo, procedente de Panamá. Como en el trayecto de Moyobamba a Celendín ahorró algún dinero, para el viaje a Chilete, donde tomaría el vagón a Pacasmayo, alquiló caballo y arriero. La jornada la hizo en un día, saliendo de Cajamarca en la madrugada.

El viaje de Pacasmayo a Lima, fue para él, una experiencia algo desagradable y desastrosa, por decir lo menos. Se mareó y por poco vomita hasta sus tripas. Gracias a la ayuda de un paisano de la selva, que le hizo tomar no sé qué clase de pócima, se curó de ese malestar fatal. Pero, dos días de viaje fueron para él, muy desgraciados. El resto del trayecto, curado ya de sus náuseas, fueron muy bien aprovechados por su innata curiosidad. Llegó al Callao, después de 28 días de su salida de Moyobamba.

SEIS: La fertilidad del castigo

Estudiar para maestro en el Instituto Pedagógico Nacional de Varones de Lima, no le resultó una tarea muy fácil a Francisco Izquierdo Ríos. No porque tuviera alguna dificultad de aprendizaje de las asignaturas que, el Plan de Estudios para la formación de maestros incluía en ese tiempo, porque era más bien muy listo para esas cosas, sino porque la pensión que tenían que girarle todos los meses desde Moyobamba, para sus gastos de mantenimiento personal allá en Lima, a veces, no llegaba en forma oportuna ni mucho menos con rapidez.

Las transferencias de dinero que le hacían sus padres, a través de la Caja de Depósitos y Consignaciones desde Moyobamba, se realizaba mediante giros telegráficos y, las líneas físicas del telégrafo se interrumpían con cierta frecuencia, especialmente, en los meses de lluvia de noviembre a abril, de la selva y la sierra. Los postes de

madera de las líneas del telégrafo, se pudrían por la lluvia al estar expuestos a la humedad por el lado en que estaban plantados a la tierra; y, naturalmente, se caían y cortaban el alambrado. Se tardaban en reparar el daño, a veces, sin cuenta. Otras veces, en cambio, los postes eran partidos en dos por algún rayo, la línea que estaba recubierta de jebe ardía y, como resulta obvio, la línea por un buen tramo se quedaba inservible.

Los postillones o carteros de ese tiempo, llevaban las cartas y paquetes pequeños, en sacos enjebados que cargaban a la espalda, cuando no disponían de mular o caballo propio. Ellos tenían la misión, también, de avisar dónde se había producido el corte de la línea, cuando el camino recorría uno de los costados de la fila de postes. Pero, muchas veces los postes enderezaban camino subiendo el cerro y luego bajando, en línea recta, en tanto, el camino de herradura buscaba las rutas de menos gradientes y más suaves. De allí, hasta que vaya a repararla el técnico, pasaba algún tiempo; que, para Francisco resultaba ignominioso.

— Joven Francisco, ¿cuándo piensa pagarme de los libros, lo mismo que de los bizcochos y pastelillos que me adeuda? Porque el mes ya se ha vencido hace dos semanas —le llamaba la atención la casera de la librería y dulcería donde tenía crédito, el joven estudiante para maestro. De tanto lidiar con ella, de contarle sus problemas para recibir el giro desde Moyobamba, se hicieron muy amigos—.

— Señora Abigail, lo siento mucho. Todas las horas que puedo, sin falta, me voy a la Caja de Depósitos y Consignaciones a averiguar si ya me llegó el giro que todos los meses, me hace mi padre desde Moyobamba.

— Se imaginará jovencito que yo no le puedo decir eso, a los que me dejan los libros a consignación y a los que me fían los comestibles que tengo aquí, en este pequeño negocio. Resulta que yo no me explico cómo es que usted tiene para comprar otros libros que yo no vendo y, no tiene para pagar lo que me adeuda. ¿Acaso usted come libros?

— Es obvio que no como libros, señora Abigail. Sin embargo, para mis estudios los necesito. Sin ellos yo no podré llegar a ser un buen maestro que imparta educación de calidad. Resulta que, un maestro de primaria, como lo seré yo, necesita saber de este tanto —y, le enseñaba una braza— para que sus alumnos aprendan este tanto —y le enseñaba una cuarta—. Pero, yo comprendo el problema de usted señora linda. Sin embargo, le ruego a usted que tenga confianza en mí. Le pagaré hasta el último centavo, tan pronto me llegue ese dichoso giro desde Moyobamba. No se preocupe. Me han dicho en la oficina de correos y telégrafos, a donde fui a averiguar, porque el giro que me hacen es telegráfico y, me dijeron que, posiblemente, se ha malogrado la línea en alguna parte del camino y, por eso no llega el giro, o mejor dicho la orden para que me

entreguen determinada cantidad de dinero para mis gastos personales, que no son muchos por cierto y, usted lo sabe.

— ¿Tan lejos ya pues estará su pueblo? Dígame joven Francisco, ¿dónde queda ese pueblo de Moyobamba que, por lo que me dice, está en los quintos infiernos?

— ¿En los infiernos? Nada de eso, señora mía. Más bien diría yo que está en el paraíso. Moyobamba queda en el departamento de San Martín y es su capital.

— ¿Eso queda en la sierra?

— No señora Abigail. Eso queda en la selva alta del Perú. En un hermoso e inmenso valle que forma el río Mayo. Por eso a este valle le dicen Valle del Alto Mayo.

— ¿Por Chachapoyas?

— Chachapoyas es la capital del departamento de Amazonas y está en la sierra. Ese departamento colinda con la selva. Pero, en Chachapoyas hace frío, señora. En mi tierra, en cambio, el clima es ligeramente cálido y fresco. Yo estude parte del cuarto año de secundaria en Chachapoyas. Pero, esa, es otra historia.

— Usted me habla muy bonito, Joven Francisco; pero, con una tonadita especial. ¿Así hablan todos en ese pueblo de Moyobamba que me dice que es su tierra?

— Pues, sí. Así hablamos por allí y por eso nos dicen munchas, señora. Pero, si usted se fija, se dará cuenta que todos tenemos una tonadita especial al hablar. Me parece que los serranos tienen más tonadas para hablar, que nosotros los munchas. Cada pueblo de allí, creo, que tiene su propia tonada. Yo tengo compañeros de estudios de varios lugares de la sierra. Y de Iquitos, también. A los de Iquitos les dicen “charapas” debido a que, en toda la selva baja, vive una tortuguita muy pequeña llamada *charapa*. Ellos tienen una tonada más sonora que los de la selva alta. Los de Huancayo también tienen su tono propio, los de Piura otro, diferente a todos, y los de Arequipa ni qué decir. El Perú, nuestra querida patria, es un país de mucha diversidad. Es diverso en sus climas, en sus lenguas, en su habla, en sus regiones, en sus etnias, en sus costumbres, en sus leyendas y mitos, en su folclore, en sus comidas, en su flora y en su fauna... —habría seguido hablando más, todavía, sobre el Perú que tanto amaba el futuro normalista, pero su interlocutoria cortó el discurso muy educadamente, de este modo—:

— Hay joven, que bien me ha ilustrado usted. Pero, ahorita tengo que hacer. Ah, y no se olvide, le doy una semana de plazo para pagarme lo que me debe...

Y la mujer aquella, después de conversar tan amena y coloquialmente, con Francisco se iba a sus quehaceres domésticos. “*Pobre jovencito, tan educado, y ahora no*

tiene para pagarme de los libros y algunos comestibles que me ha fiado —se dijo para sí—, seguro que ya me pagará cuando le llegue su giro” —se aclaraba así misma—.

Después de muchas de estas conversaciones con el joven Francisco, se volvió más comprensiva con él. Sólo con él. Con el resto de sus clientes era algo dura e inflexible, más bien. Nadie llegó a saber por qué; pero, con el *muncha* éste, era perdonavidas y solapadora. Lo cual, a sus compañeros, en la práctica no les llegó a preocupar ni siquiera una pizca, le contaban su problema particular a Pancho y él se encargaba de hacerle comprender ese problema a la buena casera Abigail. Y... ¡Asunto arreglado! Cuando fueron estudiantes, todos fueron sus amigos cordiales y fraternos. En el trabajo no sería así, lamentablemente; pero, eso, lo sabría muchos años más tarde, en carne propia, según él mismo nos lo narraría, también mucho tiempo después, en su libro casi autobiográfico “*Mateo Paiva: el maestro*”.

Francisco concluyó sus tres años de estudios profesionales en calidad de interno en el pedagógico, donde le brindaban la alimentación y el alojamiento, junto a todos sus compañeros de estudios, incluso los de la ciudad de Lima. Hubo sólo una excepción, una señorita que tenía que cuidar de su anciana abuelita por las noches. Pero, los sábados por la tarde y los domingos, todos podían salir a la calle o quedarse dentro, según como lo decidieran. Por eso tuvo bastante tiempo para estudiar y formarse bien, como

maestro, más por la ayuda de los libros que de sus maestros anclados a un tradicionalismo y un autoritarismo muy propio y muy característico de esa época. Eran tiempos de la educación escolástica, del *magister dixet*.

Sin embargo, concluyó sus estudios sólo con cierto éxito académico, a pesar de su inteligencia más alta que la del promedio. ¿El motivo? Sus frecuentes argumentaciones de crítica a los métodos de enseñanza y estudio, a los que consideraba no naturales y hasta artificiales, además de estar hechos —de cabo a rabo y, hasta la médula—, completamente, descontextualizados de la realidad en la que tendrían que trabajar los maestros. Por lo que era de verse, los profesores de ese Instituto Pedagógico Superior, estaban acostumbrados a impartir su cátedra en forma libresca, por demás verbalista y autoritaria, sin dar lugar a dudas ni murmuraciones por parte de los alumnos, a los que, al parecer, les consideraban simples recipientes de su supuesta enorme sabiduría.

Los contenidos o temas de las asignaturas del plan de estudios de la formación profesional de los futuros maestros, en ese Instituto Pedagógico era, también, motivo de duros cuestionamientos y críticas de parte del alumno Francisco Izquierdo Ríos, a los que tildaba de consignas de la plutocracia de ese entonces, para formar lacayos serviles al statu quo. Cuanta razón tuvo, pero nadie aceptó sus planteamientos “*revolucionarios para esa época*”; y, fue,

más bien, un gran incomprendido para su tiempo, especialmente, por parte de sus anticuados maestros, que lo consideraban rebelde y, de sus compañeros de estudio, que creían que, con las discusiones de Francisco perdían, más bien, el tiempo que debería ser aprovechado, para estudiar más lo que, les dictaban los profesores, muchos de ellos, catedráticos y especialistas de la Universidad Mayor de San Marcos, la más antigua de América del Sur.

Concluidos los tres años de formación profesional y, con el título de Normalista de Segundo Grado “*bajo el sobaco*”, a fin de garantizar que ya no harían nada contra él, hizo en aquel Pedagógico de Formación de maestros algo insólito para todos sus compañeros y profesores. Juntó todas sus notas, cuadernos de apuntes, separatas mimeografiadas y algunos libros que le dieron allí; y, ante la mirada atónita e incrédula de todos los que le estaban observando, los quemó con la ayuda de un poco de kerosene, en medio del patio de recreo de ese Plantel.

Luego, regresó a Moyobamba del mismo modo a cómo había venido. Por tierra. Por esos caminos olvidados de Dios y del gobierno. Pero, lo hizo contento y, para su suerte, esta vez, en compañía de su compañero de estudios Ernesto Millán, que hizo conjuntamente con él, la penosa y larga travesía aquella, desde Lima hasta la selva, que ambos ya hubieron recorrido en su también largo y penoso viaje de venida desde la selva hasta Lima.

Regresaba feliz porque ya era ya un profesional de la educación, era un maestro con título de “*Normalista de Segundo Grado*”, o sea que él, podía ser director y enseñar en toda la primaria, indistintamente, desde transición hasta el quinto año, lo cual, los demás que no eran titulados o eran de primer grado o de escuelas elementales, no podían hacerlo. Por ese detalle, casi siempre, Francisco Izquierdo Ríos era designado como “*El Director*” del Centro Escolar a donde iba, aunque algunas veces como castigo, fue designado sólo como “*Auxiliar*” o maestro de aula. En ese tiempo el “*auxiliar*” era el maestro subordinado a la autoridad del director del centro educativo.

Por eso, al ser un profesional docente titulado, en un país en el que la mayoría de maestros carecían de título pedagógico, carencia que se acentuaba mucho más en la sierra y en la selva, Francisco tenía muchas ansias de llegar a Moyobamba, la tierra donde ahora vivía su familia y donde él, también, había vivido junto a ellos. Sin embargo, resultaba que, por esas cosas de la vida, él y sus hermanos, con excepción de Cecilia, nacieron en Saposoa; pero, ahora Moyobamba era la tierra a la que ansiaba llegar. Por eso, y por muchos recuerdos más, deseaba con toda el alma estar frente a los alumnos, para educarles en la verdad, aunque esa verdad le doliera a él qué tanto.

Cuando llegó a Moyobamba su familia —a instancias de su hermano Hildebrando, que era ya el hombre de la casa,

debido a la prematura muerte de su padre—, le hizo una íntima fiesta, hermosa en su sencillez y tan afectuosa como jamás lo hubo sentido. Ya no estaba su padre, la fiesta habría sido más bonita si él todavía viviría. Pero, ya se había ido, quizás al cielo, si este existía. Fue un magnífico esposo para su madre y un mejor padre para ellos. ¿Por qué no se iba a ir al cielo? —pensaba casi en voz alta—. Pero, a pesar de esa desgracia, todavía estaba allí su madre, para enternecerlo en sus brazos como lo hizo cuando fue un niño. Ahora era ya un maestro, con título para ejercer la docencia; pero, igual recibió esas anheladas caricias maternas que lo hicieron tan feliz. Allí estaban junto a él sus hermanos Hildebrando y Guillermo, Carmen y Cecilia.

Hildebrando F. Izquierdo Ríos, en la página 89 de su libro “*La Biografía*”, nos cuenta este episodio en la vida de su hermano Francisco, de este modo:

... Francisco, al término de sus estudios normales en 1931, vino desde Lima, nombrado por el mismo Ministerio de Educación y con el pago adelantado de 170 soles de su primer sueldo, como director del Centro Educativo de Varones de Soritor —al que en su novela “Mateo Paiva: el maestro” él llama “Sóndor” [la explicación entre guiones es del autor de este libro]—, a más de 20 kilómetros de Moyobamba, que equivalía a cinco horas de caminata a pie, por lo malo de los caminos y por el río Indoche que, había que vadear. Regresó a la casa luego de estar tres

años en Lima y de cumplir 20 años de edad. Fui a su encuentro hasta Rioja. Nos abrazamos y, con la misma, partimos a Moyobamba, montados en caballos de fino paso y elegante correaje...

... En el camino encontramos a un cura de apellido Revilla —párroco de la provincia de Rioja y encargado del distrito de Soritor, por estar más cerca de dicha ciudad por camino de herradura directo—, muy conocido por sus ideas ultra conservadoras. Francisco y el cura Revilla, sujetando las bridas de sus caballos, conversaron animadamente. La amabilidad de su conversación terminó cuando comenzaron a tocar asuntos sociales y religiosos, llegando a romperse abruptamente el diálogo. La despedida no fue nada cordial...

... La llegada del primer normalista de la familia, en esos tiempos de escasez de profesionales de la educación a nivel nacional, nos entusiasmó a recibirlo con honores poco vistos en nuestro grupo familiar. Le cayeron abrazos y besos de parte de mamá y hermanas, vinieron los brindis y las comidas típicas del lugar que, hacía tiempo, Francisco no saboreaba. Almorzó bien, luego nos vino la curiosidad de abrir las tres maletas repletas que trajo consigo. ¿Acaso hubo alguna novedad o algún regalo para mamá o la casa? Fue nuestro hermano Guillermo, con sus catorce años de edad, que tomó la delantera. Mis hermanas, intrigadas al ver las tres maletas llenas de

borde a borde, también entraron en acción. Incluso nuestra madre. Levantamos las maletas, rompimos las amarras y... en todas ellas sólo encontramos libros y nada más que libros.

... Quedamos sorprendidos al no encontrar ni siquiera en algún rincón, alguna ropa suya o algún esperado regalo. Nos miramos estupefactos y, luego, nos pusimos a reír a mandíbula batiente, mientras él nos observaba sentado en una silla, sin inmutarse ni menos darse por aludido... Los libros serían para mi hermano Francisco, desde su vida de estudiante, durante toda su vida de maestro y, al parecer hasta su muerte, sus amigos inseparables y más queridos. Pocos libros, presumo, han dejado de pasar por su curiosa e infatigable sed de leer...

... Mi hermano Francisco vino nombrado por el Ministerio de Educación desde Lima, como director de la Escuela Primaria de Varones N° 175 de Soritor. Estando allí, por falsas informaciones del cura Revilla y del gobernador de ese distrito, fue deportado a Chachapoyas, acusado de comunista por el prefecto del departamento de San Martín, don Armando Cabellos, quien mandó sacarlo por la fuerza de la casa de Moyobamba para despacharlo a la ciudad vecina; —pero, tan lejana y fría—, de Chachapoyas. Mi madre, por otro lado, tuvo serios problemas familiares, propios de su adolescencia, con mis hermanas menores Carmen e Irene, trayendo consigo preocupaciones

internas, que me obligaron a retornar de Juanjui en donde, dos años antes, fuera nombrado como “preceptor de aldea”, como diría nuestro fallecido padre...

En Soritor, cuando Francisco Izquierdo llegó nombrado como director del Centro Educativo de Varones N° 175, encontró que la Escuela de Mujeres funcionaba sólo hasta el tercer año de primaria. De inmediato, gestionó ante la Inspección Escolar de Moyobamba; [Lunabamba en la novela “Mateo Paiva: el maestro”, de su autoría] para que, bajo su entera responsabilidad, puedan matricularse en la escuela de varones que él dirigía, las niñas que hubieran concluido el tercero de primaria en la escuela de mujeres de ese pueblo, para estudiar el cuarto y quinto de primaria que él tenía a su cargo en la escuela de varones. Creó de ese modo la coeducación que, nueve años antes de su fallecimiento, —acaecido en Lima el 30 de junio de 1981—, el Ministerio de Educación generalizaría en todos los niveles del sistema educativo peruano.

Sin embargo, esta innovación, a todas luces favorable y beneficiosa para las niñas y para sus padres, al cura Revilla párroco de Rioja, —y, por encargo especial del obispo de Moyobamba, también, de Soritor—, le pareció una terrible atrocidad moral y una oportunidad de perversión originada por la promiscuidad y concupiscencia, en que pasarían a estar con esta medida dichos alumnos, debido a que la mayoría de ellos eran ya jóvenes, cuya causa sería la

conversión del cuarto y quinto años de la escuela de varones en mixta. ¿Dónde se ha visto que los niños y las niñas estudien juntos? —Decía casi a gritos desde su púlpito el cura Revilla—. Encima de eso, también decía a gritos desde su púlpito, se encontraba la situación de que el maestro que iba a estar a cargo de ese grupo mixto de alumnos, apenas tenía 20 años, edad en la que la persona está más sujeta a las tentaciones de la carne, sobre todo, si ese maestro había estudiado en Lima, ciudad miscelánea y cosmopolita en la que las tentaciones abundaban.

Así y todo, como este director de la Escuela de Varones tenía autorización de la Inspección Escolar de Moyobamba —a la que en educación pertenecía Soritor—, para llevar a cabo esa labor en favor de los niños, Francisco Izquierdo hizo prevalecer esa orden por encima de las airadas protestas del párroco Revilla, de Rioja, ganándose con ello uno de los más feroces y encarnizados enemigos, que tuvo durante su corta permanencia en ese pueblo y en su tierra natal. Resultó que este sacerdote, al sentirse humillado por el joven director de escuela, acudió al Obispo de Moyobamba y, por su intermedio, al prefecto del departamento, instancias en las cuales, además de acusarlo de *“ateo convicto y confeso”*, le adjetivó de *“comunista”* y de *“indeseable agitador social”*.

En la prefectura de Moyobamba, un día sábado por la tarde en que fue detenido por un gendarme, que no le permitió

ni siquiera lavarse y cambiarse de ropa, tan pronto llegó de Soritor a la casa de su madre, a lomo de un caballo que alquiló para el viaje, tuvo con el señor prefecto don Armando Cabellos esta desagradable conversación:

— Joven Izquierdo, el señor Obispo de Moyobamba me ha hecho llegar una acusación por escrito, del párroco Revilla de Rioja, que además de Rioja está encargado del distrito de Soritor; que, para mi modo de ver, es muy severa y que le significaría inmediata destitución de su cargo e internamiento en el penal de “*El Sepa*”.

— Y podría enterarme, dignísimo señor prefecto del departamento de San Martín, ¿cuáles son los delitos que me imputa el cura Revilla, párroco de Rioja y Soritor, y el señor obispo de Moyobamba?

— Aclaremos primero las cosas. El señor obispo de esta ciudad no le acusa a usted de nada. Él sólo ha remitido a mi despacho el escrito que, en su contra, hace su subalterno el párroco Revilla, encargado del apostolado religioso de la provincia de Rioja y del distrito de Soritor. Al leer el escrito del párroco Revilla, allí sí están muy claras las acusaciones de “*indeseable agitador social*”, de “*comunista*” y de “*ateo convicto y confeso*”. Además, él le acusa de haber convertido en mixto al cuarto y quinto año de primaria de la escuela de varones, del cual usted es el director, sin la debida consulta y necesaria autorización

de su parte, ya que, antes de su llegada, ambos años de estudio eran sólo de varones, como ha sido siempre y cómo debe seguir siendo, asegura, por lo que considera peligroso que usted, con tan sólo 20 años de edad, sea el maestro de esas alumnas que, según su apreciación personal, todas ya son señoritas.

— Le informaré primero señor prefecto que, la Escuela de Mujeres de Soritor, antes de mi llegada a ese pueblo, contaba sólo con tercero de primaria. Según mi criterio, al tener yo pocos alumnos en cuarto y quinto de primaria en la escuela de varones, de la que, como usted mismo afirma soy su director, consideré que podía recibir en mi aula a las niñas que se habían quedado sólo con tercero de primaria, para que estudien el cuarto y quinto años y, así, de este modo, terminar su educación primaria. Para ejecutar esa iniciativa mía, solicité la autorización correspondiente de la Inspección Escolar de Moyobamba, a la cual pertenecen las escuelas de Soritor.

— El cura Revilla considera que usted es muy joven, dice él, que usted es un mozuelo de apenas 20 años de edad y, que, por lo tanto, podría caer en la tentación de enamorar a sus alumnas. Lo cual sería un acto inmoral.

— Sólo le repetiré un refrán popular que dice: *“Los ladrones piensan, que todos son de su misma condición”*. Con esto quiero decirle, que un maestro durante su formación

profesional, recibe un curso de “Ética Profesional” que, al parecer, el cura Revilla no ha recibido en la suya. Por eso cree todos vamos a caer ante la tentación de la carne.

— Uyuyuy señor maestro, eso sí que me parece grave. Le está usted llamando ladrón al párroco Revilla, de Rioja. ¿Podría explicar sin refranes lo que quiere decir con eso?

— Ya se lo dije; pero, lo haré en otros términos si eso es lo que me pide. Según he verificado, el cura Revilla es un clérigo inmoral que denigra a su iglesia. A mí me califica de ateo y de comunista por no ser un maestro cucufato y apañador de sus prédicas mentirosas y de sus acciones corruptas. Yo mismo he visto, que él convive con una maestra de la escuela de mujeres de Soritor. Para hacer eso viene de Rioja en su caballo, por las noches y por el camino de herradura que hay directo de Rioja a Soritor. Llega al pueblo a altas horas de la noche y se aloja en la casa de esa maestra, antes de ir a la casa parroquial a las seis de la madrugada. La maestra de sus amoríos no es del pueblo, tampoco es titulada y es de Rioja, ciudad en donde radica, también, el cura Revilla. Por lo demás, aquella maestra, además de cumplir con sus obligaciones en la escuela de mujeres, ayuda al cura Revilla en la iglesia.

— Y... usted, ¿acaso quiere sentar esa denuncia por escrito en este despacho? Me parece que estaría usted en todo su derecho de hacerlo.

— Considero que eso no es de mi incumbencia. La maestra y el cura son personas adultas, libres de hacer lo que ambos consideren conveniente para sus intereses, sea correcto o incorrecto lo que hacen. Yo no puedo juzgarlos.

— Bien por usted en ese punto, maestro. ¿Pero, respecto a lo de “ateo”, “comunista” y “agitador social” qué me puede usted decir?

— Yo soy algo descreído, tengo que reconocerlo; pero, “ateo” no soy. No soy católico, tampoco cucufato. A mi manera creo en Dios; pero, no para sacar provecho de eso, a mi favor, como he visto que lo hacen muchos curas y pastores. Sobre el segundo punto, le diré que yo soy maestro y educo en la verdad a mis alumnos, para que no se dejen engañar por tanto político corrupto y para que sepan defender sus derechos, ante tantas “autoridades” abusivas. Si por hacer eso soy “comunista”, pues entonces lo soy, señor prefecto. Lo de “agitador social” me lo ha endilgado el cura Revilla por formar en cada barrio de Soritor, “Comités de Desarrollo Comunitario” en los cuales se analiza y debate alternativas para mejorar sus condiciones de vida y para cuidar y proteger el ambiente natural en el cual vivimos. Producto de esas reuniones se ha sembrado flores y árboles en la plaza, se ha limpiado las acequias y las calles, entre otras cosas. Si por hacer eso soy “agitador social” le diré, igualmente, que lo seré, pues, señor prefecto.

— Usted habla en forma muy clara y con mucha coherencia, don Francisco Izquierdo. Ya he oído en otros lugares a personajes como usted. Ahí están los apristas, en primer lugar, y los comunistas en el segundo. Pero, a mí no me engaña. Yo estoy curado para este tipo de discursos, sépalo usted. Y... para su conocimiento, el clero y las autoridades, tenemos que marchar parejo y unidos, a fin de evitar que nos destituyan personas como usted. Le he escuchado muy atentamente y, me ha preocupado el “tonito” con el que se ha referido a las “autoridades”. Quiero que me explique, ahorita, ese asunto.

— Desde la época de los Incas, se ha tenido que crear un mito, sea este el de “*Manco Cápac y Mama Ocllo*”, saliendo de las espumas del lago Titicaca, o la de los “*4 hermanos Ayar*”, para generar un tipo especial de “*mandato*” o “*encargo de divinidad*”, al que se conoce cómo “*autoridad*” y que sustenta el poder de quien posee es mandato divino. De no poseer esa autoridad los incas no habrían podido realizar sus conquistas, crear tres clases sociales, construir sus fabulosos andenes para cultivar los cerros y todas las grandezas que, a ellos, se les atribuye. Los incas afirmaban que eran “*hijos del dios Sol*” y ese dios era el que les había concedido la tal autoridad. En las monarquías europeas toda la nobleza y, especialmente, en el caso del monarca o rey, la autoridad para gobernar a “*su pueblo*” le es concedida por Dios. Este “*pueblo*” se dividía en ducados, a cargo de un duque, de marquesados a cargo

de un marqués y de condados a cargo de un conde. Todos ellos, por designación divina, poseían autoridad, incluso sobre la vida de la gente bajo su mandato.

— No entiendo a qué viene toda esa cháchara, señor Francisco Izquierdo, en torno a la autoridad. Yo soy una autoridad. Eso, para mí, está más claro que el agua. Soy el señor prefecto del departamento de San Martín y tengo autoridad sobre toda la gente de este departamento.

— Resulta que, y eso no se puede negar, usted sí es el prefecto del departamento, claro que sí, pero usted no es autoridad. A usted nadie le ha concedido esa autoridad en una elección democrática. Tampoco, es hijo del dios Sol ni, por ser noble, o de la realeza, Dios le ha conferido autoridad para gobernar.

— Y... entonces si no soy autoridad, ¿qué soy pues, señor sabelotodo?

— Usted, señor prefecto —al igual que un ministro de estado, un juez, un fiscal, un gobernador de distrito, un general del ejército o de la policía, etc., etc.—, es un empleado del Estado o, en su caso específico, un funcionario de alto rango. A usted, una autoridad competente le ha designado para ocupar un cargo público y le han asignado ciertas funciones. Nadie le ha delegado a usted autoridad, porque debe saber que, la autoridad es indelegable, es decir, que no se puede transferir a otro.

— Oiga usted, ¿y se puede saber de dónde ha sacado usted todas esas teorías que, para mí, no son otra cosa que gaferas suyas? Según lo que es de verse, usted tiene la cabeza caliente por efecto de sus ideas comunistas. Estoy constatando personalmente que usted es comunista.

— Eso no tiene que ver con lo que usted llama “*comunismo*”, señor prefecto. Eso está en la Constitución del Estado y en la teoría de la administración pública. Para ser “*autoridad*” usted necesita que alguien le otorgue, justamente, esa autoridad. En las sociedades democráticas como la nuestra, la autoridad para gobernar le es concedida al presidente de la república y a sus vicepresidentes, por el pueblo soberano, mediante el voto popular. Por lo tanto, son autoridades los que yo acabo de mencionar y los diputados y senadores de El Parlamento Nacional. Que yo sepa, nadie más es autoridad aquí en el Perú y en este tiempo. Los alcaldes son elegidos a dedo por el presidente, en base a las recomendaciones o “gestiones” que hagan a su favor —llamémoslo a eso, simplemente “vara”—, los diputados o los senadores. A los ministros de estado, a los jueces, a los fiscales, a los presidentes de las cortes superiores de justicia y, de la misma corte suprema, a los prefectos de los departamentos, subprefectos de las provincias, etc., igualmente, los designa el presidente según el protocolo que ya le he indicado para cumplir una función; pero, no para ejercer autoridad alguna. El caso de los policías es aún más especial, por error les decimos que

son autoridades; pero, son simples empleados del Estado designados para cumplir una función, que éste les asigna: cautelar el orden público.

— Lo único que ha logrado usted don Francisco Izquierdo Ríos, es emborracharme con toda esa palabrería. Yo sé que, como prefecto del departamento de San Martín, soy la máxima autoridad política en este departamento, porque simple y llanamente yo represento al excelentísimo señor presidente de la República. Lo quiera usted reconocer o no. A mí me da lo mismo.

— Por supuesto que, para sus conveniencias, a usted le da lo mismo. Eso queda claro, creo que, para mí, más que para usted, señor prefecto.

— No trate usted otra vez de emborracharme otra vez. Lo que sí queda claro para mí es que usted es comunista y, como tal, lo voy a mandar a que lo encierren en el penal de *El Sepa*. Allí, si no se le fríe el cerebro, aclarará su modo de pensar. Yo no quiero tener maestros aquí en mi jurisdicción que dañen la mente de la gente y, mucho menos, de los niños que son sagrados para mí.

— Pero, qué es lo que se me imputa, señor prefecto. O, mejor dicho, de qué se me acusa.

— Lo acuso yo mismo, de comunista. Y... ¡punto! Ya me había alertado el señor obispo, por información del

párroco Revilla de Rioja, que usted era muy inteligente y que con su palabrería podría confundirme. Y casi lo logra. Pero vaya ahora a su casa, la misma que tendrá por cárcel, y el lunes a primera hora, una pareja de gendarmes lo recogerán de allí para transportarlo a Chachapoyas, desde donde, conjuntamente con otros presos de esa comarca, lo conducirán hasta *El Sepa*.

Esa noche del sábado, Francisco Izquierdo, sólo para mofarse del prefecto de Moyobamba, burlando la vigilancia del gendarme que cuidaba que no huyera de su casa, disfrazado de mujer con la ropa de su hermana Carmen, salió de allí rumbo a la de su vecino del frente, un *shilico* llamado Anastasio Silva, el mismo que, por tener el oficio de sastre, confeccionaba a medida las sotanas de los religiosos de Moyobamba y otros pueblos vecinos. Le habló de jugarle una broma vestido de cura, al señor prefecto, y don Anastasio entre risa y risa, accedió a su pedido. Le prestó una sotana. Vestido de cura, Pancho Izquierdo se paseó por las calles de Moyobamba a su entera y regalada gana, pasando delante del prefecto hasta en dos oportunidades, sin que éste se percatara de la broma.

Una vez que llegara a la ciudad de Chachapoyas, por tercera vez, Francisco Izquierdo Ríos por haber estudiado allí el cuarto año de media con su hermano Hildebrando, era conocido del alcalde de esa provincia del departamento de Amazonas que, por añadidura, era, además, capital del

departamento. El alcalde junto con otros personajes ilustres del lugar, hicieron diversas gestiones para evitar que, Francisco Izquierdo fuera confinado al penal de *El Sepa*, en medio de la selva de Loreto. Colaboró en las gestiones, esa vez en particular, el Obispo de Chachapoyas que, era amigo del alcalde. Al ser revocada la orden de enviarlo al penal de *El Sepa*, quedó libre de acusaciones y cargos judiciales; y, como en el departamento de Amazonas había escasez de maestros titulados, fue reasignado a una de las capitales de provincia de su interior, como director de una escuela. Se presume que ese lugar fue Luya, un distrito de la provincia de Luya; pero, no su capital, que es Lamud.

A dos años de su llegada a Luya, capital del distrito de Luya, en el departamento de Amazonas, le llegó la triste y funesta noticia, a través de un telegrama de su hermano Hildebrando, que su madre había partido para reunirse con su compañero de toda la vida, seguramente, allá en el cielo, no cabía otra posibilidad para una mujer tan buena y para una madre tan abnegada. No regresó a Moyobamba. Se quedó en Luya; porque, de haberlo hecho, no habría llegado a tiempo para nada.

Desde Chachapoyas hasta Moyobamba, había cinco días de viaje — él lo sabía muy bien—, sea a pie, en burro o en mulo, por los malos caminos y los ríos que había que vadear. Caballos no había para alquilar. Sólo las familias

puedientes tenían caballos de trote fino para viajar largas distancias; pero, no los alquilaban ni prestaban, eran una muestra de que eran adinerados; los agricultores, en cambio, sólo tenían bestias de carga que, cuando tenían más de una, las podían alquilar en contadas ocasiones.

En Luya, capital del distrito del mismo nombre, Francisco Izquierdo, soltero aún, conoció a una hermosa mujer: Robertina Hernández Tuesta, con la que llegó a tener una hija llamada: Elsa Izquierdo Hernández. Esa hija, a su vez, le dio una nieta que lleva por nombre Fanny del Rocío Palacios Izquierdo que, en la actualidad, es artista plástica y creadora de innumerables óleos, que muestran en toda su grandeza, su espíritu luchador y de protesta frente al abuso que, desde tiempos inmemoriales, ha sido víctima la mujer, especialmente la mujer andina. Fanny del Rocío está casada con Bruno Portuguez Nolazco, pintor chorrillano y retratista de renombre a nivel nacional. Tienen dos hijos.

En su libro “casi” auto biográfico, “*Mateo Paiva: el maestro*”, Pancho Izquierdo no hace mención de esta etapa —presumo—, pintoresca y romántica de su vida. Al comunicarme con el pintor y retratista chorrillano Bruno Portuguez Nolazco, esposo de Fanny, para solicitarle me informe sobre la madre de su esposa y algunos detalles de la vida de mi tío junto a ella, que consideraría en este libro, me contestó por escrito que la madre de Fanny, dio por concluido su romance con mi tío Pancho, por la azarosa

vida que éste llevaba, viviendo de pueblo en pueblo por todo el departamento de Amazonas [Intimarka, en su libro “Mateo Paiva: el maestro”], al ser trasladado como castigo de una colocación a otra, por sus ideas socialistas, perseguidas a muerte y con una saña inusitada en ese tiempo.

Así, después de iniciarse en su profesión como director del Centro Educativo Primario de Varones N° 175 de Soritor [Sóndor, en su novela “Mateo Paiva: el maestro”], fue trasladado a Moyobamba [Lunabamba], de allí pasó a Chachapoyas [Baloa], ciudad en la cual se le condona la condena de ir preso a “*El Sepa*”, dispuesta por el señor prefecto del departamento de San Martín [Monopampa]: don Armando Cabellos, desde donde es reasignado al cargo de Director del Centro Primario de Varones de Luya, un distrito de la provincia de ese mismo nombre; pero, no su capital, que es Lamud. De este lugar fue trasladado, a su vez, a Chiquín distrito de la provincia de Chachapoyas, luego a Hualca (que no existe en la realidad, sólo en su novela “Mateo Paiva: el maestro”) y de aquí a Calichi (que tampoco es real).

Deambuló de pueblo en pueblo por muchas de las provincias de Chachapoyas, Luya, Bongará y Rodríguez de Mendoza [Florabamba], como un verdadero “*gitano*” o “*nómada*” de la educación, siempre como castigo por querer alfabetizar a los padres de familia iletrados, por capacitarlos para defender sus derechos, por motivarlos a

defenderse del abuso de los terratenientes y empleados del gobierno, en los cargos de subprefecto de provincia y de gobernador de distrito que eran, siempre, nombrados a dedo por los diputados y por el senador del departamento. Así pasó por Huimba, Jirimoto (Chirimoto en la realidad), Conil (Conila o Cohechán, en la realidad), Ovejía, Florabamba y otros lugares más, difíciles de identificar en la realidad y que él cita como lugares de su peregrinaje en su novela *“Mateo Paiva: el maestro”*.

Hasta que volvió a Chachapoyas [Baloa] a ocupar el cargo de jefe de la Inspección Escolar de ese lugar, gracias a la ayuda (que él llamaba despectivamente “vara”) de un diputado amigo suyo. Allí terminaron para él casi todas sus desgracias de peregrino de la docencia. Hacía muchos años, allí conoció a la que fue su esposa, madre de sus hijos Vladimiro y Francisco y compañera de toda su vida: Olga López Ibarra. Ella, maestra también, desde que se casaron, acompañó a su esposo en sus largos y penosos viajes de castigo por los pueblos del departamento de Amazonas.

Pero, sus pesares no acabarían todavía. Residiendo ya, por fortuna, en la ciudad de Chachapoyas, inconsultamente, de allí donde residía con su esposa y sus dos hijos, el Ministerio de Educación lo trasladó en su mismo cargo a Yurimaguas [Majagua] en donde, pasado el mal rato de hacer el largo y penoso viaje por tierra, porque lo hizo en compañía —siempre—, de su esposa y de sus dos

pequeños hijos Vladimiro y Francisco, realizó una fructífera labor y comenzó a escribir recién sobre la selva, para lo cual editó la revista “*Remo*”.

Cuando ya estuvo instalado y su familia acostumbrada al clima de Yurimaguas, otra vez, inconsultamente, desde el Ministerio de Educación le llegó la orden para ir a ocupar un cargo equivalente en la ciudad de Iquitos. El viaje esta vez con sus bártulos, su esposa y sus dos hijos por el río Huallaga y en balsa, hasta el puerto de Nauta, muy cerca de Iquitos fue, igualmente, largo y tedioso, esta vez por el sol y los mosquitos de día, y por los zancudos de noche. Sin embargo, las madrugadas y los anocheceres en la selva fueron para él, espectáculos que jamás se borrarían de sus pupilas y de su memoria. En Iquitos estuvo un buen tiempo; allí, para publicar sus narraciones sobre la selva, sus preocupaciones sobre la vida en ese puerto pluvial de la Amazonía, tan vital para la economía de toda la selva peruana, publicó la revista “*Trocha*”.

Francisco Izquierdo Ríos en los pueblos donde ejerció su magisterio como director, como auxiliar de aula, o como Inspector Escolar, acostumbraba preparar veladas literario musicales, especialmente para fiestas patrias que, en más de una oportunidad le acarrearón problemas, por denunciar en los libretos que él mismo preparaba, algunos actos corruptos de las autoridades elegidas por el pueblo y de funcionarios que llegaban al lugar donde él trabajaba, sólo

para reclamar agasajos y obsequios. En Hualca —que no se ha logrado establecer su nombre real—, publicó un periódico al que llamó “*El Hualquino*”, cuyos editoriales también le trajeron más de un sinsabor. Tuvo desde sus inicios en Soritor [Sóndor], la mala suerte de encontrarse con curas corruptos, asociados al poder abusivo, de los subprefectos de provincia y gobernadores de distrito, con los cuales tuvo serias confrontaciones y que, a la larga, fueron la causa de la mayoría de sus traslados inopinados, inconsultos y abusivos de colocación, en su magisterio en el departamento de Amazonas.

Cuando estuvo en Iquitos como Inspector Escolar, le cupo la satisfacción de organizar y ejecutar con los maestros y los alumnos, una fastuosa celebración del *IV Centenario del Descubrimiento del río Amazonas por don Francisco de Orellana en 1542*. Su labor era tesonera en favor de los estudiantes y de los maestros, quienes, llegaron a apreciarlo y respetarlo de manera muy especial. Sin embargo, otra vez, como en Moyobamba y otros tantos lugares del departamento de Amazonas, el Prefecto de Iquitos quiso echar mano de los fondos que el Ministerio de Educación le enviaba para las refacciones de los locales escolares y, porque se lo impidió, lo acusó de comunista y lo apresó, para remitirlo a Lima acusado de “*comunista*” y los otros adjetivos que ya le eran familiares. Debido a una orden impartida por el senador irlandés por Loreto desde Lima, que conocía la labor de Pancho Izquierdo, el

prefecto de Iquitos con su propio presupuesto y sólo, por librarse de este molesto inspector escolar, pagó los pasajes en avión para él y toda su familia, y lo derivó al Ministerio de Educación para que allí determinaran su situación.

Gracias a este senador, el viaje de Pancho Izquierdo y su familia, esta vez, a la capital de la república, se hizo por avión, que era, por añadidura, el único modo de viajar a la capital del país desde Iquitos. Aunque ruidoso y, a veces, muy movido por los “*baches*” y turbulencias, el vuelo a Lima fue más placentero para él y su familia, que todos los realizados anteriormente por ásperos, fríos, neblinosos, cálidos y lluviosos caminos de herradura en el departamento de Amazonas, o por el río Huallaga en balsa, con mucho calor húmedo, sol ardiente, lluvia tropical, mosquitos y zancudos, desde Yurimaguas hasta Iquitos. Una vez que llegaron al aeropuerto Limatambo de la ciudad de Lima, se hospedaron en un hotel módico y, al día siguiente, a primera hora de la mañana, Izquierdo Ríos estuvo esperando turno para entrevistarse con el director de Educación Primaria del Ministerio de Educación.

La conversación con él fue amable y hasta coloquial. Este Director Nacional de Educación Primaria conocía la ardua labor desempeñada por su interlocutor. Tenía en su despacho algunos ejemplares de las revistas “*Remo*” y “*Trocha*”. Podría decirse que, hasta admiraba a Francisco Izquierdo Ríos por emprender, quizás quijotesicamente y

en condiciones objetivas de desigualdad, una lucha frontal en contra de una corrupción agresiva y despiadada imperante en el país, que no era de ese tiempo en particular, sino de toda la vida. Así que, conocedor de las lacras que durante toda su vida le habían acusado, vilipendiado y perseguido, le ofreció un cargo acorde con el perfil que de él tenía: Jefe de la Sección de Folclore y Artes Populares.

La función principal que le fue asignada era: “Dirigir y coordinar la investigación del folclore y artes populares del país; recoger el material de estudio mediante la cooperación de los maestros y alumnos de todo el país; formar el archivo correspondiente que incluirá la sección fotográfica y de films documentales; estimular la formación del museo folclórico y musical folclórico; así como, elaborar el material conveniente con fines educativos; propiciar la publicación de un a revista del folclore peruano, entre otros. Cumpliendo esta tarea conoció a Ciro Alegría, José María Arguedas y Daniel Hernández, con quienes entabló prolífica y fecunda amistad por el resto de su vida.

Con una mínima parte del folclore literario que recogió con la ayuda de todos los maestros del Perú, Pancho Izquierdo con la colaboración de José María Arguedas, logró publicar un libro de “*Mitos, leyendas y cuentos peruanos*”. Información tenía como para publicar cien libros, por lo menos, sin embargo, el presupuesto para ese tipo de cosas

relacionadas con la cultura, como ha sido siempre, le fue esquivo y escaso. La Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural del Ministerio de Educación, a la que pertenecía la sección a su cargo, era puro nombre. Carecía de presupuesto para esta clase de cosas, aunque sí, para recepciones y agasajos a los diputados, senadores y otros funcionarios de alto rango en el Estado.

Ocurrió que, un director nuevo de la dirección a la que pertenecía la sección a cargo de Francisco Izquierdo, se le ocurrió expedir un oficio circular por la cual se determinaba quemar libros, revistas y cualquier otro tipo de escrito de “*tendencia comunista*”. La circular esa llegó a manos del periodismo que, de inmediato publicó la disposición hitleriana que disponía la quema de libros y revistas, originándose un fenomenal escándalo que llegó a alcanzar proporciones inusitadas, de lo cual, como ocurrió siempre en la vida de mi tío Pancho, le achacaron la culpa y fue, por ese falso motivo, despedido del Ministerio de Educación, por lo que tuvo que buscar trabajo como redactor en un periódico de la capital del país.

Antes de ser despedido del Ministerio de Educación logró, para su suerte esta vez, apoyándose en una ley de esa época que lo permitía, ser nombrado como director del Colegio Nocturno para Adultos “Patricio Sabogal” de La Perla, en la Provincia Constitucional del Callao. Para ese entonces ya vivía allí, en su casa de la urbanización San Joaquín.

EPÍLOGO

*En la punta de débil hierba,
he visto temblar un rocío.
En un cristal tan pequeño
cabén el sol, el cielo y el río.*

Francisco Izquierdo Ríos, mi tío Pancho o, “*el mítico jaguar de la espesura*”, llegó a este mundo a las cuatro de la madrugada del día veintiuno de junio del año de mil novecientos diez, en la ciudad de Saposoa, según la partida de nacimiento número cuatrocientos cincuenta y siete, del archivo de la Oficina de Registro Civil de la Municipalidad Provincial de Huallaga. Su matrimonio con Olga López Ibarra, natural de Chachapoyas, hija de Ernesto López Alva y de doña Aurora Ibarra, ocurre cuando él tenía 24 años de edad y ella 19, en Lamud.

Así consta en el libro de actas de matrimonios civiles —con el número siete—, del año de mil novecientos treinta y cuatro, de la Sección de Registros Civiles de la

Municipalidad Provincial de Luya. Con ese efecto, ella se trasladó hasta Lamud desde su escuelita de Pallas [Paca] y; él, desde la capital del distrito de Luya [Huimba], donde era el director de la Escuela Primaria de Varones de ese lugar, también viajó hasta Lamud. Se conocieron hacía poco en Chachapoyas, en una noche en que la municipalidad de ese lugar, realizó un baile social de gala al que los dos, sólo por cosa del destino, asistieron sin presagiar nada.

En el año de mil novecientos treinta y seis, ya cuando tuvo a sus hijos Vladimiro y Francisco, mi tío Pancho enfrentó lo que él mismo llamaría después, “*los días más oscuros de su vida*”. Se quedó ocho meses sin trabajo, al ser destituido de su cargo por calumnias y falsas imputaciones de sus enemigos de siempre: el cura, el subprefecto o el prefecto del lugar donde laboraba, que actuaban según las órdenes que recibían de algún diputado por una provincia o del mismo senador del departamento. Todo ese tiempo peregrinó por diversos lugares del departamento de Amazonas y de la selva misma; y, sobrevivió junto a su familia, sólo con el sueldo de su esposa que, para esa fecha, logró su traslado de Pallas a Chachapoyas.

Logra reingresar al magisterio, en el cargo de Inspector Escolar de la Provincia de Rodríguez de Mendoza, con sede en Mendoza [Florabamba], en donde da inicio a su actividad literaria, que le tendría ocupado el resto de su vida. Logra publicar allí su primer libro de poesía al que

llama “*Sachapuyas*”. En el quechua de Moyobamba y de la selva, “*sacha*” significa falso, no original o que no es del lugar, ejemplo “*sachapapa*”, es la papa que se da en el monte, sin que nadie la haya sembrado; y, “*puyas*” que quiere decir picas, agujijones o insultos con ánimo de molestar. Quién sabe, por qué elegiría este nombre para su primer libro de poesías.

Luego sería nombrado, mediante concurso que gana en Lima, Inspector Escolar de la Provincia de Luya, cuya capital es Lamud, lugar muy conocido para él. Allí se casó con Olga López, la compañera de toda su vida. De Lamud, por esas cosas que siempre ocurrieron en su vida, en el mismo cargo, es trasladado por el Ministerio de Educación a Yurimaguas [Majagua], ciudad en la cual publica la revista “*Remo*”; de donde, otra vez inconsultamente, es reasignado a Iquitos en mil novecientos treinta y nueve, donde publica la revista “*Trocha*”.

En mil novecientos cuarenta y dos, es de nuevo trasladado al Ministerio de Educación en la ciudad de Lima, esta vez según cuenta en su novela autobiográfica “*Mateo Paiva: el maestro*”, por no permitirle al prefecto de Iquitos, “*meter la mano a los fondos que le transfirieron desde Lima, para mejorar los locales escolares de Loreto*”. Le dieron allí, primero, el cargo de Jefe de Informaciones de ese Ministerio, luego, gracias a la influencia de su amigo y admirador de su labor como director de las revistas

“Remo” y Trocha, el Director Nacional de Educación Primaria, le pasaron como jefe de la Sección de Folclore y Artes Populares, de la Dirección de Educación Artística y Folclore.

Al ser despedido de allí, por un lío de quema de libros y revistas dizque “*comunistas*”, se desempeñó como redactor de los periódicos “*El Comercio*”, “*La Cronica*” y otros diarios de la ciudad de Lima de esa época. Para su suerte, antes de que ocurriera su despido del Ministerio de Educación, al amparo de una ley que le favorecía para eso, logró ser nombrado como director de la Escuela Primaria Nocturna de Adultos “*Patricio Sabogal*” del distrito de La Perla, en la provincia constitucional del Callao.

Cuando estuvo en el Ministerio de Educación, publicó su libro “*Mitos, leyendas y cuentos peruanos*” con la ayuda de José María Arguedas con quien entabló una amistad que duró hasta la muerte de este notable escritor. En el año de mil novecientos cuarenta y cinco, publica su libro de lectura “*Tierra Peruana*”. Un año después, publica su libro de cuentos “*Tierras del Alba*” y “*Recodo Andino*”, ambos, de cuentos recogidos en su largo peregrinaje por los pueblos de Chachapoyas.

En mil novecientos cincuenta publica sus libros: “*Cuentos del Tío Doroteo*” —su tío Doroteo existió en la realidad, cuando vivía en Sacanche—, su novela “*Días Oscuros*” y

“*Noche y Alba*”, también novela. Al año siguiente, escribe y publica su libro de cuentos para niños: “*Papagayo, el amigo de los niños*” y su novela “*En la tierra de los árboles*”. Su amigo el escritor huamachuquino Ciro Alegría, le decía siempre que podía, que era incansable para escribir, que “*no matara la vaca*” y que “*dejara un poco de pan para mayo*”, en franca alusión a su insaciable sed de escribir; y, a su sempiterno afán de que ninguna de sus experiencias, ganadas con sudor y sufrimiento, se quedara en el limbo, para siempre jamás.

En el año de mil novecientos cincuenta y tres, publica “*Mi aldea*” y “*El árbol blanco*”, ambos, libros de cuentos para niños. Por este último libro recibió el Premio Nacional de Fomento a la Cultura “*Ricardo Palma*”. Un año después, publica su novela “*Gregorillo*” con el cual obtiene el 2° premio en el Concurso Nacional de Novela de ese año. En mil novecientos cincuenta y nueve publicará sus libros de cuentos: “*Maestros y niños*” y “*Los cuentos de Adán Torres*”, ambos para niños, a quienes, mi tío Pancho se dedicó en cuerpo y alma, con todo el corazón y todos sus sudores y lágrimas. Vivió siempre de aldea en aldea, en cada una de las cuales recogió y recogió, todo lo que después publicaría con tanto ahínco.

En el año de mil novecientos sesenta y dos publicó una nueva versión, corregida y aumentada, de su libro de cuentos “*El árbol blanco*” que es, en realidad, la lupuna,

un árbol panzón que reúne en su barriga mil cuentos y mitos de brujería y otras malas acciones de los curanderos y brujos maleros de la selva. Se le atribuye, igualmente, una obra titulada “*El árbol bueno*” que, presumiblemente, sea el árbol de la cascarilla, de la selva.

En el año de mil novecientos sesenta y cinco, sus obras: “*Adán Torres*” y “*Gavicho*” fueron premiadas y publicadas, en nuevas y flamantes ediciones, en España, por la Editorial Doncel, que le publica, igualmente, su libro de cuentos para niños: “*El colibrí con cola de pavo real*”. En mil novecientos sesenta y siete, el infatigable Pancho Izquierdo publica su libro de narraciones sobre la selva, titulada “*Sinti el viborero*”. Al año siguiente, aumentaría su producción literaria, con su novela autobiográfica medio mentirosilla “*Mateo Paiva: el maestro*”.

Pero Pancho Izquierdo, por su gran preocupación por la creación de literatura para niños, escribiría su ensayo: “*La literatura infantil en el Perú*” y, paralelamente a él, su otro ensayo; “*Cinco poetas y un novelista*” en honor de sus amigos escritores, los que, en su casa de la urbanización San Joaquín, le hacían los días alegres con sus tertulias y otras ocurrencias, antes de su marcha a su escuela nocturna, donde aún trabajaba como director.

En el año de mil novecientos setenta publicaría su novela “*Muyuna*” y entre 1971 y 1972 lograría la edición y

publicación de su novela “*Belén*” que describe, cruda y descarnadamente, la realidad de la gente de Iquitos que vive, prácticamente, sobre el río Itaya. Después nos ofrecería “*Pueblo y bosque*” y “*Llueve en Iquitos*” traducida al portugués.

En mil novecientos setenta y siete, invitado por el presidente de Cuba, fue jurado en el concurso literario convocado por la Casa de las Américas de La Habana. Después de ello, en el año de 1978 publica su libro costumbrista “*Voyá*” en el que hace referencia al modo muy particular de despedirse de la gente de la selva, que dice “voyá” cuando se va a despedir para ir a alguna otra parte. Entre los años de 1980 y 1981 se desempeñó como presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas —ANEA—.

El 30 de junio de mil novecientos ochenta y uno, mi tío Pancho hizo su último viaje, en esta oportunidad, a la eternidad. Tuve ocasión de verlo por última vez, mientras se velaba en el local de la ANEA, en el centro de Lima, cuando, en compañía de mi señor padre, don Hildebrando F. Izquierdo Ríos —la vez que viajé a Lima por asuntos de trabajo desde Cajamarca y fui a visitarlo en su casa de la avenida 28 de julio 640—, fuimos darle el último adiós allí donde se velaba. El incansable escritor amazónico, hubo exhalado su último suspiro a las tres y cuarenta de la tarde, en una cama del hospital del empleado de ese entonces,

“*Edgardo Rebagliati Martins*”, a los setenta años de edad y a nueve días de su cumpleaños número 71.

En honor a su fructífera labor de escritor amazónico, fundamentalmente, aunque muchas de sus cuentos tienen como escenario algún pueblito olvidado de la sierra del departamento de Amazonas, en honor a la hermosura de sus cuentos y novelas; así como, de sus bien logrados ensayos, el pueblo peruano ha puesto su nombre a una gran cantidad de escuelas y colegios, públicos y privados. Además, en el primer piso de la Biblioteca Nacional hay un salón dedicado a los niños del Perú, que lleva su nombre y que tiene en lugar preferencial, un retrato suyo.

Su pueblo natal, la ciudad de Saposoa, desde el centenario de su nacimiento, 21 de junio de 2010, que fue una celebración apoteósica, le rinde un homenaje anual, mediante la realización de un encuentro de escritores que asisten a ese evento desde diferentes partes del país. La Municipalidad Provincial de Huallaga, lo programa, lo financia y lo ejecuta cada año, allí en Saposoa, en donde Francisco Izquierdo Ríos, “*Mi tío Pancho*” naciera el 21 de junio de 1910.

Para ese evento anual, los escritores que asisten llevan una ponencia sobre la vida y obra, del escritor más preclaro y más prolífico de Saposoa y el departamento de San Martín. Pocos escritores, ha escrito tanto y con tanta sencillez,

como él. Yo asistí una vez a esos eventos anuales. Espero hacerlo de nuevo para presentar allí este libro, en compañía de mi auspiciador, mi hermano Luis Fernando Izquierdo Vásquez y su red de clínicas “*Oftalmo Salud*” de la ciudad de Lima, que viene publicando año tras año, las obras de este insigne escritor amazónico y tío nuestro, para repartirlas gratuitamente a sus clientes.

Algunas de sus frases más célebres fueron:

*“Después de unos cuantos principios básicos,
el resto en Pedagogía es hojarasca”*

*“Todas las escuelas normales que han funcionado
o funcionan en la Hoya Amazónica,
formadoras de maestros y maestras,
han estado, o están, bajo la dirección de esas
comunidades católicas extrañas al país”*

*Teóricos gaseosos, que viven a costa
de la Pedagogía. ¡Oh Pedagogía,
cuántos falsos valores bajo tu sombra!
¡Cuántos absurdos, cuántas huachaferías,
cuántos desatinos
se cometen en tu nombre!*

*“Hermoso es pelear y morir por un ideal
que tienda a mejorar
la condición del hombre,
la mísera condición de los pueblos...
Pero, ¿por el Apra?”*

*“El escritor auténtico, el verdadero artista,
influye en el desarrollo de los pueblos.
Se consubstancia con ellos”*

*“La vida es simple como la luz del día
y hay que vivirla así”*

*“Prefiero olvidar... perdonar...
A estar trabado
en el odioso papeleo
de un juicio”*

*“Hay que escribir de modo natural y sencillo
cómo crece la hierba
y que lo escrito sea
como la luz de la vida”*

La novela:
“Mi tío Pancho”,
del autor
Wilson Izquierdo González,
se terminó de imprimir
en la ciudad de,
Perú, el ...de... de 2020,
en los talleres gráficos
de la imprenta
.....

Contracarátula (reverso del libro)



SOLAPILLA)



Wilson Izquierdo González es el autor de la novela: *“Mi tío Pancho”*, que ahora tienes en tus manos, querido lector, con la cual, él trata de sacar a la luz, muchos aspectos sobre la vida del escritor Francisco Izquierdo Ríos que, se presume, no son conocidos por sus lectores y los estudiosos de su prolífica producción literaria.

El libro en sí, consiste de una serie de narraciones acerca de la vida del *“Jaguar de la Espesura”*, algunas veces narradas por su hermano mayor y compañero de andanzas cuando niños en Sacanche, San Andrés y Saposoa: Hildebrando F. Izquierdo

Ríos, en su libro *“La autobiografía”*; y, otras veces, recogidas por el autor de sus propios recuerdos, comentarios y análisis de sus estudiosos, y de lo que el mismo Pancho Izquierdo escribió en *“Mateo Paiva: el maestro”*, su novela autobiográfica.

Es bueno aclarar que el autor, es sobrino de sangre de Francisco Izquierdo Ríos; y, por decirlo de alguna manera, heredero del don de escribir que él tuvo. El autor es natural de Calzada, un distrito de Moyobamba, la capital del departamento de San Martín. Tiene el grado académico de Magister en Ciencias de la Educación Superior y durante su ejercicio profesional de docente, ha desempeñado diferentes cargos en la docencia y en la administración educativa, en la Departamental de Educación de Cajamarca, en la Fuerza Aérea del Perú, la FAO, en la Municipalidad de Cajamarca y en el Ministerio de Educación. Sus últimos años como docente activo los pasó en la Universidad Privada “San Pedro”, filial de Cajamarca.

Su vida de escritor se inicia en el año 2005, cuando laboraba como especialista de currículo en la Dirección Nacional de Educación

Secundaria del Ministerio de Educación. Allí, al estar encargado de la revisión general de los libros y textos que publicaba esta Dirección, es convencido por el Gerente de la Editorial *Nocedal* de publicar su primer libro *“La Marcha del Shaplinco”*.

En Cajamarca de nuevo, la Derrama Magisterial le publica la primera edición de *“La Ochora”* como parte del premio “Horacio” 2007 que, al agotarse, le obligan a publicar una segunda edición en la Ciudad de Trujillo, bajo el auspicio de la Asociación de Escritores de La Libertad.

Cuervo Blanco Ediciones por su parte le publica *“Al Pie del Cajamarcorco”* y con la ayuda de su amigo Esteban Quiroz Cisneros y *Lluvia Editores* publica *“El Lobo de Mar”* y *“Al pie del fogón”*. Por su parte, el Fondo Editorial de la Municipalidad de Cajamarca le publica su novela *“Jorge Picho”*, y libros de cuentos: *“La Casa de mi Abuela”*, *“Acacaucito, mi Marañón”* y *“Los caimitos de La Ochora”*.

“La Ochora” que en la realidad es Calzada, su pueblo natal, como escenario de las narraciones del autor, tanto en el libro *“La Ochora”* como en *“Los caimitos de la Ochora”* tienen una especie de mágica influencia en su producción literaria, porque con el primero ganó el premio nacional de narrativa “Horacio” en el año 2007 y con el segundo, el premio de novela juvenil “Inca Garcilazo de la Vega” a nivel latinoamericano, en el año 2015.

Además de todo eso, el escritor Wilson Izquierdo González tiene, a la fecha y en calidad de inéditas, dos novelas y dos libros de cuentos. Están sin publicar: *“El espurio”* y “Los shishacos” (novelas), *“La Chaposa”* y “El tío del Conquistador” (cuentos). Por su labor literaria ha recibido muchos galardones. Ha sido declarado “Hijo Predilecto” por la Municipalidad Provincial de Cajamarca, “Visitante Ilustre” por la Municipalidad de San Miguel de Pallaques, y en su tierra natal, Calzada, La Municipalidad de ese lugar le ha ofrecido otorgarle un reconocimiento más.